

José Fuentes
Mares

Las memorias de Blas Pavón

Lectulandia

«Con los años he perdido capacidad para la admiración, y me parece natural, ya que el paso del tiempo sobre nuestro organismo encoge la facultad de la sorpresa». Así empieza el manuscrito foliado y en pésimas condiciones que José Fuentes Mares (1919-1986) dice haber encontrado entre los libros viejos del llamado Rastro de Madrid y al que puso el título de *Las memorias de Blas Pavón*. El relato de estas memorias va de los últimos virreyes al primer Porfirio Díaz y sus páginas son todo un dechado de sorpresas y claridad. La novela es tan excepcional como lo es el manuscrito que Fuentes Mares reconstruye ante nuestros ojos. Raras veces llega a ser tan claro aquello de que la historia, para serlo en verdad, es por el toque de la escritura.

Lectulandia

José Fuentes Mares

Las memorias de Blas Pavón

ePub r1.0
Titivillus 17.07.17

Título original: *Las memorias de Blas Pavón*
José Fuentes Mares, 1966
Diseño de cubierta: Albert Majoral

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

I

Hace tiempo que en Madrid, entre los libros viejos del Rastro, encontré un manuscrito foliado, y cosido a cáñamo, cuyas primeras líneas prometían interesantes hallazgos. Se trataba de unos apuntes o *Memorias* de un tal Blas Pavón, nacido en la ciudad de México en 1790, y muerto, allí mismo al parecer, hacia 1877. Pagué las quinientas pesetas que el librero exigió por el manuscrito, y posteriormente advertí que se trataba de un documento de valor excepcional, ya que no era un apunte biográfico del tal Pavón, como pude suponer al principio, sino una verdadera crónica de aquella época turbulenta.

Conforme progresaba en su lectura, embarazada por el estado lastimoso del documento, comprobé que su autor fue un finísimo observador de los acontecimientos de su tiempo, y por añadidura sensato glosador de incidentes cuyos alcances pasaron inadvertidos a sus contemporáneos. Terminé convencido de que Pavón tenía genio para reconstruir e interpretar el material histórico a su alcance, dueño además de notables facultades para la síntesis. En pocas líneas, mediante dos o tres trazos magistrales, esboza lo fundamental de un hecho, y aun de fenómenos cuya descripción llevaría varias páginas a cualquier historiador profesional de nuestro tiempo.

II

Sólo eso bastaría para asignar a Blas Pavón un lugar de honor en la historiografía mexicana, pero además escribe estupendamente bien. Contemporáneo de una prosa empalagosa, fincada en el abuso de sobados adjetivos y frases huecas, nuestro hombre incurre apenas en expresiones superfluas. Rehúye igualmente la sintaxis complicada, y sobre el rebuscamiento adopta la expresión sencilla, que nunca es en él expresión corriente. En su lenguaje hallamos frecuentes giros poéticos de buena ley, apenas concebibles en un tiempo como el suyo, en que la poesía fue fonética y no concepto lírico. Obsérvese, además, su empleo fundamental del sustantivo y el verbo, en un claro anticipo de las formas literarias del futuro.

Hoy, todavía, el uso inmoderado del adjetivo es una de las peores calamidades de la prosa española en ambos continentes, hasta el extremo de suspirar ya por árboles que no sean añosos ni frondosos, por tardes que no sean tristes ni serenas, y por ojos que no sean negros ni profundos. En el abuso del idioma se pierde de vista lo fundamental: que los árboles han de ser árboles de verdad, y los ojos, ojos. Que lo que verdaderamente importa es el nombre, y la acción que se busca a su respecto. Despojar al idioma de vestiduras inútiles, haciéndolo más llano y directo, es una

preocupación que expresó Fernando de Rojas en *La Celestina*:

Calisto: Yo me voy solo a misa, y no tornaré a casa hasta que me llaméis pidiéndome las albricias de mi gozo con la buena venida de Celestina. Ni comeré hasta entonces, aunque primero sean los caballos de Febo apacentados en aquellos verdes prados que suelen, cuando han dado fin a la jornada.

Sempronio: Deja, señor, esos rodeos... Di: aunque se ponga el día, y sabrán lo que dices (VIII-5).

Compartía también esas opiniones Juan de Mairena, aunque éste no fue ser real como Blas Pavón, sino tipo imaginado por Antonio Machado:

Señor Pérez, salga usted a la pizarra y escriba: «los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa».

El alumno escribe lo que se le dicta.

Vaya usted poniendo eso en lenguaje poético.

El alumno, después de meditar, escribe: «Lo que pasa en la calle».

Mairena: No está mal (443).

Pavón y Mairena, los dos, aprovecharon la lección de Fernando de Rojas, maestro de la expresión directa y llana. Nuestro novohispano, un hombre de carne y hueso como el bachiller toledano del siglo xv, supera intuitivamente los dos peores riesgos de la literatura de todos los tiempos: el de la expresión vulgar por un lado, y el del bonitismo cursi por el otro. Dos logros que, a mi ver, justifican su inclusión entre nuestros clásicos.

III

Mas, independientemente del valor literario de las *Memorias*, vuelvo a insistir en su fina captación de lo histórico, sobre todo cuando, al lado de su peculiar estimación de los hechos, despojados de todo accidente en aras de lo fundamental, Pavón formula juicios de valor actual, con intuición adivinatoria que no vacilo en calificar de extraordinaria.

El primer lector de las *Memorias* fue su editor original, y no me extraña la reacción que su lectura le produjo. «Contenido desconcertante para lectores sin juicio propio», me escribe don Salvador Abascal. Y más adelante: «Blas Pavón escribe mejor que Fuentes Mares. Siendo el tema una cadena de amarguras y tragedias, el lector no deja de sonreír un solo instante, por la agudeza y la gracia de las inesperadas reflexiones. Y hay momentos en que lo hace a uno saltar de la silla, por ejemplo, cuando habla del vicepresidente Johnson. Con la mano en la cintura, como un torero de la historia, Blas Pavón realiza en templados muletazos, quiero decir, en ceñidos párrafos, las mejores síntesis de los años más embrollados de nuestra historia, aunque al mismo tiempo, si un personaje o grupo le simpatiza o le antipatiza, lo juzga con flagrante falta de lógica, que yo creo intencional, por salirse con la suya, como cuando hace del libertador Iturbide un pronunciado, como cuando quisiera convertir al afrancesado Nigromante en un semental del espíritu, que con Miramón, el héroe,

haría, según Blas, el mejor par de hombres para fundar un gran pueblo. Es tal su odio al sable, quizá por la mala pasada que le jugó un oficial del Ejército Trigarante, que se forja la ilusión de que los liberales de la Reforma se apoyan en ideas y no en la fuerza y realizan así un cambio radical, nomás porque no visten como generales, porque se presentan amortajados en un levitón y porque viajan como paquetes en coche cerrado». «En suma —concluye mi querido editor y amigo—, Pavón supera por su estilo gitano al mejor historiador, y por eso mismo es peligroso para el lector descuidado».

Por mi parte, no quito punto ni coma a esas palabras. Con ellas el lector queda advertido de que se vaya con cautela. Me parece una apreciación brillantísima de las *Memorias*; tan buena que me asalta la duda sobre si Abascal no equivocó el camino, escribiendo libros en vez de editarlos. En cuanto al autor de las *Memorias*, llegué a suponer que se trataba de uno de esos hombres que han perdido la fe en todo, y sin embargo me inclino a pensar lo contrario cuando leo algunos de sus conceptos, y sobre todo sus últimas palabras. Pero, como quiera, el tal Blas Pavón resúltame desconcertante en más de un momento, y estoy lejos de hacer de él un maestro para mis hijos. Tanto así desconfío de su enjuiciamiento de las cosas de esta vida, y de la que sigue.

IV

Mas volvamos al manuscrito, a cuyo feliz descubrimiento debo la satisfacción de incorporar a nuestra historiografía el nombre de este novohispano, precursor en tantos aspectos. Es una pena que en las *Memorias* falten algunos pliegos, pero así y todo el relato conserva su arquitectura singular, que vuelve apasionante la lectura. En el texto introduje sólo correcciones ortográficas, para ponerlo al día en ese aspecto de poca monta. También son de mi cosecha los títulos que dividen las *Memorias* en doce pequeños capítulos, y que a mi juicio orientan al lector sin afectar la estructura del original.

José Fuentes Mares

Chihuahua, marzo de 1985.

El tiempo y yo

Con los años he perdido capacidad para la admiración, y me parece natural, ya que el paso del tiempo sobre nuestro organismo encoge la facultad de la sorpresa. Parece lógico que el fuego y las estrellas inquieten a los niños, y que les llene de asombro la lluvia y el viento. Pero cuando la vida pasa, y se aflojan las tenazas del amor, nos queda apenas un regusto por lo histórico y una oscura veneración por el tiempo. Viejo como estoy y escribo, incapaz de sorpresas, me entusiasma sin embargo el tiempo, ese infatigable macho engendrador de historia.

El tiempo permanece y las historias pasan. Pasó el cataclismo que agitó la corteza terrestre, el maravilloso amanecer del mar y del desierto. De mi ventana veo las dos crestas nevadas que presenciaron la caída de Tenochtitlan y la muerte de Juárez, insignificantes sin embargo frente al tiempo. ¡Cómo te admiro, tiempo! No te comprendo, pero te admiro. Tal vez haya una razón para no entenderte, y es que la edad —la edad del hombre, mi edad en suma— es una forma de estar y no un modo de ser. Tal vez por eso sí entienda la historia, que es una forma de estar en el tiempo, y desde luego la forma exclusiva de estar en el mundo. La historia de mi vida, la historia de Cortés, la historia de Juárez, la historia de este Porfirio que ayer apenas ganó la batalla de Tecuac, y hoy se acomoda en la presidencia. Hoy, mientras escribo, veo que la historia es mi vida en el tiempo, aunque no deje, como la de aquéllos, una estela de fuego.



Nací más para observador que para actor, ya que apenas me he movido de la ciudad de México, y apenas he hecho de mi vida alguna cosa digna de contarse. Pero en cambio ¡qué rica carga lleva mi memoria de la vida que ha pasado a mi lado! Todo por el acierto de haber nacido en 1790, como si de mí hubiera dependido escoger el momento preciso. Apenas si el indígena que nació hacia 1500, que vio de cerca a Cortés y a Cuauhtémoc, que conoció a Las Casas y a Zumárraga, pudo ser testigo de la historia en grado semejante al mío. Todos los demás tuvieron apenas conciencia de la historia. Los millones que nacieron entre aquel indio y yo. Un segundo frente a un pino enseña más que una vida de lecturas, sobre el pino, en el desierto. Así me siento frente a los que nacieron hacia 1590 o 1690. Ellos agotaron su conciencia sin provecho, en tanto que junto a mí pasó la historia de mi patria. La historia entera. Lo de antes contó poco, y sospecho que contará menos lo que siga.

Nací como ya dije en 1790, al terminar el período clásico y principiar la edad media mexicana. Cuando fui a la escuela me hablaron de la división de la historia, llamándola antigua, medieval, moderna y contemporánea, lo que me pareció una insigne tontería. Que la edad media haya concluido en 1454, con la caída de Constantinopla en poder de los turcos, me parece cosa de locos, porque la edad media fue un estado de conciencia que nada tuvo que ver con la suerte de Constantinopla. Por mi parte, he intentado explicarme los diversos estados de la conciencia mexicana, desde los indios hasta hoy, e intentaré exponerla con la limitación que me imponen mis escasas letras.

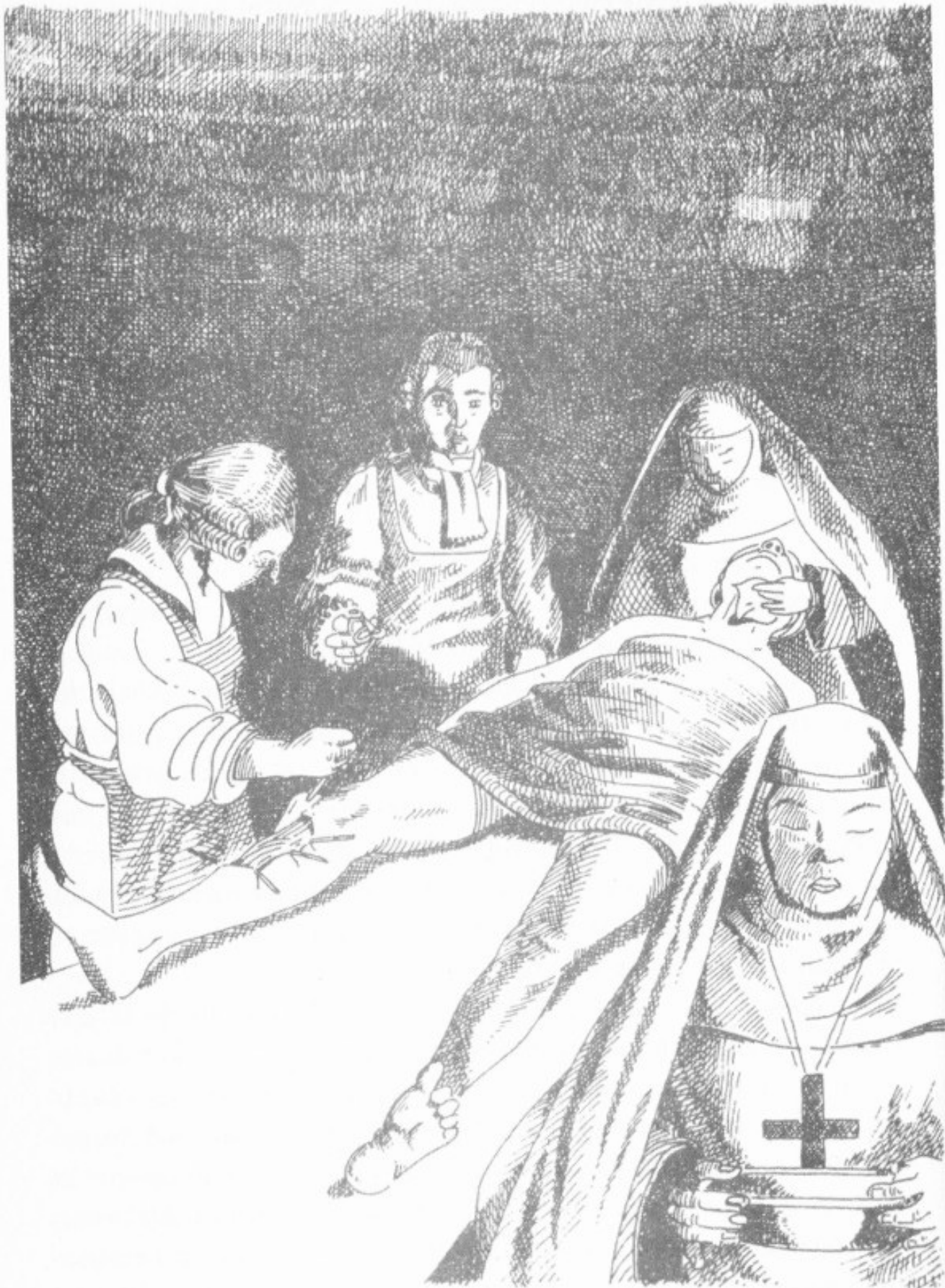
En primer lugar creo tener resuelto el problema de lo que llamo la pre-historia, ese lapso durante el cual se produjeron las migraciones y asentamientos de pueblos aborígenes, hasta culminar con la caída de Tenochtitlan en poder de los españoles. Vino después el período clásico, o sea el de la formación de la tercera raza, producto de las dos que entonces se juntaron. Yo no pertenezco a ella, pero comprendo que de esa raza indo-española es el hombre de México, un sujeto con alma de pedacerías, arcaizante y fanático de novedades, prehistórico y actual. Período clásico además, porque en ese lapso se formó la columna vertebral de México, su ser actual. En ese tiempo, mediante España, este país fue posible. Hoy carece de sentido preguntar cómo habría sido su posibilidad sin España, como es absurdo preguntar sobre la posibilidad de España sin los árabes y los romanos.

Me parece, por otra parte, que la edad media mexicana se abrió con los acontecimientos de mi adolescencia, al comenzar el período de tensiones y acomodamientos que se prolongó durante medio siglo, a partir de 1808. Con la Constitución de 1857 y la Guerra de Reforma culminó la edad media y asomó el México moderno, el que seguramente continuará después de mi muerte. Este cuadro de las diversas etapas de México en el tiempo resulta razonable, y satisface mi convicción fundamental: la de que la raza de México se formó en el período clásico, y la nacionalidad mexicana en la edad media, algo que por lo demás ocurrió también entre los pueblos europeos.

Ha de envidiárseme, pues, la fortuna de haber sido testigo de tres épocas fundamentales en la historia de mi patria. Joven primero y maduro después, pero hombre al fin de nuestra edad media, pude haber sido un condotiero como fueron los mexicanos de ese tiempo, instrumento de Santa Anna tal vez, que por cierto acaba de morir, viejo y semiloco. Si alguna figura encarna el período medieval de México es la de Santa Anna. Juárez no; Juárez fue un hombre moderno, tan moderno por lo menos como este Díaz que acaba de ganar la guerra y será presidente por no sabemos cuánto tiempo. Toda esta generación que actuó a partir de la Guerra de Reforma fue moderna. Principió a dar valor a las palabras. Esto me gusta, aunque lo medieval me salte por los poros. Me gusta que el sustantivo y el verbo tomen el lugar que hasta entonces tuvo el adjetivo.

Como la historia *del* hombre me parece juego de niños que crean centauros nuevos, prefiero hablar de la historia *en* el hombre, fincada en experiencias individuales. Me inclino por esta historia que se goza y se padece. Sus accidentes resultan del lugar, el minuto y la circunstancia. Ignorante como soy de las materias que discuten los hombres cultos, me halaga el hallazgo de esta palanca para remover obstáculos, sobre todo el obstáculo fundamental que impide la noción de la historia. Ahora veo que es el tiempo *en* el hombre, no el tiempo *del* hombre. Quien me oyera hablar así me juzgaría loco, pero estoy muy cuerdo. Nadie me arrebatará la convicción de que la historia nos sirve para vernos pasar.

Me parece haber dicho que hay un momento en el que la vida principia a destilar recuerdos, o sea historia, y que ese momento corresponde al despertar de la conciencia individual. A todos nos ocurre eso entre los ocho y los trece años, según los temperamentos. Yo fui de estos últimos, tardío, pues comencé a ser histórico cuando la ciudad de México se cubrió de galas para recibir a don José de Iturrigaray, amigo del gran influyente don Manuel Godoy, y por eso designado virrey de la Nueva España. Es una historia individual la que brota de mi memoria. No la llamaré sin embargo «la memoria» sino «las memorias», aunque no sea más que una, la mía, la de Blas Pavón.



Nací en la ciudad de México el 15 de septiembre de 1790, y a esa circunstancia, irrelevante en apariencia, atribuyo la extraordinaria significación de mi vida. A la escuela de San Lázaro concurrí cuando niño, y a los dieciocho años me colocó mi padre como escribiente de la Audiencia, el mismo año en que se produjeron los acontecimientos que relataré después. Mi padre, don Manuel Pavón, con estudios de derecho en la Universidad de Salamanca, luego funcionario de hacienda durante el reinado de don Carlos III, llamado también el rey progresista, vino a México hacia el año 85 en unión de mi madre, ambos naturales de la provincia de Zamora. Aquí trabajó en la Aduana durante casi treinta y cinco años, pues murió en 1819, dos años después que mi madre, dejándome como única herencia un sólido gusto por las lecturas clásicas y una casa vecindad en el mismo barrio de San Lázaro, cuyas rentas contribuyeron tanto a mi tranquilidad.

Tuve un hermano de nombre Jacinto, dos años mayor que yo, que en nada se me parecía. Era Jacinto un muchachote fuerte, idealista, inclinado al fanatismo. Cuando creía en algo, y no le costaba mucho trabajo hacerlo, se entregaba al objeto de su fe sin importarle las consecuencias. Tipos como él no suelen durar; viven intensamente y se apagan, aunque alguna vez puedan dejar alguna grieta en la historia. En una época como la que nos tocó vivir, Jacinto no podía acabar bien. En nuestra juventud andaban sueltas demasiadas ideas apasionantes, y él fue víctima de una de ellas, como lo referiré después.

En el año de 1820 contraí matrimonio en la iglesia de Loreto con doña María Tostado, que fue señora de Pavón por corto tiempo, ya que al año de casados me dejó por un teniente del ejército trigarante. Fue ésa mi única contribución a la sagrada causa de la independencia de mi patria, pero también quedé escamado, y no volví a fincar relaciones estables. Temí pagar un tributo parecido cada vez que un nuevo libertador hiciera su entrada triunfal en la capital, y preferí ejercer el amor sin ese requisito, con sencillez republicana.

De niño cogí una infección en el hueso que estuvo a punto de costarme la pierna izquierda, pero afortunadamente los médicos pudieron detener el mal, y sólo me quedó delgaducha como una vela, y algo más corta que la derecha. A esta feliz circunstancia debí no mezclarme en guerras, cuartelazos o motines, salvo mi breve intervención en la batalla de Cerro Gordo, contra los americanos. Nada más. Tratándose de cojos, supuse que Santa Anna satisfaría ampliamente las aspiraciones de los mexicanos. Por eso, por mi cojera y hábitos sedentarios, fui durante mi vida un burócrata holgazán, al servicio de todos los gobiernos, desde el virreinal hasta el último de Santa Anna, en cuya época se me concedió una pensión de retiro que nunca me pagaron por cierto. Empleado al servicio de todos los gobiernos, tuve sin embargo opiniones personales sobre la política y los hombres de mi país, que guardé celosamente hasta consignarlas en estos pliegos, que no sé en qué manos pararán al fin.

Posiblemente algún sujeto superficial me considere un simulador, pero yo tengo

para mí que la simulación es una forma de la conducta que no se compece con la modesta estatura moral de un empleado público. ¿Simulador por servir a gobiernos que me asignaban sueldos de cuatro reales, que generalmente me quedaban a deber? ¡Bah! Yo he llevado una vida perfecta, sin haber hecho nunca mal ni bien. He vivido a mi modo y dejado vivir a los demás, lo que es una importante virtud cívica en este país. He pensado mucho por añadidura. Mucho. También un modesto escribiente de segunda puede permitirse lujos de filósofo, sobre todo si su mujer se larga con un teniente del ejército de las Tres Garantías, ninguna de las cuales me sirvió para maldita la cosa.

Pertenezco a la raza humana, y todas las patrias me tienen sin cuidado. Mientras no se demuestre lo contrario, creo en un solo Dios verdadero, creador de todas las cosas, pero no sé si mi fe sea verdadera o simple temor a quedar irremisiblemente solo. Creo en la libertad hasta el extremo del fanatismo. Creo que el espíritu del hombre está hecho para ella como el oído para el sonido y el ojo para la luz. Pero no soy un libertario, no. En el curso de mi larga vida he visto que todos los libertarios son aprendices de césares, enemigos de la libertad. Hacen de la libertad un programa político o social, y en realidad se encaminan al ejercicio de un nuevo despotismo. Para mí la libertad es una cosa tan simple y tan compleja como la posibilidad de ser hombre.

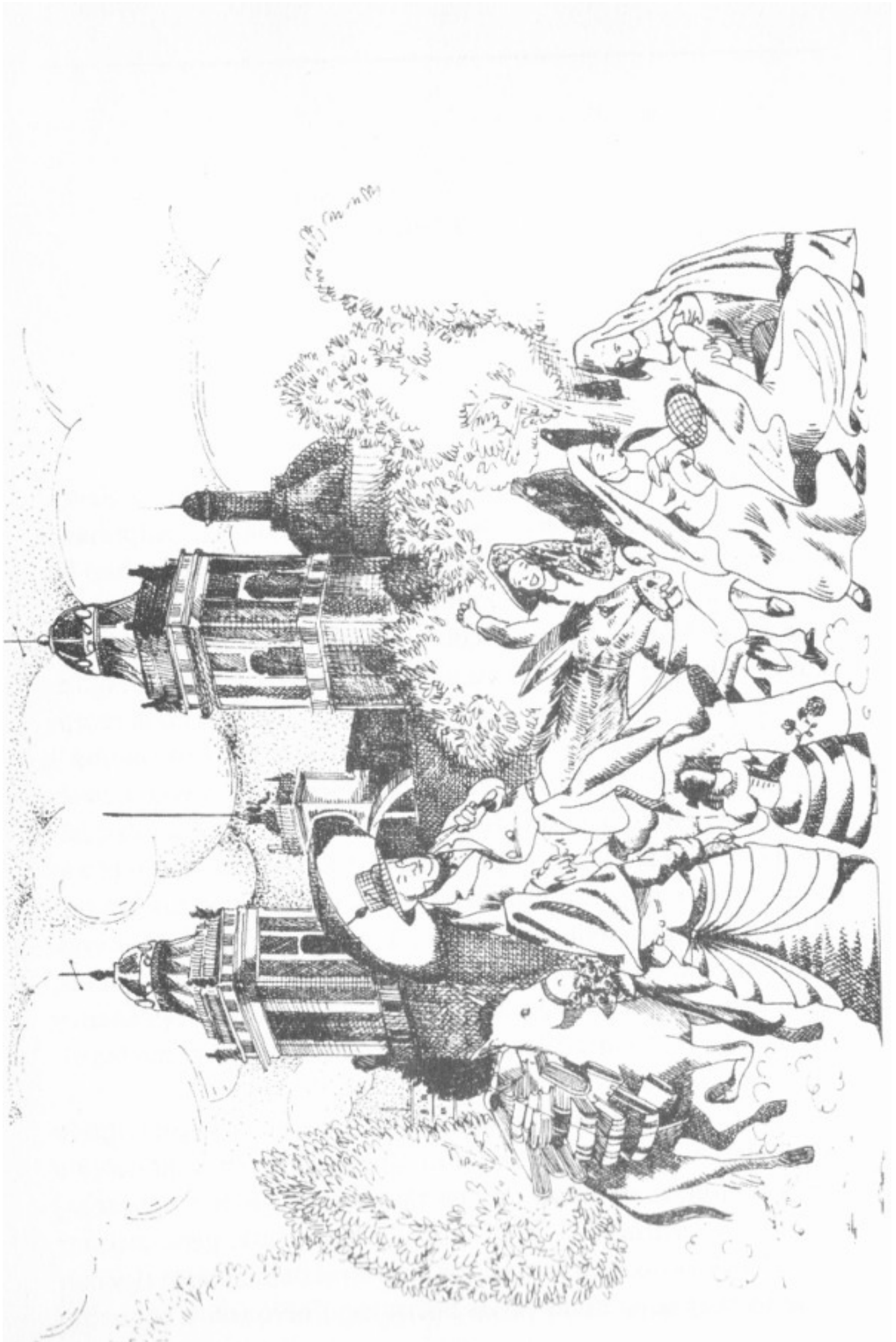
Escribo por la necesidad, no por el placer de hacerlo. Es la forma de buscarme, y de dar conmigo alguna vez...

(Aquí faltan algunos pliegos de las Memorias.)

Iturrigaray

Un día de enero de 1803, creo que fue la víspera del día de Reyes, entró en la capital el señor Iturrigaray. Cerradas las pulperías y cajones del Parián, sus propietarios y dependientes llenaban las aceras de la calle de Santo Domingo, por donde pasaría el virrey camino de Palacio. Balcones con tapices y currutacas; bandas de música, alharaca de campanas, alegría improvisada con los quince o veinte mil pesos que, decía la gente, se gastaron en la recepción. Ese día no parecía México la ciudad de los léperos piojosos tumbados al sol. Ahora se derrochaba dinero, tal y como si viviéramos en el grado más alto de la prosperidad. Era una ciudad falsa, una riqueza falsa, una popularidad falsa también. Atribuí todo eso al régimen imperante, pero años después observé que los presidentes de la República se conducían por el estilo. Peor todavía, porque la miseria era mayor. Habían desaparecido los marqueses, los condes, los oidores rumbosos. Los léperos se multiplicaban, y sus piojos, pero los presidentes entraban en la capital como los virreyes que conocí.

Iturrigaray parecía un monarca ese día de su llegada. En la catedral asistió al solemne Te Deum que se cantó en su honor, y a continuación, ya en palacio, recibió los cumplidos de corporaciones y gente distinguida de la capital. Finalmente, para coronar aquel día glorioso, don José se presentó en el balcón central, y con un gesto muy suyo vació varias bolsas de dinero sobre el pueblo congregado en la plaza, espectáculo por el que sentí desprecio cuando llegué a maduro, juzgándolo digno de un pueblo degenerado. Sobre todo después, cuando los presidentes de la República modificaron el sistema para ajustarlo a normas democráticas, y en vez de dinero repartieron tortas, tacos y pulques entre el pueblo. Que los mexicanos aceptaran viandas o dinero por vitorear a virreyes o presidentes me pareció una experiencia penosa, propia del embrutecimiento moral de nuestra edad media.



Ese mismo año llegó a México don Alejandro de Humboldt, famoso viajero y explorador. Llegaba del Perú, por el camino de Acapulco, pero antes había explorado las misteriosas regiones del Orinoco y el Amazonas. Mi padre me leía por las noches pequeñas crónicas de su viaje, publicadas en *La Gaceta*, que despertaron en mí la ilusión de ver de cerca al hombre extraordinario. Me asomé a todos los cafés, sobre todo al de Medinas y El Cazador, sin éxito. Hasta que en la acera de la Escuela de Minas logré verle a mis anchas. Todavía le recuerdo, rubio y corpulento, ligeramente picado de viruelas, con sus grandes ojos azules, testigos recientes de indios bárbaros y jaguares. Le vi una vez más, en noviembre de ese año, con motivo de la inauguración de la estatua de Carlos IV en la Plaza Mayor, un bronce que iluminó la mañana como un pequeño sol. Según la inscripción, que leí a duras penas, la idea nació de Branciforte, el virrey cuñado de Godoy, y uno de los funcionarios más ladrones que hayan gobernado a este país. Pero también los pillos dejan alguna vez obra positiva, como este monumento destinado a perpetuar la gloria del magnánimo rey nuestro señor, según dijeron ese día los oradores oficiales. Posteriormente averigüé que el rey nuestro señor fue sólo un cretino perfecto, cornudo gracias a la nada gratuita colaboración de don Manuel Godoy. Por cierto que la gente decía entonces que doña María Inés, la virreina, hacía con el virrey lo mismo que la reina María Luisa con su esposo, el rey nuestro señor. Que si allá el dueño de la huerta se llamaba Godoy, aquí el hortelano era un tal Obregón, de Guanajuato por cierto. Decían también que el virrey se hacía de la vista gorda para no introducir diferencias en el cuadro de la monarquía, aunque se sospechara que le agradaba, en el fondo, ser un pequeño cabrón real, y representar, en su escala, el mismo papel que desempeñaba en Madrid el magnánimo rey nuestro señor.

La vida corría plácidamente entonces. El virrey derogó varias disposiciones del señor Berenguer y Marquina, su antecesor, un viejo aburridísimo. Volvieron las corridas de toros a la plazuela del Volador, y los grandes saraos en palacio. Cómicas hermosas lucieron en el Coliseo, una de las cuales acabó por tener un hijo del vástago mayor del señor Iturrigaray, un chico bien plantado que por lo visto tenía el alma en el cuerpo. Con motivo del cumpleaños de la virreina, en 1805 según recuerdo, se inauguró la fuente del Salto de Agua, que mediante un espléndido acueducto aprovechaba los manantiales de Chapultepec en beneficio de la ciudad.

El señor Iturrigaray siguió los pasos de Branciforte, ansioso de enriquecerse pronto y bien. Pero no lo hizo como un pillo vulgar sino como un gobernante respetable, apoyado en una técnica que, depurada con los años, terminará convertida en una de las bellas artes. Principió por hacer un negocio tan bueno como el de introducir, en su equipaje, paños que luego vendió con ganancia colosal. Tenía cara de gente honrada, y eso le ayudó. Caras adornadas con gesto de contrabandistas fracasan, por lo general, al hacer sus primeras armas. Después, ya instalado en su puesto y hecho al medio, hizo negocios mejores todavía. Llevaba comisión en las ventas de azogue destinado al laboreo de minas, y sobre todo en la venta de papel

para la fábrica de tabaco. Aquí adoptó el sistema de hacer pagar al comprador un precio superior al que se hacía constar oficialmente, guardándose la diferencia. Aprovechó también la construcción de obras públicas para llevar su parte en los contratos, todo lo cual colocó al famoso don José en el pedestal de los precursores. Vinieron después los hombres de la república, que mejoraron el sistema con alguna novedad de su cosecha. La idea fundamental de todos ellos fue la misma que adoptó el virrey Iturrigaray: alejar de sus personas y familias el fantasma de la necesidad, y crear un fondo de ahorro que permitiera a sus hijos llevar una vida decente.

Todo marchaba admirablemente bien en el virreinato, hasta que se agriaron las desavenencias entre los hijos de españoles y sus padres, y empezaron a correr por las calles pasiones patriadas. ¿Por qué tenía que reventar ese conflicto entre hijos y padres? No por un ideal ciertamente, sino por los empleos. Los hijos querían tener derecho a los empleos de los padres. Querían tener acceso a los altos puestos de la iglesia, del gobierno y el ejército. No sé por qué tenía que llegar el año de 1808, pero llegó.

Al comenzar ese año entraron los franceses en España, de acuerdo con Godoy, para dar a Portugal una puñalada por la espalda. Napoleón propuso a don Manuel un convenio, no por cierto de caballeros, para adueñarse de Portugal entre ambos y repartirlo después en tres porciones: una para Francia; otra para que Godoy estableciera una especie de principado, y una tercera para España. Lo que no dijo Napoleón fue que después del reparto proyectaba adueñarse de España y de Godoy, para consolidar de ese modo las tres porciones portuguesas y la península entera. Pero el pueblo español, que de pronto vio a su país infestado de franceses, harto además de Godoy y sus combinaciones, se amotinó en Aranjuez el 19 de marzo. Promotores del escándalo fueron los enemigos del valido, algunos tan encumbrados como el príncipe don Fernando, de dudosa filiación si se piensa en los cascos ligeros de su madre. Pero el acto de Aranjuez resultó a la medida de los conspiradores: cayó Godoy, y don Carlos abdicó en favor de su probable hijo, el llamado Príncipe de Asturias, que tanta lata nos dio después con el nombre de Fernando VII, retrasado mental como su presunto padre, pero terco como un burro por añadidura.

Que Napoleón no contaba con los sucesos de Aranjuez parece fuera de duda, y en consecuencia tuvo que introducir algún cambio en sus proyectos. Se presentó en la península, hizo prender a la familia real, y la llevó consigo a Bayona, sobre la frontera franco-española. Aquí, en su presencia, el rey don Carlos ratificó su abdicación en favor de don Fernando, y éste, sin conservar la corona unas horas siquiera, para ver cómo le sentaba, la renunció en beneficio del general Murat, duque de Berg y cuñado del emperador. Hasta doña María Luisa, indignada por tamaña bellaquería, perdió los estribos y llamó bastardo a su hijo don Fernando. Le llamó de ese modo en presencia de su esposo, el rey nuestro señor, quien sin embargo, con real prudencia, resistió el puyazo sin chistar.

El 8 de junio llegaron a México las noticias del motín de Aranjuez, de la prisión

de Godoy y de la abdicación de la corona en favor de don Fernando, y un mes después aproximadamente, el 14 de julio, se conoció la renuncia de Bayona y el nombramiento del duque de Berg como lugarteniente del reino. Los acontecimientos no podían tomarse a la ligera, sobre todo cuando se sabía que Iturrigaray debía el puesto al valido en desgracia. Hasta los guardias del palacio entendieron que los acontecimientos de Bayona afectarían el destino del señor virrey en primer lugar, y luego el del reino entero. Los españoles, celosos de sus prerrogativas, comprendían que la abdicación comprometía seriamente la autoridad real en esta parte del imperio, mayormente cuando los criollos, algunos tan inteligentes como los licenciados Verdad y Azcárate, se disponían a recoger la bandera pisoteada en Bayona para levantarla en nombre de los intereses españoles. La situación que afrontaban los pobladores del virreinato, y en particular los de la ciudad de México, era confusa y novedosa. Resultaba que criollos y españoles echaban mano de los mismos conceptos —patria, rey, religión— para lograr finalidades contrarias. Conceptos idénticos, inobjetables para los unos y los otros, se convertían en armas de campos enemigos. Era preciso definirlos pues. Pero para eso, para definirlos, será preciso que corra la sangre, y que don José Iturrigaray pague por la definición que se buscaba.

El conflicto entre españoles y criollos era viejo cuando llegaron a México las noticias de Aranjuez y de Bayona. Los españoles se decían descendientes de los conquistadores, abocados por eso a la dirección del país, pero los criollos juzgaban ser ellos —hijos de españoles, nacidos en el país— los verdaderos descendientes de los conquistadores, y con idéntico derecho para ocupar los altos puestos del gobierno, la iglesia y el ejército. En ese conflicto encuentro la semilla de la independencia mexicana. Vivir del presupuesto se confundía, sin gran pudor, con las pasiones libertarias.

Los criollos habían ganado influencia con el paso de los años, gracias al talento de sus hombres representativos. Ya tenían mayoría en el Ayuntamiento de México, con dirigentes tan duchos como los licenciados Juan Francisco de Azcárate y Francisco Primo de Verdad y Ramos, secretos defensores de doctrinas audaces —audaces entonces por lo menos—, como las que atribuían al pueblo el origen de la soberanía. Si de tiempo atrás mostraban los criollos inclinaciones por la independencia, parece natural que sus actividades cogieran vuelo con los acontecimientos de ultramar. Al puntualizarse la noción de patria, los españoles temían que, para los criollos, esa patria no fuera ya España sino México. Y al definirse el concepto de rey, sospechaban que el objeto de su adhesión fuese no ya Fernando sino —¿por qué no?— Iturrigaray mismo, convertido por la fuerza de las circunstancias en un monarca local, en un José I de México por ejemplo. Antipatía, celos, desconfianza, todo eso mediaba entre el Ayuntamiento y la Audiencia. En medio de la vecina tormenta estaba el virrey, cogido en un cepo de cuya llave se apoderará muy pronto, la noche del 15 de septiembre de 1808, el acaudalado español don Joaquín Gabriel de Yermo.

Apenas llegaron las noticias de la abdicación de Bayona, el Ayuntamiento declaró que tal renuncia era nula, y que mientras se prolongara la ausencia del monarca legítimo, la soberanía debería ejercerse aquí por el reino mismo, o sea por las clases que lo formaban. El virrey no veía con malos ojos esas ideas, máxime que los síndicos y regidores reclamaban su permanencia en el mando mientras en la península se restaurara la legalidad. Pero la situación se complicaba porque, por mucho que simpatizara Iturrigaray con la idea de conservar el puesto, no podía plegarse a los deseos del Ayuntamiento sin entrar en conflicto con los oidores de la Audiencia, temerosos de que la solución que los síndicos apoyaban terminara en una declaración de independencia. Advertían los oidores que entre el virrey y los señores del Ayuntamiento se creaba una peligrosa comunidad de intereses, y los más avisados temieron que entre esa comunidad y la proclamación del virrey como José I de México mediara un paso. Si, como el Ayuntamiento pretendía, el virrey convocaba a una Junta o Congreso del reino, no sería remoto suponer que en la reunión predominaran los intereses criollos, con fuerza suficiente para proclamar la independencia.

Pero por otra parte, y aquí el callejón sin salida, la Audiencia tampoco podría plegarse a la abdicación de Bayona, que implicaba la sumisión del reino al intruso duque de Berg, en el fondo nada más que un lugarteniente de Napoleón. De no andarse con cuidado corrían el riesgo de prestar argumentos a los criollos para acusarlos de favorecer la dominación napoleónica en España: el riesgo de que los criollos se presentaran como defensores de los intereses verdaderamente españoles, quedando los españoles de origen en el desairado papel de defensores de Napoleón. Grave encrucijada para los peninsulares. Sus hijos les tenían cogidos los dedos contra la puerta.

A esas alturas, por otra parte, la formación en España de juntas que se arrogaban, con o sin derecho, la representación del pueblo español en su lucha contra los invasores, introducía un nuevo motivo de desacuerdo. Los españoles pretendían que se reconociera a la más importante de esas Juntas —la de Sevilla—, a efecto de que se le proporcionaran los recursos y el apoyo del reino para continuar la lucha. Pero aquí, también, de un mismo concepto los criollos obtenían conclusiones opuestas. Si en ciudades españolas funcionaban esas Juntas, argumentaban, no había razón para que no se hiciera lo mismo en México, en Caracas, en Lima y en Buenos Aires. De donde concluían que el virrey debía convocar a una Junta o Congreso del reino que proclamara el nombre de Fernando VII como legítimo monarca, y tomara providencias para luchar contra los franceses. Para los oidores, fiscales y españoles prominentes, el proyecto del Ayuntamiento ocultaba siniestras finalidades, pues ¿qué podía resultar de ese Congreso sino la independencia? La situación era tan compleja, sin embargo, que no era fácil rechazar la idea de esa reunión, y los señores de la Audiencia prometieron acudir a ella, aunque bajo protesta de no responder por los males que sobrevinieran.

La reunión se ajustó para el 9 de agosto. Ese día, doblada la guardia y cerradas las puertas a machamartillo, se reunieron en palacio síndicos, regidores, oidores, gobernadores de parcialidades de indios, vecinos prominentes, autoridades eclesiásticas y militares. En total ochenta y dos personas. Habló el licenciado Verdad y Ramos en nombre del Ayuntamiento, y propuso el reconocimiento de Fernando VII como único rey de España. Hasta este punto marchaba todo bien. Pero cuando agregó que al pueblo del reino competía ejercitar la autoridad mientras se prolongara la ausencia del monarca, se armó un zipizape de los mil demonios. Se cruzaron gritos, imprecaciones. El arzobispo trató de calmar los ánimos, y el virrey le hizo callar de mala manera. Don Bernardo del Prado y Ovejero, inquisidor supremo, subrayó que la proposición de la soberanía del pueblo como fuente de la autoridad se encontraba anatematizada por la iglesia. Los fiscales de la Audiencia echaron también su cuarto a espadas. Recordaron ser abogados, y se embarcaron en sutiles interpretaciones: que si la doctrina aludida por Verdad y Ramos se refería a pueblos principales y no a pueblos subordinados; que si estos últimos, por su condición misma, carecían de facultades para convocar y ser convocados; que si el ejercicio de un derecho de soberanía por el pueblo de la Nueva España era ya un acto de segregación e independencia, etcétera. La junta del 9 de agosto terminaba de mal modo. Desgraciadamente entre criollos y españoles no cabía el entendimiento.

El 13 de agosto, aniversario de la caída de la ciudad en poder de Cortés, se cumplimentó el único acuerdo definido de la junta, o sea la jura de Fernando VII como rey de España. El pueblo salió a la calle, los balcones se engalanaron, y el virrey repartió sonrisas y dinero desde su carruaje. Muchos, en la capital, sospechamos que por última vez presenciábamos la jura de un monarca. Poco después llegaron dos representantes de la junta de Sevilla, los señores Jáuregui y Javat, con instrucciones para asegurar el juramento de fidelidad a don Fernando, para que se reconociera la autoridad de la Junta sevillana, y para deponer al virrey en el caso de resistencia. A los españoles —ya conocidos como «partido español»— les caía como anillo al dedo la llegada de los emisarios, que proporcionaban el argumento que tanta falta hizo en la reunión del 9. Al existir en España una Junta que adoptaba la representación del monarca en la lucha contra los franceses, no podían aducirse objeciones por el gobierno de la Nueva España. La presencia en México de Jáuregui y Javat era un golpe a los planes de independencia. Cuando el virrey convocó a una nueva reunión para el día 31, con el propósito de que los emisarios de la Junta de Sevilla expusieran el objeto de su misión, los señores de la Audiencia no irían ya bajo protesta. Todo lo contrario, acudieron gustosos para propinar una lección a los criollos del Ayuntamiento.

El primer cuartelazo de México

Cuando los oidores, en la reunión del 31 de agosto, reclamaron el reconocimiento de la Junta de Sevilla, los síndicos y el virrey formaron un solo frente, apoyados en la circunstancia de que España, llena de Juntas, hacía difícil el reconocimiento absoluto de alguna de ellas. Pero no pudiendo escapar a la presión de oidores y emisarios, cedieron en punto a reconocer a la de Sevilla facultades en hacienda y guerra, algo equivalente a proporcionarles los recursos del reino. ¡Si les hubiera llegado unas horas antes la comunicación de la Junta de Asturias, que también invocaba el nombre de Fernando en su lucha contra los franceses! Pero aunque llegó después de terminar la junta, el virrey citó a otra para el siguiente día, primero de septiembre. No podía ya retroceder en el apoyo dado a la Junta de Sevilla, pero en cambio, aunque sin plantearlo en la reunión, tomó el acuerdo de convocar a los ayuntamientos del reino a una reunión en la capital. Ese primero de septiembre fue un día trágico en la historia de don José Iturrigaray. Fue el día en que cruzó su Rubicón, sin sospechar que los españoles hacían eso mismo, más velozmente, y que le aguardaban en la otra orilla.

A partir de entonces Iturrigaray hizo nombramientos sin consultar a nadie, y ordenó que se concentraran en la Capital los Dragones de Aguascalientes y el regimiento de infantería de Celaya. Entre el 10 y el 15 de septiembre circularon en la ciudad rumores alarmantes: que si se proyectaba la aprehensión de los oidores, para colocar en su lugar a los licenciados Azcárate y Verdad; que si habría princesas de Tacuba; que si los millones en caja se invertirían en obras públicas del reino; que si se hallaban sobre México los Dragones del coronel Obregón, íntimo del virrey, y sobre todo de la virreina. Gotas que colman el vaso de las angustias. *Casus belli* largamente esperado por los españoles. Eran las vísperas del primer 15 de septiembre de México.

Del segundo mejor dicho, ya que el primer 15 de septiembre, el de 1794, había caído preso Juan Guerrero, un granadino de Estepona, primer aventurero de la independencia. Guerrero llegó a México de Filipinas, como contador de la Nao de China. En Acapulco quedó por enfermedad, y como el virrey Revillagigedo se negara a pagar sus sueldos, diciéndole que ocurriera a Manila, Guerrero urdió hacerse de la Nao, a su regreso de Filipinas, para ir a conquistar alguna provincia de la China. Para dar principio a su plan tramaba apoderarse del virrey, del arzobispo y de los oidores; liberar a los indios de sus tributos, y alzar en el palacio de México una bandera libertaria. Alguna denuncia se interpuso a tiempo, y el hombre de nuestro primer 15 de septiembre terminó en las mazmorras españolas.

Ahora, catorce años después, entraba en acción don Joaquín Gabriel de Yermo, acaudalado español. Yermo no era político. Era simplemente un comerciante que se metió a político, y probó que entre ambas actividades no existía discrepancia. Después de Yermo, y en el curso de mi larga vida, he visto muchos políticos metidos

a comerciantes, y muchos comerciantes metidos a políticos, los primeros para coronar como comerciantes su carrera de políticos, y los segundos para coronar como políticos su carrera de comerciantes. Pero Yermo era un comerciante piadoso por añadidura, y antes de aceptar la jefatura de la conspiración pasó dos o tres días en un convento, aunque ignoremos si lo hizo para entablar consultas con su conciencia o para ajustar, en un ambiente tranquilo, los pormenores de la conjura. Lo cierto fue que de ahí resultó el plan de apoderarse del virrey y de la virreina, pasando por encima de la guardia palatina. El plan funcionó admirablemente. A la media noche del 15 de septiembre salieron de la casa de Yermo, en la esquina de la Plaza Santo Domingo; debelaron la escasa resistencia que opuso la guardia de palacio, y cayeron sobre el virrey y la virreina en sus propias camas. El pobre de don José no se hallaba preparado para semejantes excesos, y menos doña María Inés, por lo menos con aquella rudeza. *Alea jacta erat*. El fallido José I fue conducido a la casa del inquisidor Prado, y su esposa al convento de San Bernardo. Don José Gabriel de Yermo inauguraba, esa noche del 15 de septiembre de 1808, medio siglo de cuartelazos.

Otro grupo de conspiradores cayó sobre los licenciados Azcárate y Verdad, y les pusieron a buen recaudo en la cárcel del arzobispado, donde el segundo murió misteriosamente dos o tres días más tarde. Nadie acertó después a explicar su repentina muerte, de donde no sería calumnioso suponer que lo escabecharon. En palacio, mientras tanto, se procedió a levantar inventario de los tesoros hallados en las habitaciones del frustrado don José I. Una fortuna, según se dijo, en alhajas, tejos de oro y piedras preciosas. Pero el hallazgo más curioso fue un documento firmado por el intruso duque de Berg, confirmándole su nombramiento de virrey de la Nueva España. Iturrigaray había asegurado, públicamente, que el pliego había sido quemado en la plaza, junto con otros de la misma procedencia, para demostrar la repulsa del gobierno de la Nueva España hacia las autoridades espurias de la Metrópoli, pero ahora resultaba que no había habido tal pena del fuego para el nombramiento. Que don José lo había guardado prudentemente, por lo que el tiempo encogiera. A él le interesaba continuar como virrey, sin que le afectara hacerlo primero en el nombre de Carlos IV y luego en el de Napoleón. Don José era un político de pura sangre, con estómago capaz de digerir un cerdo. Previsor por añadidura, ya que el tesoro que se halló en sus habitaciones parecía destinado a asegurarle una ancianidad tranquila.

Los comerciantes de México, mientras tanto, se adueñaban de la situación en alianza estrecha con la Audiencia. Pusieron de virrey a don Pedro Garibay, un buen señor, y el 21 de septiembre sacaron a Iturrigaray de su prisión, y en un coche bajo escolta le enviaron camino de España. Conjurados a su juicio los riesgos que afrontaba el reino —el de la independencia sobre todo—, se convirtieron en guardianes celosos del nuevo orden de cosas. Armados, formaron compañías llamadas «voluntarios de Fernando VII», y como en su atuendo entraban unas chaquetas muy raras, el pueblo les llamó «los chaquetas». Los jóvenes actuales, que no vivieron las peripecias de aquel tiempo, desconocen por qué nuestro pueblo ha

derivado de aquel sustantivo un adjetivo —chaquetero—, y del adjetivo un verbo —chaquetear—, utilísimo neologismo.

Pero era un triunfo que no podía durar. Es regla que los triunfos políticos de los comerciantes sean de cortos alcances. Don Pedro Garibay era un pobre diablo, para colmo, incapaz de sacudirse el origen oscuro de su autoridad. Los criollos hacían llegar memoriales a la Junta Central española, acusándolo de ser nada más que un instrumento de los comerciantes, en tanto que los españoles mismos le juzgaban incapaz de restaurar la paz. Pronto llegó de España su remoción, y el nombramiento del arzobispo Lizana como nuevo virrey. Pésima elección la que recaía en un arzobispo, inadecuado para gobernar un país lleno de fermentos revolucionarios, donde el clero mismo se afiliaba con uno u otro de los contrincantes. En todo eso debió convenir finalmente la Junta Central, ya que en julio de 1809 suspendieron a Lizana en el mando, y un año después nombraron para el puesto a don Francisco Xavier Venegas, que se presentó en Veracruz el 25 de agosto, y en la ciudad de México el 14 de septiembre, la antevíspera de que, en el pueblo de Dolores, encendiera Hidalgo la insurrección.

Trepado en una reja de la calle de Santo Domingo presencié la entrada del nuevo virrey en la capital del reino. Era un tipo alto, fornido, patilludo como torero o como tipo de rompe y rasga, lacónico en su hablar, impuesto a dar y recibir órdenes como hombre de cuartel que era, inclinado a la violencia, y para colmo obcecado como la mayoría de los tontos de solemnidad. Sobre la marcha le contaron cómo andaban las cosas, e incluso le hablaron de una conspiración que acababan de descubrir en Querétaro. En la catedral se cantó el obligado Te Deum, y en el real Palacio recibió el nuevo virrey los parabienes, de rigor también en esos casos. Durante tres días se prolongaron las fiestas, pero no terminaba el último cuando cuarenta mil indios, armados con hondas, palos, lanzas e instrumentos de labranza, inauguraban el principio del fin. Seguramente Venegas lo presentía, y por eso se le vio tan serio el día de su llegada.

El futuro principiaba a adornarse con palabras nuevas. ¿Hasta cuándo terminará esa historia de las palabras nuevas que por lo general esconden los mismos vejesterios? ¿No será posible conocer las cosas sin recurrir a las palabras?

En Guanajuato, una turba tremolaba un estandarte guadalupano, y gritaba con Hidalgo: «Viva la Religión; Viva nuestra madre amantísima de Guadalupe; Viva Fernando VII; Viva la América y muera el mal gobierno».

¿Alguna vez dejará la gente de matarse por palabras?

La Insurrección

En el ambiente cargado de pugnas pareció lógica la conspiración, y a nadie sorprendió la noticia del levantamiento. El ejemplo de España distaba de tranquilizar los ánimos. Su lucha por la libertad era una enseñanza por encima de fronteras, buena para todos. Después se dijo que los mexicanos aprendimos eso de Francia, y no fue exacto. Lo aprendimos de España. De ella recibimos entre 1808 y 1820 las más importantes lecciones libertarias, en su doble batallar contra el absolutismo y los franceses. Hacia mayo de 1810 se conoció en México un decreto de la regencia, que, mandaba proceder a la elección de diputados a Cortes, y anexa una proclama dirigida a los americanos, reconociéndonos derechos idénticos a los españoles: «Desde este momento, españoles americanos —decía el decreto de la regencia—, os veis elevados a la dignidad de hombres libres. No sois ya los mismos que antes, encorvados bajo un yugo más duro mientras más distantes estabais del centro del poder; mirados con indiferencia, vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia».

La lucha española por la libertad tenía que contagiarse a la América hispana. Los mexicanos leímos en español, y por lo general en textos oficiales, como ese de la regencia, la gran lección revolucionaria. «Los extranjeros enemigos de España, y los americanos en sus declamaciones contra ésta, no han usado frases más fuertes que las que ofreció por modelo la regencia misma en su proclama», escribió cuarenta años más tarde don Lucas Alamán. Principiaba a cobrar fuerza una verdad, paradoja sólo en apariencia: la de que si los indios hicieron la conquista, los españoles se encargaron de llevar a cabo la independencia.

Las noticias del interior no causaban sorpresa, pues, aunque sí pánico al recibirse las primeras noticias de los excesos. Hidalgo, Allende y Aldama, al frente de una horda embriagada por el saqueo, sembraban el terror en los campos de Guanajuato. Primero San Miguel y Celaya; luego la ciudad de Guanajuato, rica y confiada, con sus ochenta mil habitantes. La horda avanzó sobre Valladolid, luego sobre Toluca, y se colocó finalmente a las puertas de la capital, donde el Santo Oficio descargaba sus armas sobre el clérigo Hidalgo y la revolución. Excomuniones. Angustia indescriptible. El virrey confió los pocos soldados que pudo reunir, sobre diez mil hombres, a la escasa sabiduría militar del brigadier Torcuato Trujillo, un jefe sin prestigio. *La Gaceta* publicó la nota que Venegas envió a Trujillo, al poner en sus manos la defensa de la capital: «Trescientos años de triunfos y conquistas de las armas españolas en estas regiones nos contemplan. La Europa tiene fijos sus ojos sobre nosotros. El mundo entero va a juzgarnos. La España, esa cara patria por la que suspiramos, tiene pendiente su destino de nuestro esfuerzo, y lo espera todo de nuestro celo y decisión. Vencer o morir es nuestra divisa».

Tonterías de un virrey que combinaba al bravucón con el sargento. Acudió a las

glorias de trescientos años cuando debió inspirarse en los intereses de criollos y españoles del reino, amenazados por cien mil indígenas que se echaban sobre el Valle de México. Los criollos, particularmente, no hallábamos qué partido tomar. Los españoles eran nuestros enemigos, y deseábamos la independencia. Pero ahora se nos planteaba el problema del modo de llevarla a cabo. Ante nosotros se definía un futuro de muerte y aniquilamiento; una independencia hecha por los indios, que no distinguiría después entre criollos y españoles; que nos echaría en el mismo saco, sin reconocer que fuimos enemigos irreconciliables. El triunfo de Hidalgo sería peor que el de Venegas. El 30 de octubre, cuando se supo en México que Trujillo había sido destrozado en el Monte de las Cruces, yo me encerré a leer la caída de Roma en manos de los bárbaros.

Pero nada ocurrió. Hidalgo se detuvo en el Monte de las Cruces, e inexplicablemente se retiró por el rumbo de Guadalajara. Recuperamos el aliento conforme la horda se alejaba, y sentimos pertenecer de nuevo al mundo de los seres vivos. Otra vez pasear y tomar un vaso de vino. El terror me pareció la más concreta experiencia de la vida. Pero una pregunta continuaba sin respuesta: ¿por qué no avanzó Hidalgo unas pocas leguas más? ¿Por qué no se adueñó de la ciudad indefensa? Imposible saberlo. Sólo caben suposiciones. O al clérigo lo traicionó un escrúpulo de conciencia, o al criollo un escrúpulo de clase. O retrocedió ante el cuadro multiplicado del saqueo y de la sangre, o desechó, en el momento preciso, el instrumental indio para hacer la independencia. De la retirada en el Monte de las Cruces al *mea culpa* que entonó en Chihuahua, en vísperas de su muerte, mediaba un paso solamente.

Así no era posible hacer la guerra, y mucho menos hacerla con decisión de ganarla. En el fondo de su ser, Hidalgo estaba liquidado. Las derrotas que se produjeron luego, las de Aculco y Puente de Calderón, fueron la consecuencia de una fe que se perdió en el Monte de las Cruces. El 17 de enero de 1811, en Puente de Calderón, don Félix María Calleja destrozó a los insurgentes, y los criollos nos llenamos de gozo, y aun vimos con agrado el paso de la antipatiquísima Virgen de los Remedios por las calles de la capital. Los horrores de Guanajuato y de Celaya dieron al antiguo régimen partidarios con los que no contaba. Pero lo más importante, con mucho, fue la oculta significación que tuvo la retirada de Monte de las Cruces. Hidalgo acababa de volver la espalda a sus seguidores y se reincorporaba a su raza. El día en que le fusilaron, en Chihuahua, se hallaba convencido de que la independencia era buena, y malos los medios con los que se propuso conseguirla. Ese día pudo haber llegado a un acuerdo con Iturbide.

¡1812! Con tres cuartos de siglo sobre mis espaldas, siento en mi sangre calores de juventud cuando recuerdo ese año maravilloso. Fue el año de la Constitución de Cádiz, nuestra primera y verdadera Acta de Independencia, y fue el año que llenó los rincones de la Nueva España con el relato de las hazañas de un nuevo jefe de la insurgencia, cura de un pueblo de Michoacán. Con madera de caudillo, gran señor de

la guerra y de la idea, Morelos era un mestizo con alma de bengalas que buscan las estrellas. Su nombre principió a sonar en el año anterior, pero su fama arrancó de 1812. Durante tres años, como escribió Zavala, su nombre será señal de triunfo para los mexicanos.

La Constitución gaditana data del 18 de marzo de 1812, y su texto pudo haber sido escrito en la misma Nueva España. «La Nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios», decía su artículo primero. Y después: «Son españoles todos los hombres libres nacidos y avecinados en los dominios de las Españas, y los hijos de éstos». Echaba la primera piedra del edificio que todos queríamos levantar, la base para establecer una comunidad de naciones hispánicas que con el tiempo y sin violencias, por la sola fuerza de los acontecimientos, terminarían independientes. La Constitución de Cádiz resolvía el problema fundamental que afectaba a los criollos, el de su inferioridad respecto de los peninsulares; fue una obra a la medida de hombres como los del famoso Ayuntamiento de 1808. Si ellos pudieran haber formulado una ley para la monarquía, la habrían hecho como ésa. Pero nada perjudica más a las cosas buenas de la historia que llegar fuera de tiempo. Cuando la Constitución se produjo, Morelos estaba ya de por medio, y con él la destrucción de las viejas ilusiones criollas.

Morelos había dado el tajo definitivo en la raíz de las cosas, muy por abajo de la Constitución. «Por ahora no hay España —pensaba— porque los franceses la dominan. Tampoco hay Fernando VII porque, sea que marchara a Francia voluntariamente, en cuyo caso no estamos obligados a considerarlo rey, o sea que haya sido llevado allá por la fuerza, en cuyo caso no es rey.» Sólo este pensamiento bastaba para superar la incoherencia de la primera insurgencia. Pero no se redujo a pulir aristas de conceptos decisivos. También burló a Calleja en Cuautla, en febrero de 1812, después de un sitio de setenta y dos días, y en noviembre se apoderó de Oaxaca. Morelos hacía imposible la paz sobre la base de la Constitución de Cádiz, que llegaba cuatro años tarde. En España tampoco podían cruzarse de brazos ante este Napoleón que nacía de oscura conjugación de sangre, y una orden de la regencia, del 16 de septiembre de 1812, retiró del mando a Venegas e hizo virrey al temido don Félix María Calleja del Rey, quien ocupó el puesto el 4 de marzo de 1813.

Aquí me parece oportuno hablar de una famosa sociedad secreta de la época: la de los llamados «Guadalupes», que tantos dolores de cabeza dio al gobierno virreinal. Yo tuve conocimiento de sus actividades gracias a que Jacinto mi hermano fue uno de ellos, y me hizo algunas confidencias. Trató incluso de que me uniera a la hermandad, pero rehusé aduciendo mi renquez y el poco entusiasmo que me inspiraba la idea de independencia, por lo menos como se planteó en el pueblo de Dolores. No podría decir en qué momento principió sus actividades ese grupo, que hizo las veces de caballo de Troya dentro de la ciudad de México, pero presumo que sus reuniones comenzaron en los primeros meses de 1811. No les desalentaron los descalabros de Hidalgo, y luego su prisión y muerte, sobre todo porque las brillantes campañas de

Morelos les comunicaron nuevos entusiasmos. Fue entonces, en 1812, cuando Jacinto se asoció a los Guadalupes, sin que llegara a conocer los pormenores del hecho. Cuando me di cuenta, ya tenía un conspirador en la familia.

Por Jacinto supe que los Guadalupes se reunían en varios grupos, y que celebraban sus tenidas en diversos domicilios una vez a la semana. No sé de cierto cómo coordinaban sus trabajos, pero sí me consta que se entendían admirablemente, y que hacían llegar noticias y auxilios hasta el campo insurgente. Los Guadalupes formaban una masonería muy especial, con un estricto ritual que impedía a los iniciados llegar a conocer la identidad de los verdaderos jefes. Debió existir algún Guadalupe mayor, pero tan a salvo de indiscreciones que el gobierno nunca pudo echarle mano. La policía cateaba domicilios, aprehendía inocentes, y sólo ocasionalmente cogía a algún emisario con un pliego para Morelos, o con algún bote de tinta para la imprenta en que imprimían su periódico los insurgentes. Nunca, que yo sepa, cayó en sus manos alguno de los pollos gordos. Si nuestro ejército hubiera tenido una organización como la de los Guadalupes cuando sobrevino la guerra con los Estados Unidos, nos habríamos apoderado de aquel país en unas cuantas semanas.

Calleja estaba como loco, primero por las hazañas de Morelos y luego por la creciente actividad de los Guadalupes. Para colmo de sus males, el 4 de abril de 1813 se celebraron elecciones para integrar el Ayuntamiento de México, de acuerdo con los mandatos de la Constitución de Cádiz, y resultaron electos partidarios de la independencia, entre los cuales era de sospecharse, y con razón, que algunos fueran Guadalupes. Tres meses después, el 4 de julio, tuvieron lugar las elecciones para diputados a Cortes, y los Guadalupes jugaron sus cartas con tal maestría que también resultaron electos partidarios de la independencia, algunos de los cuales fueron seguramente sus propios cofrades. Calleja y el virreinato estaban sobre un volcán a punto de reventar, y si Morelos no hubiera cometido entonces el mayor error táctico de su carrera, perdiendo casi un año en el empeño de apoderarse de Acapulco, otro habría sido el curso de los acontecimientos.

Cierta noche, a mediados de 1813, se presentaron en mi casa varios hombres de la policía, quienes sin decir agua va principiaron a vaciar cajones y a confiscar cuanto impreso o pliego manuscrito tuvieron al alcance. Terminaron por llevarme al edificio de la cárcel de la Inquisición, que subsistía a pesar de que el famoso tribunal había sido suprimido por la Constitución de Cádiz. Allí se me interrogó sobre las actividades de mi hermano, de las que por supuesto declaré no estar enterado, y como nada pudieron probar, y nada hallaron en mi casa que pudiera resultar sospechoso siquiera, terminaron por soltarme. De Jacinto no volví a saber una palabra, de donde presumo que le apresaron y ejecutaron en el desempeño de alguna misión al campo insurgente, o bien que terminó por llegar a su destino, y se incorporó a las filas de Morelos. El muchacho sentía tal admiración por don José María que de seguro aprovechó la primera oportunidad para quedarse a su lado, justamente cuando la estrella del caudillo principiaba a declinar. Tal vez fue Jacinto una de las víctimas en

Tesmalaca o Puruarán. Era demasiado inquieto para expirar en su cama, y supongo que murió bravamente, sin dar tiempo a que se le marchitara la ilusión de la independencia.

En cuanto a la guerra, su curso varió repentinamente. Morelos cambió sus arreos militares por los de estadista, y formó en Chilpancingo el primer Congreso mexicano. Desde fines de junio de 1813 se dirigió a las diversas provincias, urgiéndoles a nombrar electores que se reunieran en Chilpancingo el 8 de septiembre, con el objeto de designar a los miembros del Congreso. El 14 de ese mes se instaló el congreso, donde Morelos leyó sus ahora famosos «Sentimientos de la Nación» —en los que se declaraba a la América «Libre e independiente de España y de cualquier otra nación, gobierno o monarquía»—, cuya religión habría de ser la católica, sin tolerancia de otra alguna. De los «Sentimientos» resultaba toda una organización política, atribuyéndose al pueblo el origen de la soberanía, depositada en sus representantes por cuanto a su ejercicio, separados los poderes del gobierno en legislativo, ejecutivo y judicial. Morelos reclamaba, además, la abolición de la esclavitud y de toda distinción de clases, sin conceder a los no-americanos la posibilidad de ejercer los cargos públicos. Era un revolucionario, un reformador que llevaba a sus consecuencias lo fundamental de la Constitución de Cádiz. Si hubiera vivido en España, habría sido uno de sus signatarios. Pero aquí, en Chilpancingo, terminaba Morelos su intervención en la historia. Todo fue después derrota, confusión y muerte, desde su fallido intento sobre Valladolid hasta su ejecución, en Ecatepec, el 22 de diciembre de 1815.

Años sombríos los de 1814 y 1815. El cretino de don Fernando había regresado a España, y el 4 de mayo de 1814 disolvió las Cortes, envió al archivo la Constitución, y se convirtió nuevamente en monarca absoluto. Calleja, muy a sus anchas con el nuevo sistema, pudo tomar las medidas que su formación cuartelaria aconsejaba, ya sin las limitaciones que le imponía el Código de Cádiz. Mar de por medio, fracasaban los dos intentos libertarios, el de la ley y el de las armas. Con Morelos desaparecía la época de oro de la insurgencia. Gran caudillo, sombrío, inmisericorde, era implacable en su decisión de vencer. Si es que las tuvo, quedaron inéditas sus facultades para la paz. Pero sospecho que fue, como mestizo, sobre todo un gran demoleedor.

Un año después de la muerte de Morelos nombraron virrey a don Juan Ruiz de Apodaca, un hombre agradable, de finos modales, inclinado a la transacción. Su política conciliadora explica en parte el lapso de paz que siguió a la muerte del caudillo, y que redujo la insurgencia a rescoldos sin esperanza. Apodaca logró todo lo que no pudieron Venegas y Calleja con su política de sangre y fuego. Ciertamente apareció Mina durante el período de su gobierno, pero este revolucionario de fresco no lo produjo México; lo envió España. Una vez más repercutían aquí los acontecimientos peninsulares. Enemigo del absolutismo, saltó este liberal español a la batalla de México tan pronto como allá reapareció don Fernando y envió la Constitución de Cádiz al cesto de los desperdicios. Pero Mina duró poco. Héroe en

Peotillos, cayó en la Hacienda del Venadito. Le dejaron sin respaldo la política pacificadora de Apodaca y la muerte de Morelos, y quedó abandonado en país enemigo como un rayo en seco, sin tormenta.

La Independencia

Parecía que el virrey de suaves modales consolidaría la paz, cuando los sucesos de España abrieron la contienda nuevamente, como en 1808, como en 1810, como en 1817. Ahora, en 1820, el primero de enero, Riego levantó en Cabezas de San Juan la bandera liberal de la Constitución de 1812, y victorioso obligó a Fernando a jurar la Constitución liberal. Reaparecía el problema de siempre, el de la incapacidad de las fronteras para sofrenar ideas y fermentos de ideas. La revolución liberal española cruzará de nuevo el mar para favorecer la unión de intereses entre los criollos, los españoles y la Iglesia. Unión de la que resultará la independencia, como de su desunión las guerras que siguieron. No sospechaba el virrey que junto a sus narices, a dos cuadras del real palacio, se celebraban sospechosas reuniones en el templo de La Profesa. Y que un joven coronel criollo, antiguo azote de los insurgentes, se había recluido en un convento para emprender ejercicios espirituales. Ejercicios muy parecidos a los de don Joaquín Gabriel de Yermo, en vísperas del 15 de septiembre de 1808.

Semanas más tarde, cuando bajo la influencia de los mismos conspiradores el virrey confió a Iturbide el mando de fuerzas para operar contra Guerrero, el criollo llevaba en su equipaje el plan de la independencia. Llevaba el plan, y el visto bueno de Guerrero para una entrevista que tuvo lugar el 20 de febrero, con las tropas de ambos caudillos a tiro de cañón, en un pueblo cercano a la Villa de Iguala, donde se abrazaron ambos jefes. «No puedo explicar la satisfacción que experimento al encontrarme con un patriota que ha sostenido la noble causa de la independencia, y ha sobrevivido él solo a tantos desastres, manteniendo vivo el fuego sagrado de la libertad», dijo Iturbide. «Yo, señor, felicito a mi patria porque recobra en este día un hijo, cuyo valor y conocimientos le han sido tan funestos», contestó Guerrero. De aquí marchó Iturbide a la Villa de Iguala, donde publicó el Plan de ese nombre. En un tris se consumaba lo que parecía imposible: no la independencia, que alguno tendría que haber conseguido al fin, sino la independencia hecha por la reunión de cuatro fuerzas enemigas: la Iglesia, los españoles, los criollos... ¡y los insurgentes! Amalgama demasiado bella para ser verdad.

El Plan de Iguala se publicó el 24 de febrero, y aún hoy, después de tantos desengaños, me parece una obra teórica magistral. Cifraba en lo que llamó las Tres Garantías —Unión, Religión e Independencia— la fórmula mágica del futuro. Plan maravilloso que satisfacía los intereses de todos, y que había de fracasar por eso, porque era imposible satisfacer los intereses de todos. El Plan pudo ser eficaz en un mundo sin conflictos, y me temo que sin seres humanos. Tal vez quepa a los conjurados de La Profesa el reproche de haber pensado en todo menos en el hombre. En el ser pequeño que acabaría pronto con el Plan de Iguala como ha puesto en

dificultades al Decálogo, una obra superior al Plan de Iguala.

La causa que dio al traste con el Plan fue su falsa base política, el dar por cierto que Fernando VII cruzaría el mar para ponerse a salvo de los liberales y su Constitución de 1812. Sólo cuando la oferta del trono cayó por su propio peso, al rechazarla Fernando y su familia; sólo cuando las Cortes españolas declararon nulos y sin valor los Tratados de Córdoba, que refrendaban las cláusulas de Iguala, sólo entonces los conjurados de La Profesa se hallaron en un callejón sin salida. Se principió entonces a sospechar que, al faltar un rey de sangre para ocupar el trono mexicano, podía ocurrir que Iturbide se sentara en él, riesgo que bastaba para destruir la garantía de Unión, ya que los españoles no parecían dispuestos a someterse al imperio de un criollo. El Plan de Iguala fracasaba en el instante mismo de llevarse a la práctica. Desaparecía como un sueño, como una tierna ilusión. No era posible que ganaran todos. Alguien tendría que perder con la independencia.

Sin un Borbón en el trono mexicano, el Plan de Iguala era una pura quimera que consumiría en poco tiempo la ilusión de la independencia. Antes de conocerse ese plan, los mexicanos fuimos realistas e insurgentes, nada más. Sólo después principiamos a ser demasiadas cosas para ser algo en concreto. Pero los primeros causantes de todo lo malo que vino después fueron los españoles de México. Se echaron sobre Iturbide como perros de presa, y del mal inmenso que causaron sólo les compadezco por los infortunios que padecieron luego. No quisieron ser gobernados por un criollo, y terminaron pateados por los léperos del país entero. Si no fuera yo un español en el fondo de mi alma, aplaudiría a rabiar sus desventuras. Y no porque sea iturbidista, que lo fui aquel inolvidable 27 de septiembre de 1821. No porque sea iturbidista, aunque me conmueven su desgracia y sus palabras maravillosas de aquel día, sino porque detesto la cerrazón de mollera, la obstinación sin talento, la soberbia caníbal, todo cuanto hicieron los españoles de México para que se perdiera Iturbide, un joven español mejor que ellos.

Dieciséis mil hombres desfilaron por la calle de San Francisco el 27 de septiembre de 1821. No puedo describir el entusiasmo que reinó aquel día, sin que disminuyera el gozo general por la actitud rencorosa de los peninsulares, adictos al antiguo estado de cosas. Iturbide tenía una personalidad magnética, y ese día se condujo como un héroe. Cuando el alcalde don José Ignacio Ormaechea le presentó en bandeja de plata las llaves de la ciudad, el primer jefe bajó de su caballo para recibirlas y devolverlas con estas palabras: «Llaves de las puertas que únicamente deben estar cerradas para la irreligión, la desunión y el despotismo, como abiertas a todo lo que pueda hacer la felicidad común». Iturbide lanzó ese mismo día una proclama brillantísima, de la que recuerdo algunos conceptos fundamentales: «Ya estáis en el caso de saludar a la patria independiente que os anuncié en Iguala; ya recorrí el inmenso espacio que hay de la esclavitud a la libertad... Ya me veis en la capital del imperio más opulento sin dejar atrás ni arroyos de sangre ni campos talados, ni viudas desconsoladas, ni desgraciados hijos que llenen de maldiciones al

asesino de su padre... Ya sabéis el modo de ser libres; a vosotros os toca señalar el de ser felices»...

¡Qué extraordinario demagogo! Si su victoria había enseñado a los mexicanos a ser libres; si habían recorrido «el inmenso espacio que hay de la esclavitud a la libertad» ¿no era lógico suponer que los libertadores y los esclavizadores no pudieran entenderse luego, aniquilando de paso la garantía de unión, en la cual pretendía Iturbide cifrar la existencia de la nueva patria? No sé por qué estas gentes de los cuarteles, hasta las de genio, resultan ilógicas. Al siguiente día, 28 de septiembre, se publicó el Acta de Independencia del Imperio Mexicano. Tenía mal comienzo: «La nación Mexicana, que por trescientos años ni ha tenido voluntad propia, ni libre uso de la voz, sale hoy de la opresión en que ha vivido». En nuestra acta de nacimiento proclamábamos una gran mentira. La sucia mentira que nos gobierna hasta hoy, y que nos ha hecho más daño que todos los cuartelazos y todas las agresiones extranjeras. Decir que la Nación mexicana recuperaba la voz, después de trescientos años de opresión, era tanto como dar por cierto que esa nación existía antes de 1521, cuando la verdad es que por esos años no existió algo que pudiera parecerse a la nación mexicana.

La nación mexicana principió a existir en 1521, y era ésa la que se hacía independiente trescientos años más tarde. El acta de Independencia quedaba mal redactada, y ese error nos ha costado mucho más que sangre y desventuras. Nos ha costado admitir como verdad oficial la más nefasta de las falsedades: la de ponderar la existencia de una nación inexistente, para renegar, en su nombre, de toda nuestra época clásica, formativa de la nacionalidad, a la que después se concibió como extraño cuerpo introducido por la violencia en nuestra historia. Las palabras del Acta de Independencia habrían sido lógicas si el Acta hubiera sido redactada por aztecas, sólo así. Firmada por hijos de españoles, y aun por españoles, aquello era una monstruosidad. Mal nacíamos, arrepentidos de nuestros padres. Furia patricida que pocos años después saltará los últimos obstáculos. ¿Dónde había quedado aquella idea maravillosa de Iturbide, con la que recibió a O'Donjú en Córdoba? ¡Desatar el nudo sin romperlo! Genial concepto que naufragaba en el proemio a la declaración de independencia. Ahora resultábamos aztecas, liberados de trescientos años españoles. Nada menos que aztecas. Algo de cierto habría en ello cuando no tardamos en principiar a devorarnos.

En esos días se largó mi mujer con el teniente del ejército trigarante, de cuyo nombre y facha no me enteré siquiera. Fiada mediados de octubre, cuando volví del trabajo, hallé sobre la mesa de noche una nota muy breve, en la que decía marcharse en busca de mejores aires con un teniente del ejército libertador. La verdad es que nunca me quiso, y que en materia de cascos rivalizaba con los muy ligeros de las cómicas del Coliseo. Tenía la obsesión de parecerse a la güera Rodríguez, por más que yo no encontrara la menor semejanza entre mi María y aquella empingorotada señora, y como de la güera contaban tantas aventuras galantes, seguramente pasó a mi

mujer lo que a don Quijote por leer libros de caballerías. En cuanto a mí, seré franco si digo que no me afectó mayormente su decisión. Ciertamente sentí algún alfilerazo en el llamado amor propio, pero para consolarme bastó la inesperada recuperación de mi libertad personal. Mi mujer me tenía hasta el gorro, es la verdad, y sólo por pereza y cobardía no la mandé al demonio al terminar el himeneo. Las hazañas de la güera Rodríguez le habían reblandecido el cacumen, y no hacía más que pensar en imitarla. Tal vez terminaron por colmar el plato las habladurías de esos días, sobre dares y tomares de la güera con el libertador, porque María, arrastrada moralmente por la mujer que tomara por modelo, se enredó con el primer oficial iturbidista que halló al paso.



Pero no quiero seguir con el relato de mis problemas hogareños, que usted que me lee tendrá los suyos, y a lo mejor parecidos al mío. Dejemos las cosas de ese tamaño, y volvamos a lo que ocurría fuera de mi casa. Mientras se reunía el Congreso previsto por el Plan de Iguala, y existiendo ya la regencia encargada del poder ejecutivo, presidida por Iturbide, se procedió a formar una asamblea de cuarenta miembros, que ejerciera el poder legislativo. En esa asamblea halló Iturbide sus primeros enemigos, españoles como Fagoaga y Orbeago, Sánchez de Tagle y José Hipólito Odoardo. Se formaron también entonces las primeras logias masónicas del rito escocés, oscuras reuniones donde el cuartelazo mexicano hizo sus primeras armas. En el mes de febrero del año siguiente se instaló por fin el Congreso constituyente, bajo la presidencia de Odoardo, donde estaban presentes por lo menos dos grupos irreconciliables: el de los borbonistas, españoles en su mayoría, y el de los iturbidistas, criollos en buena parte. Pudo sorprender que los pocos republicanos que allí había se unieran desde luego con los borbonistas, pero en el fondo de las cosas no había tal contradicción: si los iturbidistas contaban con Iturbide, los borbonistas acabarían por quedarse sin Borbón, y consecuentemente sin monarca. La aparente inconsecuencia escondía una correcta táctica de lucha.

La tirantez entre Iturbide y el Congreso se hizo patente desde el primer día, y culminó el 3 de abril, cuando el primer jefe reclamó ser oído personalmente, y el Congreso se negó a recibirlo. Iturbide se presentó no obstante en el recinto, y cuando Orbeago le exigió abandonar la sala, nuestro criollo perdió los estribos: «Yo no puedo abandonar los intereses de mi patria en manos infieles —dijo—; el presidente mismo del Congreso ha capitulado dos veces conmigo, defendiendo al gobierno español, al que pertenece. Hay además en el seno del Congreso otros españoles, de cuyo afecto a la independencia nadie puede responder»... Y mencionó por sus nombres a los diputados más influyentes. Entre exclamaciones y gritos dominó la voz de Odoardo: «Señores: César ha cruzado el Rubicón». La confusión se convirtió en tumulto sobre todo porque, como dice Alamán, los diputados ignoraban quién había sido César, y sobre todo por qué había cruzado el Rubicón. Era el 3 de abril, y el episodio previo a la ruptura definitiva. Mes y medio después, el 18 de mayo por la noche, una multitud avanzó por la calle de San Francisco gritando: «¡Viva Agustín I!» «¡El emperador o la muerte!» «¡Mueran los traidores!».

Un sargento, Pío Marcha, dirigía el movimiento. Era otra comedia, nada inferior a la llamada «representación del pueblo» que se arrogaban los diputados. Al siguiente día se presentó Iturbide en el Congreso, mientras Odoardo y los borbonistas se ocultaban prudentemente. En el camino, el pueblo desunció los caballos, y tiró del carruaje de Iturbide con el mismo fervor que empleó después con Santa Anna, con Maximiliano y con Juárez. ¡Cómo disfruta esa gente con las lanzas de las carrozas sobre las costillas! Con ese pueblo, inclinado a bestia de tiro, pretendimos edificar después una República federal y democrática.

Ya en el Congreso, los iturbidistas pidieron que se nombrara emperador al

libertador, con el título de Agustín I. Sus enemigos intentaron oponerse, pero sus voces naufragaron en el grito de las galerías. Del motín capitalino resultaba un emperador. Yo era iturbidista, como la mayoría de los mexicanos entonces, pero lamenté que mi héroe hubiera sido elevado al trono de ese modo. Y sentí también que, sobre un error grave, hubiera cometido otro peor al no disolver allí mismo el Congreso. No se puede producir un golpe de estado y encuadrarlo luego dentro del orden legal establecido. Si sabía que el Congreso era un nido de enemigos, la prudencia aconsejaba acabar con él, aprovechando la euforia del día. Y acabar con las logias escocesas, y volver a ejercitar su famosa mano dura. Pero nada hizo, salvo vacilar, transigir y perdonar. Perdonó incluso a Felipe de la Garza, el primero en levantarse en su contra, y quien después le fusilará en Padilla. Iturbide se condujo como Sócrates, sin advertir que Sócrates jamás provocó una rebelión de ilotas para convertirse en emperador ateniense.

Cuando los léperos y los soldados abandonaron las calles, y los diputados volvieron a sus curules, Iturbide quedó a merced de sus enemigos. La situación económica era mala, pues los giros mineros y mercantiles habían declinado en once años de guerra. Las ricas haciendas del interior eran tierras improductivas en buena parte; los ingresos del gobierno disminuían por esa causa, y por su torpe política hacendaria que derogaba impuestos y tributos para ganar el favor de la gente. Ahora el Congreso, con facultades absolutas en el ramo de hacienda, regateaba los recursos. Sorda oposición que se convirtió en conspiración abierta cuando la casa de don Miguel Santa María, ministro de Colombia, se convirtió en domicilio de los conjurados.

Tres meses después del golpe que lo elevó al trono, Iturbide se hallaba sobre un volcán. Pretendió cortar por lo sano —o por lo enfermo—, y ordenó el arresto de los diputados y conspiradores que se reunían en la casa de Santa María. El Congreso protestó, exigió la libertad de sus miembros, y forzó el rompimiento inevitable, que se produjo el 31 de octubre. Este día hizo Iturbide lo que debió hacer el 19 de mayo, cuando se le proclamó emperador. El general Cortázar se presentó en el Congreso, y leyó el decreto de su disolución. Con la cola entre las piernas, sin grandeza, los diputados abandonaron el recinto. Faltaba un mes y dos días para que Santa Anna, en Veracruz, proclamara la República. Como pudo haber proclamado la Ley de Bronce del salario, ya que de nada de eso entendía una palabra.

A partir del momento en que aceptó el trono, Iturbide dejó de ser el brazo ejecutor de la independencia. Como si la decisión y la prudencia le abandonaran a un tiempo, envió a Echávarri a combatir a Santa Anna en lugar de ponerse él mismo al frente de su ejército, y cuando Echávarri le traicionó, como un cerdo que era, y con Santa Anna ajustó el Plan de Casa Mata, que hablaba de una convocatoria para reunir un Congreso «sobre las mismas bases que el anterior», a Iturbide no se le vino a la cabeza mejor cosa que reinstalar el Congreso disuelto el 31 de octubre. Parecía que la corona imperial le había reblandecido el cerebro, pues ¿cómo pudo ocurrírsele, ante

la proximidad de los rebeldes, reorganizar a sus enemigos de la capital, y reunirlos además como Congreso? ¡Pobre Iturbide! No tenía madera de déspota, y resultaba inferior a su aventura. Por haber sido indeciso cuando debió ser audaz perdió el trono, y por haber sido audaz cuando debió ser prudente perdió la vida. ¡Qué le vamos a hacer!

El 17 de octubre tuvo lugar aquella escena incalificable. Ante los diputados se presentó Iturbide como un criminal ante sus jueces, y apenas logró enhebrar algunas frases incoherentes. Más le hubiera valido abdicar allí mismo, y no esperar dos días todavía. Cuando el 19 se presentó en el Congreso el señor Gómez Navarrete, ministro de justicia, con una exposición en la que abdicaba Iturbide, los señores diputados se vengaron a su modo: con el argumento de que el nombramiento de emperador se hizo por miedo grave, bajo la amenaza de léperos y soldados, resolvieron que no había lugar a la abdicación. El imperio, simplemente, no existió. Ni el emperador. Así lo aseguraba el decreto del 8 de abril de 1823. Unos días después salió Iturbide para el destierro. «Ninguno quizás pudo consolidar mejor un gobierno nacional que este ilustre y desgraciado mexicano», escribirá después don Lorenzo de Zavala.

El nuevo Congreso, previsto por el Plan de Casa Mata, se instaló en octubre del mismo año. Se trataba de formular la primera constitución de la República, pero entre los diputados no privaba unidad de miras, inclinados algunos al establecimiento de una República federal, resueltos otros por la República unitaria o central. Bajo la forma de logias masónicas principiaban a formarse los llamados partidos: los iturbidistas, los antiguos insurgentes, los intelectuales mestizos se llamaban federalistas, y centralistas los antiguos borbonistas, los españoles y criollos propietarios, la gente afecta al orden de cosas tradicionales. Ausente el hombre superior que con su prestigio pudo establecer la unidad y el orden, el país se escindía en pequeñas satrapías con pretensiones ideológicas, cuando en el fondo lo que se ventilaba era una vulgar subasta de empleos. Sobre bases tan falsas dimos principio a nuestra gran farsa democrática: federalistas versus centralistas. Nada menos que una democracia sin pueblo.

Aquí suspendo el relato sobre la época de Iturbide. Me parece pompa inútil llamar a eso «Primer Imperio Mexicano», aunque también parezca excesivo calificar de «Primera República» a lo que siguió.

Por ahora tengo que dar de comer al gato. Volveré a escribir después.

Las más graves amarguras

Tres acontecimientos mantendrán vivo el recuerdo del año de 1824. El primero, las discusiones en el Congreso constituyente, que se prolongaron durante varios meses, hasta el 4 de octubre, en que se decretó la primera Constitución Federal de la República. El segundo, la designación de don Guadalupe Victoria como su primer presidente, y el tercero el asesinato de don Agustín de Iturbide en el pueblo de Padilla, el 19 de julio. Tres acontecimientos de significación diversa que guardamos sin embargo, frescos en la memoria, los supervivientes de nuestra edad media.

En cuanto al primero, la Constitución Federal de 1824, no puede en rigor decirse que fuera buena ni mala. Fue una obra híbrida, formada con retazos de la Constitución española de 1812 y de la de los Estados Unidos de América, de la cual se conocieron entonces las primeras traducciones. De la Constitución norteamericana tomaron nuestros constituyentes el sistema federal y buena parte de sus bases de organización política. De la Constitución española sacaron la intolerancia religiosa y la supervivencia de los fueros, eclesiástico y militar, resultando de ello una pintoresca amalgama que años después caracterizó el Nigromante como un código en el que sobrevivían, mal apagados, los tizones de la Inquisición. Pero en fin, así y todo la Constitución podía pasar. Lo que no pasaba era el país, que no estaba para constituciones democráticas, menos todavía republicanas y muchísimo menos federalistas. En cuanto a don Guadalupe Victoria, hombre de buen fondo, sencillo, impresionable, no tuvo más significación que la de haber sido primer presidente de la República.



Lo que ocurrió con Iturbide, en cambio, merece comentario especial. Que se le haya hecho víctima de un asesinato no importa tanto como las felonías que lo adornaron. Peor todavía que el que se cometió con Guerrero ocho años más tarde, ya que si aquí fue Picaluga nada más que un vulgar traidor a sueldo, allá Felipe de la Garza era brigadier del ejército, deudor personal del perdón con que le favoreció Iturbide cuando se pronunció en su contra, dos años antes. Iturbide se presentaba indefenso además, e ignorante del decreto del Congreso que le ponía fuera de la ley. De la Garza, al tanto de que el proscrito se hallaba a bordo de una fragata, frente a la costa, le invitó a desembarcar, y luego le inspiró confianza, poniendo bajo su mando la escolta que llevaba. Así marcharon a Padilla, entonces capital de Tamaulipas, donde De la Garza le puso a disposición del Congreso local. Los señores diputados votaron por que se cumpliera el decreto de proscripción del Congreso general, del 23 de abril de 1824. Fuera de la ley, Iturbide podía ser muerto por cualquiera, como un perro peligroso. De la Garza era un asqueroso Picaluga que actuaba dentro de la ley. De una ley sucia, al margen de la justicia. Cuando llegó a la capital la noticia del fusilamiento, se dijo que había muerto un gran ambicioso, un peligroso cesarista. Mierda para esconder la gran infamia. Si Iturbide hubiera sido eso, no habrían acabado con él tan fácilmente. Fue más bien un desventurado con un instante de genial audacia, aquel en que hizo la independencia. Lo de Padilla fue canibalismo puro. En un país destinado al caudillaje, acabaron con el único caudillo posible. Muerto Iturbide, durante un cuarto de siglo nos conformamos con Santa Anna.

Don Guadalupe Victoria ocupó la presidencia de 1824 a 1828. Es digno de nota que sólo cuatro presidentes hayan concluido sus respectivos períodos, cuando trece debieron hacerlo en el lapso de cincuenta y un años que va de 1824 a 1876. Los únicos presidentes que terminaron su período de cuatro años fueron don Guadalupe Victoria, de 1824 a 1828; don José Joaquín Herrera, de 1848 a 1852; don Benito Juárez, de 1867 a 1871; y don Sebastián Lerdo de Tejada, de 1872 a 1876. Cuatro donde debimos contar trece. Pero, además, de esos cuatro sólo uno —Herrera— terminó su gestión sin función armada para modificar las elecciones del período siguiente. Al terminar Victoria, electo Pedraza, hubo cuartelazo para que entrara Guerrero; al terminar Juárez, en 1871, reelecto él mismo, se produjo la revolución de La Noria, encabezada por el candidato derrotado, y al terminar Lerdo, reelecto él también, las armas hicieron presidente a nuestro don Porfirio. Herrera, sólo él, en cincuenta y un años. Y tal vez porque en esos cuatro años no salíamos de la sorpresa que nos produjo la guerra con los Estados Unidos. Consigno aquí estos datos para quien se interese en escribir una historia de la democracia mexicana en el siglo XIX.



El 1.º de junio de 1825 el presidente Victoria recibió las cartas credenciales que acreditaban al primer ministro de los Estados Unidos en México; un tal Joel Roberts Poinsett, hombre de fino trato y notable talento que luego nos dio mucho qué hacer. Mr. Poinsett, según creo recordar, traía en cartera ajustar con nosotros dos tratados, uno de Amistad y Comercio, y otro más que fijara con claridad los límites entre nuestra provincia de Texas y la Luisiana, escasamente definidos en el tratado celebrado entre los Estados Unidos y España en el año de 1819. A todos nos pareció de perlas que nuestro gobierno negociase ambos tratados, pero pronto, gracias a don Lucas Alamán, nos dimos cuenta de que el gabinete de Washington jugaba con cartas marcadas. Respecto del tratado de Amistad y Comercio, por ejemplo, pretendían que se estableciera sobre bases de estricta reciprocidad, cuando ellos tenían mucho qué vendernos y nosotros prácticamente nada. Alamán se encargó de puntualizar que no podía existir reciprocidad entre dos partes contratantes cuando una sólo vende y la otra compra. El Tratado de Amistad y Comercio que pretendía el señor Poinsett no era lógico, salvo que se entendiera por lógica el hecho de proporcionarles nuestro comercio a cambio de su amistad, trueque originalísimo que al fin de cuentas tendría que resultarnos del demonio.

En cuanto al Tratado de Límites que el ministro americano pretendía, la cosa era más grave todavía. Si el Tratado celebrado en 1819 entre los Estados Unidos y España había dejado confusos algunos trazos fronterizos entre la Unión Americana y la Nueva España, concretamente en cuanto a la demarcación de límites entre nuestra provincia de Texas y la Luisiana, santo y bueno que un nuevo tratado viniera a establecerlos con claridad. Poinsett consideraba que el tratado de 1819, celebrado con el gobierno de Madrid, no tenía por qué continuar en vigor cuando esos territorios habían dejado de formar parte del imperio español, y Alamán, nuestro ministro de relaciones, convenía en ello. La dificultad resultaba, sin embargo, de que el ministro americano pretendía extender, al amparo de un nuevo tratado, los límites de la Luisiana sobre buena parte de Texas. Alamán sostenía que la frontera de México con los Estados Unidos no podía alterarse por el hecho de no existir ya la Nueva España; que el territorio mexicano, en otras palabras, era el mismo que fue de la Nueva España, y que si los Estados Unidos habían tenido la gentileza de ser los primeros en reconocer nuestra independencia, no era cosa de pagarles ese gesto corriendo la línea fronteriza a nuestra costa. Por entonces tuvo que ceder Mr. Poinsett. Tuvieron que pasar algunos años para que los americanos nos convenciesen del error en que nos hallábamos. Aunque se les pasó la mano, y poco faltó para que nos dejaran sólo la laguna, el águila y la serpiente.

La visita que nos hizo Mr. Poinsett, de 1825 a 1830, tuvo otras resonancias sin embargo. Aunque Zavala asegura que fueron los «agentes europeos» quienes mancharon la memoria del plenipotenciario, lo cierto fue que el hombre se mezcló, como un combatiente más, en nuestra revuelta política doméstica. Era su meta imponer la supremacía de su país en lo económico, lo político y lo nacional, y para

esos fines luchó contra Inglaterra, y contra lo que España representaba como herencia histórica. Como entonces los partidos eran logias, formó la suya para enfrentarla a la de los escoceses, en su mayoría españoles monarquistas, criollos influyentes, gente de tipo tradicionalista en suma. En el mismo año de 1825 Poinsett fundó e incardinó la logia yorkina, que él mismo llamaba «partido americano», a base de elementos de filiación republicana. Así apareció un «partido popular» frente a un «partido aristocrático», el uno con inclinaciones americanas y el otro con europeas, pero ambos destinados a convertir al país en una serie de tribus afanosas de capataces.

Que Poinsett combatiera la influencia inglesa para convertirnos en satrapía comercial de nuestros vecinos, me parece lo menos malo de todo. Mucho más grave fue que empleara su talento en apoyo de la Leyenda Negra contra España. Antes de Poinsett éramos españoles todos, aunque criollos, mestizos y peninsulares fuésemos españoles enemistados. Ahora no. Ahora, la verdad, no sabemos lo que somos. Nos aseguran que somos mexicanos, pero si un mexicano no es español, no sé qué pueda ser en el fondo de las cosas. Poinsett azuzó las pasiones antiespañolas de la plebe, y las empleó como armas políticas. Fue la primera piedra de una obra de largos alcances, que terminó por hacer de los mexicanos unos pobres seres prehistóricos. Primero quisimos violar el sepulcro de Cortés, y esparcir sus restos, y luego desenterramos ídolos, y los hallamos afines. Redujimos a cuatro líneas calumniosas nuestro período clásico, el lapso formativo del hombre de México, y pasamos por alto el hecho de que la guerra de independencia fue sólo una guerra intestina entre hijos del país. Las logias fundadas por Poinsett establecieron que los españoles tenían que pagar los platos rotos de la independencia: de ellas nacieron las consignas de expulsión, consumadas en los años de 1827 a 1829. De la lucha contra los españoles de México se pasó a la lucha contra la herencia histórica en todos sus aspectos, contra la España que forma la columna vertebral de México. Poinsett aprovechó el rencor político, y lo convirtió en rencor moral, en rencor de sangre. Hasta llegamos a olvidar que esa sangre era la nuestra, y la quisimos vomitar como algo descompuesto.

Relato aquellos acontecimientos con dolor, porque me parece que dejaron su huella al convertir lo circunstancial en permanente. Una parte de México principió a sentir asco de sí misma. Asco de sangre, asco de historia. En lugar de buscar el arte de México en San Ildefonso o Las Vizcaínas, el poinsetismo enseñó a buscarlo en *teocallis* y serpientes emplumadas. Después oí que se declaraban indios algunos mexicanos de piel blanca y cabellos claros. Víctimas del poinsetismo, acudían nostálgicos a la prehistoria, incapaces de salvar los conflictos morales de la historia. Poinsett se fue de México en enero de 1830, pero dejó una herencia difícil de ignorar. Después de él, el demócrata mexicano tuvo que ser anticatólico y antiespañol. No creo que pueda imaginarse una herencia más abominable.

El nacimiento del poinsetismo fue el rasgo más importante del gobierno de don Guadalupe Victoria. La legación de los Estados Unidos se convirtió en centro director de nuestra historia. Allí se fraguó incluso la instalación violenta de don Vicente

Guerrero en la Silla presidencial. Don Vicente fue el primer presidente impuesto por un ministro americano, dueño de los resortes para movilizar a la canalla. La elección presidencial de 1828 la había ganado Gómez Pedraza, pero sobrevino el motín de La Acordada, organizado por los yorkinos con el apoyo de Poinsett, y don Vicente fue el sucesor de Victoria. Sólo que el famoso «Héroe del Sur» no podía gobernar. Aunque buen hombre, carecía de los requisitos mínimos para ser presidente de la República, si bien en su descargo puede aducirse que después hubo otros peores. Guerrero ascendió a la presidencia por el motín de La Acordada, y bajó de allí por un cuartelazo vulgar, capitaneado por añadidura por el vicepresidente Bustamante. Los mexicanos, que en 1810 comenzaron a matarse por causas aparentemente serias, veinte años después lo hacían por imbecilidades.

Guerrero huyó al sur, a sus viejas madrigueras, pero lo alcanzó la inquina de sus enemigos. Por no sé cuántos pesos el genoves Picaluga lo entregó a sus perseguidores, quienes le fusilaron en Cuilapa el 13 de febrero de 1831. Suerte muy parecida a la de Iturbide, que tanto festejaron los «amigos de la libertad». No deja de prestarse a consideraciones amargas la circunstancia de que los dos autores de la independencia hayan muerto en forma parecida, apresados, para colmo, por el mismo procedimiento. Dos asesinatos lisos y llanos, con las mismas circunstancias agravantes, la traición incluida. Más grave todavía en el caso de Iturbide, porque no intervino aquí un vulgar traidor a sueldo. Y más grave también porque se dio el caso de una legislatura, la de Veracruz, que mandó grabar con letras de oro los nombres de quienes le mandaron al cadalso. Una lección de civismo muy especial: la de que en política rinde dividendos la ingratitud, y la traición asegura un puesto de honor en la historia.

En cuanto al gobierno de Bustamante, nacido de un cuartelazo, y manchado por la muerte de Guerrero, tenía que acabar de mala manera. Pero pudo hacerlo siquiera trágicamente, para completar el cuadro, y no en «finale» de comedia miserable. Fue en Veracruz otra vez, paraje ideal de pronunciamientos, donde Santa Anna dio el nuevo golpe. Ahora socio de los yorkinos, que se proponían deshacerse de Bustamante, principió por reclamar la remoción del Ministerio solamente, pero el presidente, que aunque tonto comprendió ser él el blanco, mandó sobre el puerto un ejército de cuatro mil hombres. Parecía que la cosa iba en serio por esta vez, pero don Anastasio era un fanático de transacciones que le aseguraran una vejez sin sobresaltos, y después de unas pocas escaramuzas entre «alzados» y «leales» se allanó a los Convenios de Zavaleta, ajustados el 23 de diciembre de 1832. El instrumento de los yorkinos fue por esta vez el general Santa Anna, aunque sea también cierto que contaron con la inapreciable colaboración del señor Gómez Pedraza. Éste, huésped de los Estados Unidos desde 1828, en que los yorkinos no le permitieron ocupar la Silla, se presentó en México, contra toda lógica, invitado por los nuevos vencedores, ahora convencidos de que, de no haber ocurrido el motín de La Acordada, que colocó a Guerrero en la presidencia, Pedraza sería presidente en

esos momentos, aunque ya por pocos meses. Durante los pocos meses indispensables para que les devolviera el poder, ya muy constitucionalmente.

Así se tramó esta pieza del género chico, que resultó a las mil maravillas. El señor Gómez Pedraza no resistió la tentación de ser presidente por unas semanas, y puso dócilmente cuanto estuvo de su parte para desempeñar el papel «constitucional» que le asignaron los directores del espectáculo. Los convenios de Zavaleta cubrieron «con el manto sagrado de la patria» los hechos ocurridos del 28 al 32, y Santa Anna, el mismo que se pronunció contra Pedraza entonces, para que no llegara a la presidencia, hizo ahora eso mismo para que la ocupara. Cuando los enemigos irreconciliables de cuatro años antes —Santa Anna y Gómez Pedraza— hacían su entrada en la capital, al comenzar el mes de enero de 1833, pocos advertían en todos sus alcances la jugada del jalapeño: como no deseaba llegar a la presidencia mediante un vulgar cuartelazo, principiaba por devolver la Silla a su titular legítimo, sobre todo porque ese legítimo titular tendría que desocuparla «constitucionalmente» poco después. Los santanistas aseguraban que su ídolo era un fanático de la Constitución, pero otros sospechábamos que era más bien fanático del hecho de ser Pedraza un presidente que llegaba, saludaba y se despedía.

La comedia se desarrolló a la perfección. Pedraza terminó su período constitucional, y gracias a las nuevas elecciones, bajo supervisión yorkinomilitar, los militares pudieron llevar a su campeón a la presidencia, y los yorkinos al suyo a la vicepresidencia. El 30 de marzo de 1833 se abrieron los pliegos electorales con ese resultado. Faltaba saber cómo se las arreglarían don Antonio López de Santa Anna y don Valentín Gómez Farías para gobernar. En teoría la cosa resultaba muy simple: Farías representaba el programa, y Santa Anna el brazo ejecutor. Pero ¿estaba el brazo ejecutor resuelto a sostener aquellas ideas? Luego veremos que no. En la forma como se trató posteriormente a Santa Anna hubo mucho de rabia yorkina. Si el jalapeño hubiera continuado a su lado, con el papel que le asignaron, hoy le contaríamos entre los héroes de México. Se le habría perdonado lo de Texas incluso, como una concesión a las humanas debilidades. Lo peor que pudo pasar a este maníaco de la gloria fue traicionar a los yorkinos, autores de todos los héroes oficiales de México. Ciertamente los han hecho del mismo modo que nos da de comer nuestro Señor, sin merecerlo, pero ello no obsta para que circulen honrosamente en el mercado de las glorias nacionales.

Por la sola circunstancia de haber llegado Santa Anna y Gómez Farías juntos a la presidencia surgió una complicación, nueva e inesperada, en la vida política del país. Los yorkinos se habían vuelto ideólogos, y a su viejo federalismo y antiespañolismo sumaban ahora un audaz programa de reformas. Traían entre ceja y ceja media docena de ideas tomadas de los jacobinos franceses, dirigidas fundamentalmente contra la Iglesia, mas careciendo de la fuerza para ponerlas en práctica pensaron en Santa Anna, y a su sombra se arrimaron. No se pararon a considerar que Santa Anna podía tener su alma en su almarino, y no ser el idiota total que requerían para hacer su

juego. Que algún plan secreto debió de existir entre ellos, violado después por el jalapeño, parece indudable. Pero en fin, no quiero adelantarme a los acontecimientos. De momento baste decir que Santa Anna ni siquiera se presentó a tomar posesión de la presidencia: se quedó en Manga de Clavo, su hacienda veracruzana, y permitió que Farías tomara el gobierno por su cuenta y riesgo.

Don Valentín llegó, y puso manos a la obra. El 6 de abril presentó al Congreso —yorkino también— una iniciativa para crear las milicias cívicas, especie de guardia popular, protectora de las instituciones contra los desmanes del ejército profesional. El resultado no se hizo esperar. El 26 de mayo se pronunció en Morelia el coronel Escalada, y el 31 hizo lo mismo en Tlalpan el general Durán, clamando ambos, al grito de «Religión y Fueros», por Santa Anna como «Protector de la Nación». Todo resultaba de acuerdo con los planes personales del jalapeño. Si entre el ejército y los yorkinos le habían hecho presidente, dejaría que ambos enemigos ventilaran entre sí sus desavenencias para capitalizarlas él. Su arbitraje —¿por qué no?— le abriría el camino de la dictadura.

Seguro de las excelencias de su plan se presentó en México, y en compañía de Arista salió a batir a los sublevados. Mi compadre Apolonio, que tenía entonces el grado de capitán primero, partió con ellos, y me contó después cómo en la serranía de Juchi se produjo un rarísimo pronunciamiento, del que resultó prisionero el general presidente. Inmediatamente hizo Arista que la tropa formara junto a su tienda, y entre todos gritaron mueras a Farías y vivas a Santa Anna, a quien llamaban «Protector de la Nación» y salvador de la patria. Según Apolonio, el general presidente salió en ese momento, entre cuatro centinelas, y con voz muy suave les pidió sometimiento a la ley y respeto a las instituciones, pero como la tropa reincidiera en vivas a su persona y a la dictadura, y mueras a Farías, el hombre volvió al lugar de su presunto cautiverio.

Aquí en México, mientras tanto, tuvimos al mismo tiempo un brote de cuartelazo que invocaba también la protección de Santa Anna y la caída de Gómez Farías, pero don Valentín demostró agallas, y con fuerzas leales y cívicos armados sofocó el motín de sus enemigos. En el campamento de Juchi se conocieron ambas noticias con diferencia de pocas horas, según me contó mi compadre, y el desconcierto fue notable entre Arista y sus compinches. Arista mismo tuvo una larga plática con Santa Anna, ciertamente sin testigos. Nadie suponía en qué acabarían aquellas misas, cuando a la mañana siguiente se dio a la tropa la noticia de la fuga del general presidente. Arista ordenó que se hiciera una búsqueda por las cercanías, y como los sabuesos regresaran sin la menor noticia del jalapeño, se levantó el campo para marchar hacia Guanajuato.

Cotejé posteriormente el relato de Apolonio con los hechos de que fui testigo en la capital, y llegué al convencimiento de que todo aquello de la prisión de Santa Anna en el campamento de Juchi fue una comedia urdida por Arista y el general presidente para quitarse de encima a Gómez Farías. Si éste no hubiera tenido la fortuna de sofocar el brote rebelde, Santa Anna habría regresado con la tropa pronunciada, y

díchose obligado por ella a deponer a Farías y aceptar el título de protector de la Nación, pero como las cosas resultaron de otro modo, el hombre se presentó en México para reunir fuerzas con qué combatir a quienes quisieron hacerle mudar su sencilla investidura de presidente de la República. No podría probarlo, pero para mí que todo eso fue teatro. Hasta Apolonio, que era bastante bruto, admitía que lo de Juchi resultaba sospechoso.

Otro que pensó lo mismo fue el vicepresidente Gómez Farías, porque seguro de que el general presidente tramaba su ruina se dispuso a jugar el todo por el todo, y aceleró la marcha del programa yorkino. El 10 de julio salió Santa Anna en busca de Arista, y Farías, nuevamente solo, emprendió lo que se ha dado en llamar la Primera Reforma: el 17 de agosto secularizó las misiones de la California, y el 19 de octubre suprimió la Universidad Pontificia, una semana después de que Santa Anna derrotó a Arista y se apoderó de Guanajuato. Esto pudo haber tranquilizado a Farías, pero tratándose de su socio en el gobierno no creía ya ni el bendito, y el 27 decretó la supresión de la coacción para el pago del diezmo eclesiástico. El 6 de noviembre, por último, se decretó eso mismo respecto del cumplimiento de los votos monásticos. Santa Anna volvió a la capital con la tormenta desencadenada. Los yorkinos le cumplimentaban en busca de su apoyo para el programa revolucionario de Farías, mientras los conservadores le llenaban de mimos, ansiosos de su sable para exterminar a los impíos. Por lo pronto nada hizo el general presidente, salvo declararse enfermo. Solicitó del Congreso una licencia, y marchó a Manga de Clavo para restaurar su salud, quebrantada en tantos esfuerzos al servicio de la patria.

A esas alturas, ni Farías ni los yorkinos podían engañarse sobre la fidelidad del hombre en cuyo brazo confiaron para llevar a cabo sus planes. Era preciso aprovechar pues la última ausencia del enemigo inminente, y el 17 de diciembre mandó Farías proveer los curatos, en el ejercicio civil del patronato eclesiástico. La reacción del clero no se hizo esperar ante ese último y decidido ataque, y el 26 de enero conocimos una nota que el Cabildo metropolitano dirigió al gobierno, indicándole hallarse en la imposibilidad de prestar obediencia al decreto de marras, por considerar que sólo la Santa Sede se hallaba facultada para la provisión de los curatos. El vaso, lleno hasta sus bordes, no resistía una sola gota más. La gente se hallaba aterrorizada. Alamán, cuyas palabras reflejaron muy verazmente la opinión dominante, escribió años más tarde: «Todo cuanto el déspota oriental más absoluto, en estado de demencia, hubiera podido imaginar más arbitrario e injusto, es lo que forma la colección de decretos de aquel Cuerpo legislativo». Si así reaccionaba un hombre que, como Alamán, había viajado por medio mundo, podrá imaginarse la reacción de la gente que nunca salió de la ciudad de México.

A fines de abril, mientras Farías, desesperado, fijaba treinta días a obispos, cabildos y gobernadores de mitras para que se sometieran al decreto del 17 de diciembre, bajo pena de destierro y ocupación de temporalidades, Santa Anna volvió a la capital. Ahora sí estaba convencido de que había sonado la hora de echar su

espada en la balanza. Pero lleno de socaliñas, como siempre, no dio la cara. Con su amenazadora actitud ante el Congreso dejó ver que la tormenta se acercaba, y cuando ésta llegó, bajo la forma de un nuevo pronunciamiento, en Cuernavaca, el 25 de mayo, el que diez años antes apenas jurara la ruina de los tiranos sobre las arenas de Veracruz, echó doble llave al sagrado recinto de la representación nacional. Gómez Farías tuvo que abandonar la ciudad, y a duras penas por cierto, ya que le quedaron a deber los últimos sueldos. Tomó el rumbo del norte, para ponerse bajo la protección de su amigo Viescas, de Coahuila, pero en realidad para aproximarse a Texas, donde se fortalecía la «escuela de libertad», como Lorenzo de Zavala llamaba a esa comunidad de inminentes filibusteros.

En México, mientras tanto, Santa Anna era ya Protector de la Nación, y en ese carácter mandó abrir de nuevo la Universidad y derogar la Ley del Patronato eclesiástico. El primitivo plan se ajustaba finalmente a sus cálculos. Tal y como lo supuso, bastó con dejar gobernar a los yorkinos para que ellos mismos le despejaran el camino a la dictadura. Se llamó a nuevas elecciones para integrar el Congreso, y los nuevos diputados le declararon Benemérito de la Patria en grado heroico, y mandaron esculpir su nombre en oro sobre la columna que, junto al Pánuco, había de perpetuar su triunfo sobre los españoles en 1829. Ajustaba apenas los cuarenta años y era ya el indispensable, el genio supremo de América. Durante veinte años, México será un eco de su gloria miserable.

El bello durmiente

Así llego en turno a lo de Texas. El 5 de septiembre, el Congreso se declaró con facultades para modificar el sistema constitucional del país, y el 23 de octubre mandaron al archivo la Constitución Federal de 1824. La adopción de una nueva Constitución de tipo centralista —las Bases Constitucionales— fue en Texas el *casus belli* largamente esperado, ya que bastó esa noticia para que se reunieran en San Felipe los delegados texanos, que adoptaron un plan de gobierno provisional, acompañado de su correspondiente declaración de derechos. Parece mentira, pero no hallaron pretexto más plausible que el de la lucha contra el centralismo. Santa Anna se hallaba en Manga de Clavo, para variar, y Barragán desempeñaba la presidencia, pero cuando las noticias de Texas llegaron, el jalapeño se presentó en la capital como un rayo de la guerra. Caso curioso el de Santa Anna y sus accesos de actividad. Pasaba en un abrir y cerrar de ojos de la indolencia a la exaltación, como si cediera a la furia de venenos escondidos. De la apatía tropicaloide a la acción enfebrecida, se transformaba en pequeña tempestad. En un vaso de agua, pero tempestad. Así se presentó en México, y en unos cuantos días contó con un lucido cuerpo de ejército, al que llamó de Operaciones, y a su frente tomó el camino de San Luis. Antes de salir reunió en palacio a los representantes extranjeros, y les dirigió una arenga brillante: «La frontera entre México y los Estados Unidos se fijará a la boca de mis cañones» —les dijo—. Butler, el ministro de los Estados Unidos, salió de palacio muerto de risa.

Pero más tardó en llegar a Texas que en propinarle los texanos una lección amarga. En San Luis permaneció todo el mes de diciembre, haciéndose de provisiones para la marcha y mejorando sus efectivos. El 2 de enero tomó rumbo al Saltillo, y al mediar febrero cruzó el río Grande del norte. Pocos días después se hallaba frente a Béjar. Los texanos se replegaron a la fortaleza de El Álamo, en número de ciento cuarenta y seis. Santa Anna llevaba cinco mil soldados. ¿Cómo tuvieron Tornel y los amigos de Santa Anna la impudicia de echar a vuelo las campanas de los templos de la capital, para festejar la caída del Álamo? Nos trataban de convencer de que las armas mexicanas se habían cubierto de gloria, cuando lo cierto fue que se cubrieron de vergüenza. Ningún ejército del mundo puede cubrirse de nada bueno cuando vence combatiendo en la proporción de treinta a uno. Ni menos todavía cuando toca al degüello de los sobrevivientes. Después de El Álamo nuestra causa no valía cuatro reales. El ataque a ese reducto se produjo el 6 de marzo. Cuatro días antes, el 2, los delegados texanos, reunidos en New Washington, declararon la independendencia de Texas. Las noticias nos llegaban a ritmo dramático, a pesar de la criba «patriótica» de los periódicos. Así supimos también que el benemérito general presidente había sido derrotado y hecho prisionero el 21 de abril

en San Jacinto. El general Houston le cogió en plena y dulce siesta, cuando seguramente soñaba en Manga de Clavo. La campaña de Texas había durado mes y medio, la mitad de lo que exigió prepararla. Santa Anna, que prometió fijar la frontera entre México y los Estados Unidos junto a la boca de sus cañones, terminó por hacerlo junto a su catre de campaña. Ni modo.

A Veracruz regresó el 21 de febrero de 1837, después de purgar una larga prisión en Texas, y de visitar en Washington al presidente Jackson. Las cosas habían cambiado mientras tanto, y ni sus más fieles lograron encender el entusiasmo. Santa Anna, muy consciente de su estrella en menguante, se quedó en Manga de Clavo, sin intentar visitas a la ciudad de México. Corrían rumores de que, con tal de salvar el pellejo, en Texas y Washington había suscrito convenios lesivos a la dignidad nacional. Muy pocos le concedían el beneficio de la duda. Los más daban por cierto que alguna poderosa razón le había puesto a salvo de la inquina filibustera. ¿Dinero? Ni pensarlo. ¿Promesas? Absurdo. Algo más concreto y valioso tal vez. ¿Sería imposible suponer que reconoció la independencia de Texas, y que por eso le dejaron libre? ¿No sería ése el botín que los texanos recogieron en San Jacinto? Los rumores llenaban calles y mentideros. El Congreso había desconocido su autoridad como presidente, pero ¿importaría a los texanos esta tardía resolución del Congreso mexicano? ¿No oponían ya el hecho de su independencia frente a nuestro papeleo? Habían dejado sano y salvo al verdugo de El Álamo, sin tocarle un pelo. Faltaban muchos años para que conociéramos los Tratados de Velasco, o sea la explicación de su libertad y de que el presidente de los Estados Unidos le facilitara un hermoso barco para volver a casa.

Santa Anna desaparecía de nuestra vida pública. Parecía que nada ni nadie podría reivindicarlo. Los texanos habían acabado con su gloria, conquistada en media docena de pronunciamientos caseros. Además, eso no era todo. Una derrota podía sufrirla cualquiera, aunque en este caso pesara el agravante de que le cogieron dormido. Lo verdaderamente grave eran las sospechas que rondaban en torno a su actuación en Texas. Las sospechas dañan más que las responsabilidades definidas. Son como dedos que acusan en silencio, como pequeñas voces que muerden. Menos mal si tan pronto como bajó de su barco, en Veracruz, se le hubiera podido gritar: «¡Velasco!» «¡Firmaste los inmundos Tratados de Velasco!». Pero no; sólo que se había dormido, como un cretino, en presencia del enemigo. Todo lo demás eran sospechas.

Santa Anna, sin embargo, se rehabilitó muy pronto. Se rehabilitó con la Guerra de los Pasteles, como pudo haberlo hecho con la de las naranjas o la de las palmeras. Cualquier expediente es bueno para rehabilitarse ante pueblos a medio cocer, que juzgan al tenor por el do de pecho y al torero por la cogida. Santa Anna estaba liquidado, pero la Guerra de los Pasteles le elevó nuevamente. Santa Anna, un héroe de sainete, se hallaba maravillosamente entre guerras del género chico. Francia reclamaba seiscientos mil pesos por daños sufridos por ciudadanos franceses en

México; que un general, un coronel y un juez fueran destituidos; que no se impusieran más préstamos forzosos a los ciudadanos de esa nación, ni se limitaran sus derechos para comerciar al menudeo. No sorprendía que sus reclamaciones tuvieran el sabor de las que dirigían a tribus africanas y polinesias, sino que de los seiscientos mil pesos que exigían destinaran ochenta mil a pagar las reclamaciones de un pastelero francés de la ciudad de México, que estimaba en esa suma los daños causados por una turba de vándalos golosos, al calor de alguno de nuestros motines. Más que catálogo de reclamaciones, el de los franceses parecía un libreto de zarzuela.

Un libreto a nivel del hombre de Manga de Clavo, como si en París lo hubieran escrito para él, en folletines por entregas. Después de un bloqueo de seis meses, el 27 de noviembre principiaron a cañonear a Veracruz los barcos franceses. El general Rincón, que era un hombre sensato, convino en la imposibilidad de resistir sin graves daños para la plaza, y suscribió un armisticio. Pero aquí, en la capital, nos pareció esa actitud indigna de mexicanos, y el Congreso la desaprobó sin mayores trámites. Si el general Rincón no tenía las proporciones de un héroe, allí cerca, en Manga de Clavo, teníamos uno de reserva. Un poco maltratado por los filibusteros, pero resuelto a sacarse la espina. Al desaprobado el Congreso la capitulación de Rincón, le ordenó que entregara el mando al jalapeño, quien el 3 de diciembre, inflamado de ardores bélicos, notificó a Baudin que las hostilidades se hallaban nuevamente abiertas, y se fue a dormir. Morfeo era enemigo personal de Santa Anna.

Dormía Antonio como un bendito cuando le despertaron gritos, maldiciones y disparos. Eran los franceses, que al amparo de la noche habían desembarcado para llevarlo a educarse a París. Junto a su dormitorio resonaban voces amenazadoras: «*¡Vive la France!*» «*¡Vive le Roi!*» Santa Anna dejó la cama, y a medio vestir salió a la calle, confundido entre los asaltantes, hasta llegar a un lugar seguro, donde pensó en organizar la defensa. Defensa un poco inútil ya que los franceses habían ido sólo en su busca, y no pensaban quedarse. Fracasados en el intento principiaron a embarcarse, pero Santa Anna cometió la imprudencia de arrojarle en su persecución. Fue un gesto heroico, coronado por el disparo francés que le voló una pierna. Era el do de pecho del tenor; la cogida del torero. ¿Que el gobierno tuvo que ceder al fin, y pagar a Francia seiscientos mil pesos que no debía? ¡Bah, eso era lo de menos! Santa Anna probaba de nuevo la madera de héroe que los mexicanos llevamos dentro. Resultaba barato, al fin y al cabo, pagar esa suma por un héroe. En Francia, por ejemplo, pagaron mucho más por Napoleón. El 11 de febrero de 1839, el Congreso acordó conceder a Santa Anna una cruz de piedras, oro y esmalte, con dos espadas cruzadas y enlazadas por una corona de laurel, cuya inscripción decía: «Al general Santa Anna, por su heroico valor en el 5 de diciembre de 1838, la patria agradecida». Que le cogieran dormido por segunda vez en cuatro años era lo de menos. Le dieron una cruz de oro y esmalte en vez de obsequiarle una buena cama.

Principiaba un período de increíble inestabilidad, algo así como la crisis de nuestra edad media. Como los héroes son en México necesariamente presidentes de la

República, poco tardaría Santa Anna en ocupar de nuevo la Silla que Bustamante le prestó en 1839, sólo mientras combatía a los federalistas pronunciados en Tampico. Poco después, el 15 de julio de 1840, se produjo en México un nuevo motín federalista, ahora dirigido por Urrea y Gómez Farías, y Santa Anna «voló» en auxilio del gobierno, aunque en la capital pocos desearan verle. Bustamante dudaba sobre la conveniencia de vencer a los pronunciados con su ayuda, y los pronunciados, a su vez, temblaban de pensar que pudieran derrocar al gobierno con el auxilio de su espada. De intervenir Santa Anna, Bustamante o los federalistas tendrían que entregarle la presidencia. De aquí que, en cuanto oyeron que se aproximaba, llegaron a un entendimiento. Una decisión sensata que arrebató al jalapeño la gloria, y al gobierno los riesgos del arbitraje.

No, no era posible recoger laureles en una guerra pretoriana, como lo quiso hacer Bustamante en 1839, cuando andaban de por medio tantas ambiciones sueltas. Para vencer a sus enemigos, don Anastasio tuvo que afrontar inmediatamente el riesgo de sus amigos, tan versátiles como Valencia, y sobre todo como Santa Anna. Unos meses más tarde, en agosto de 1841, Paredes se pronunció en Guadalajara, Santa Anna en Veracruz, y Valencia en la capital misma. Bustamante salió a batirlos en un gesto muy de él, es decir, inútil. Los pronunciados se reunieron poco después en Tacubaya, donde «por voluntad de la nación» cesaron en sus funciones los poderes «llamados Supremos». Además, «no conociéndose otro medio para suplir la voluntad de los departamentos», el excelentísimo general en jefe del ejército nombró una junta compuesta de dos diputados por cada uno de los Departamentos, para que «con toda libertad» designaran a la persona en quien había de depositarse el poder ejecutivo, abandonado mansamente por el señor Bustamante. Como era de rigor, aunque «con toda libertad», los señores representantes de los departamentos nombraron presidente a Santa Anna.

Fueron años en que el país dejó de ser algo medianamente respetable. Todo quedaba al arbitrio del primer sargento con mando de tropas. Unos cuantos desarrapados bastaban para proclamar un Plan; de un empleo perdido se hacía un agravio a «los principios»; de una ambición oscura, un programa patriótico. Perdieron altura los conceptos de patria, religión y heroísmo. Todo fue a parar al arroyo, donde estaba el hombre. Todo vale por el hombre. La bandera por el abanderado, el ideal por el ideólogo, el ejército por el soldado, la patria por los patriotas. Sin el hombre quedan conceptos; sin el hombre, todos los nombres resultan bautizos fracasados. De 1840 a 1847 fuimos conceptos. En cuanto llegaron los soldados de los Estados Unidos acabaron con ellos. Barrieron conceptos como niños que arrancan páginas de gramática inútiles. Barrieron con todo eso, y no barrieron algo concreto sin embargo. Todo lo concreto había desaparecido, sobre todo el hombre. Éramos raíz apenas viva; raíz sin árbol.

En 1841 inició Santa Anna otro de sus gobiernos, seguramente el más ajustado a su carácter. Principió muy formal, como era su costumbre, expidiendo el 10 de

diciembre la convocatoria para la reunión del Congreso constituyente, pero muy pronto se cansó de la comedia constitucional. El 10 de junio se instaló el Congreso, pero como el proyecto de constitución disgustara al señor presidente, en octubre se fue a Manga de Clavo. Malo, pensamos todos. Tan malo que poco después, el 11 de diciembre, un grupo de escandalosos se pronunció en Huejotzingo, desconociendo al Congreso y pidiendo que el gobierno convocara a una Junta de Notables. La comedia se llevó al pie de la letra. El pronunciamiento de Huejotzingo fue secundado por la guarnición de la capital; el gobierno disolvió el Congreso, y nombró una Junta de Notables con sesenta y nueve personas nacidas, o con propiedades, en los diversos Departamentos. La ciudad de México bastaba para representar al país. O ¿es que había país fuera de la ciudad de México? Creo que con el tiempo se enseñará en las escuelas que la República Mexicana es un país de clima templado, situado a dos mil doscientos metros sobre el nivel del mar, en un precioso valle rodeado de cimas nevadas, habitado por señores muy importantes que se las saben todas. Sólo entonces principiará a enseñarse la verdad.

El 6 de enero de 1843 se instaló la Junta de Notables, que seis meses más tarde nos dio las Bases Orgánicas, «la menos mala de nuestras constituciones», según los conservadores, o «instrumento del despotismo constitucional» según los liberales. Santa Anna consolidaba un régimen paternal, oropelesco e idiota. Pretorianismo puro, del abolenjo más rancio, con su corte de aduladores y comerciantes, sargentos perdonavidas y pequeños y grandes pescadores de canonjías. Los léperos aplaudían a rabiar cada vez que pasaba su ídolo lleno de bandas y condecoraciones. Maníaco de la gloria entendida a su manera, gran jugador y mujeriego, ladino, inteligente si para ello no era preciso pensar, don Antonio era la representación viva de su patria.



Pero no quiero pasar inadvertido un acontecimiento sobresaliente en la historia de esos días: el entierro solemnísimo, en el Panteón de Santa Paula, de la pierna destrozada por la metralla francesa en 1838. El 26 de septiembre me mezclé entre la gente que presenciaba el paso del cortejo. Cabe apenas en la cabeza que media docena de cortesanos haya podido urdir un homenaje como ése, y que, para permitir que una parte de su cuerpo se llevara y trajera en comedia tan repugnante, Santa Anna hubiera perdido la poca vergüenza que podía quedarle. Pero así fue. Entre honores militares y lágrimas a sueldo, el macabro despojo fue llevado a Santa Paula en una urna primorosa. Si Santa Anna no hubiera sido destronado, habríamos tenido para rato con la famosa pierna. Tal vez perdimos la ocasión de fundar entonces una nueva religión, o sencillamente de que se nos conociera en el mundo como el país de la mala pata.

El 1 de enero de 1844 se instaló el Congreso de acuerdo con las Bases Orgánicas; un Congreso instrumental, como los que gustaban a don Antonio para gobernar según sus «inspiraciones». El desorden era tan grande que lo permeaba todo, hasta el extremo de contar entre sus víctimas al bueno de Mr. Shannon, ministro de los Estados Unidos, quien sin andarse por las ramas declaró por entonces que hacía años que su país proyectaba apoderarse de Texas, algo que todos sospechábamos, pero que no suponíamos pudieran confirmar los propios labios del ministro plenipotenciario. El 20 de septiembre se nos fue Santa Anna a Manga de Clavo y dejó a Canalizo en la presidencia. Esto era el colmo en aquella situación de colmos. Canalizo era un retrasado mental, bueno cuando más para mozo de estribos, y sin embargo Santa Anna le confiaba la presidencia mientras él, en Manga de Clavo, gozaba de la vida entre favoritos y favoritas. Creo que todos vimos con simpatía el pronunciamiento de Paredes, el primero de noviembre, y sobre todo el del 6 de diciembre, en la capital, que colocó a Herrera en la presidencia mientras Santa Anna andaba en campaña.

Alguien tenía que acabar con aquello. Alguien, llamárase federalista o demonio domesticado. El país era mala versión de sultanato o región de cafrerías. De paraje semicivilizado quedaba el recuerdo apenas. Al calor del último motín, los mismos léperos que un año antes formaron valla al paso de la pierna, la extrajeron ahora de Santa Paula y la arrastraron por las calles. El espectáculo terminó cuando el despojo heroico se dejó al hambre de los perros, que muy hambrientos debieron de estar cuando le hincaron el diente. Hasta 1821 habíamos podido ser un pueblo. Raquítrico, a medio cocer, pero pueblo al fin. Ahora parecíamos ocho millones de sabandijas.

La guerra va en serio

Poco más de un año después de la batalla de San Jacinto, en el mes de julio de 1837, el gobierno de los Estados Unidos reconoció la independencia de Texas. El paso que Washington daba era lógico, vistos los antecedentes, y sin embargo la reacción que la noticia produjo en México fue indescriptible. La conducta del gobierno de los Estados Unidos confirmaba su complicidad con los colonos rebeldes. Era la prueba decisiva que exhibíamos al mundo, como si al mundo le interesara que probáramos algo. Hicimos entonces lo único que estaba a nuestro alcance: literatura heroica. Se habló de formar un ejército que diera una lección a los texanos, y alguien llevó su exaltación hasta el extremo de proponer que ese ejército fuera a Washington, a dar su merecido al presidente Jackson. Todo nuestro tropicalismo sangró en esos días. Y sin embargo, lo que acababa de ocurrir no era lo más grave todavía. Se sospechaba que el reconocimiento de la independencia podía ser sólo el primer paso para la anexión de Texas a los Estados Unidos. Si la sospecha se confirmaba, sólo Dios podría librarnos de sus consecuencias.

Pasaron ocho años en pequeñas correrías, depredaciones de indios bárbaros y pingües negocios de contrabandistas. Como es común en nuestro pueblo, a la exaltación de los primeros días siguió un amargo conformismo. Entre los franceses y su Guerra de los Pasteles; entre cuartelazos y motines, Texas cedía el puesto a nuevas preocupaciones. Nos rompíamos la crisma, con sagrado fervor, cuando en los últimos días de enero de 1846 supimos que el 29 de diciembre anterior el presidente Polk aprobó la resolución conjunta de las Cámaras, que hacía de la República de Texas un estado de la Unión. Según los periódicos, Polk dijo ese día a Mr. Jones, último presidente de Texas, que el acontecimiento señalaba «una era nueva y gloriosa en la historia de la humanidad». Que señalara todo eso era lo de menos. Más grave era, en cambio, la convicción que todos teníamos en el sentido de que ese paso significaba la guerra. La primera guerra en serio que se nos echaba encima.

Previamente tuvimos un entreacto diplomático: la famosa misión de Mr. Slidell. Desde el 13 de octubre, el cónsul americano en la capital preguntó al gobierno si recibiría a un enviado de los Estados Unidos para tratar «las cuestiones pendientes». Cuevas contestó afirmativamente, pero limitó mañosamente los términos de la embajada al ajuste de «la cuestión presente». Se debatía algo más que un juego de palabras, ya que mientras los Estados Unidos aprovechaban la cuestión de Texas para presentar al gobierno de México su catálogo de reclamaciones por daños y perjuicios causados a ciudadanos americanos en nuestro país, Cuevas, aquí con mucho talento, se proponía circunscribir la visita del enviado a la discusión del problema de Texas. Inteligentes eran, sin duda, los dos puntos de vista. Lo malo es que en este mundo no todo es inteligencia. Alguna importancia tienen también los hechos consumados.

El 6 de diciembre de 1845 se presentó en la capital el señor John Slidell, e inmediatamente solicitó audiencia para presentar sus cartas credenciales como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos. Si se le recibía en ese carácter el resto sería cosa de niños, ya que negarse a tratar luego sobre las reclamaciones daría lugar a nuevas «ofensas». Hizo muy bien Cuevas en guardar una actitud prudente —ni le recibió ni le despidió con cajas destempladas—, pero el solo paso de los días ponía a Mr. Slidell en un brete. Él sabía que la anexión de Texas era cosa resuelta en Washington; que una declaración oficial en ese sentido era cuestión de días, y veía desesperado cómo pasaba el tiempo sin que pudiera él dar principio a las negociaciones. El pobre del general Herrera por otra parte, presidente entonces, se hallaba en un callejón sin salida. En un gesto desesperado, y para oponer también un hecho consumado a la misión de Slidell, envió a Texas una división al mando del general Paredes, pero el muy canalla se pronunció con ella en San Luis el 14 de diciembre, y el 30 se presentó el pronunciado en las goteras de la capital, donde la guarnición se adhirió al cuartelazo y obligó a Herrera a dimitir. Todo mientras en Washington se consumaba la anexión, y se ordenaba al general Taylor que avanzara hasta el río Grande del norte.

El 2 de enero de 1846 entraron en México los esbirros de Paredes, e inmediatamente después, reunidos en palacio, levantaron un acta según la cual cesaban en sus funciones los ciudadanos que ejercían los poderes ejecutivo y legislativo «por no haber sostenido la dignidad de su nombre —de la nación—, ni procurado la integridad de su territorio». Era uno de los muchos extremos a que habíamos llegado. A que hablaran de «dignidad de la nación» estos tíos bestias, que volvían contra el gobierno las armas que se les dieron para combatir a un enemigo exterior. Contra el gobierno que, como quiera, representaba a la nación. Cualquier gobierno, no quiero saber cuál, representa a la nación frente a un enemigo extranjero. Paredes, un tipo execrable, exhibía un cuarto de siglo de desintegración moral progresiva. De país quedaba sólo un territorio amenazado, y una brillante pléyade de cuatrerros que se disputaban sus despojos. Paredes designó una asamblea de notables para que eligiera presidente y se disolviera en seguida. La asamblea se reunió, y nombró a Paredes presidente. El 27 de enero expidió el llamado gobierno una convocatoria para la reunión de un Congreso constituyente. Tonterías. Las fuerzas de Taylor se aproximaban al río Grande.

El 21 de marzo se expidieron a Slidell sus pasaportes, y el mismo día publicaron los periódicos un ridículo manifiesto de Paredes. «México no cometerá una sola agresión, como no la ha cometido nunca —decía—, contra el pueblo y el gobierno de los Estados Unidos, pero la que fuere cometida se rechazará con toda la extensión de nuestro poder, y con toda la energía de nuestro carácter.» Hablar de «la extensión de nuestro poder» y de la «energía de nuestro carácter» resultaba de una grandilocuencia nauseabunda. Con gestos así nos aprestábamos a la lucha inminente. El 28 de marzo se apostaba Taylor a la vista de Matamoros. Allí estaba de guarnición el general

Ampudia, un inútil, con algunos soldados por el estilo. Poco después llegó el famoso Arista, otro sable indefenso. Se resolvieron a cruzar el río, sin embargo, y el 7 y 9 de mayo se produjeron los encuentros de Palo Alto y Resaca de la Palma, que perdió Arista por supuesto. Nuestros generales sólo ganaban batallas sobre soldados de leva, que confiaban en la derrota para volver a sus hogares. Frente a soldados de verdad, fracasaban como codornices metidas a águilas imperiales. La derrota de Arista era lo de menos. Algún soldado americano debió de resultar herido, porque Polk fue al Congreso y anunció que sangre americana había corrido en suelo americano. Era la guerra.

Ya podrá imaginarse la impresión que produjo en México la derrota de Arista y la caída de Matamoros en poder de fuerzas de los Estados Unidos. Otra vez discursos patrióticos en plazas y jardines. Si una guerra pudiera ganarse con bravatas, nos habríamos apoderado de Washington en veinticuatro horas. Se atribuyeron los hechos de Palo Alto y Resaca de la Palma a la imprevisión del gobierno, a incompetencia de los generales, a todo menos a la causa verdadera, la absoluta pérdida de la moral, individual y pública, que resultaba de veinticinco años de robarnos, asesinarlos y degradarnos por coger un puesto en el gobierno o un ascenso en el ejército. Mas Paredes no lo entendía de ese modo. Creyó que destituyendo a Arista, y poniéndose él mismo al frente de una división, podría detener el avance americano por el norte, pero seis días después de haber salido de la capital se pronunció aquí el general Salas, con un nuevo Plan «federalista». Se le daba el mismo tratamiento que él dio a Herrera. Salas era como Paredes, Paredes como Valencia, Valencia como Álvarez, y todos juntos como Santa Anna. Estábamos aviados. No creo que mereciéramos más que un capataz texano en el Palacio Nacional. Hasta yo me había vuelto poinsetista.

Para colmar nuestras desventuras faltaba sólo la presencia de Santa Anna. Mas por ese lado nos suponíamos tranquilos. Santa Anna se hallaba en Cuba, y no era de suponerse que pudiera burlar el bloqueo de los barcos americanos sobre nuestras costas. Y sin embargo, contra todo cálculo de probabilidades, don Antonio se presentó un día en Veracruz. ¿Que cómo pudo pasar sin ser visto sobre los barcos del comodoro Porter, que cerraban el puerto? No quedaban más que dos explicaciones: o pasó a nado, por debajo de ellos, o le dejaron pasar. Lo cierto fue que desembarcó muy orondo en las mismas arenas donde años antes jurara la ruina de los tiranos, y que pocos días después entró en la capital, con Gómez Farías, en una modesta carretela. Entre ambos llevaban un cuadro que representaba la Constitución de 1824, para simbolizar el restablecimiento del régimen federal. Todo era una comedia ridícula. Ridículo que se hablara de restaurar la federación a esas alturas. Ridículo que se asignara a Santa Anna el papel de restaurador. Pero en fin, en ésas andábamos mientras Taylor se apoderaba de Monterrey y avanzaba sobre el Saltillo.

Me parece fuera de duda que Santa Anna tenía lo suyo, ya que de otro modo no podría explicarse cómo estaba allí en primer lugar, y luego cómo pudo levantar, en unas cuantas semanas, el ejército con el que se instaló en San Luis. Aquí impuso

préstamos forzosos, hipotecó sus propiedades, adiestró soldados, redactó bellas arengas, y salió en busca de Taylor, a quien encontró el 21 de febrero en un punto al sur del Saltillo, llamado La Angostura. Vistas las cosas a distancia, y sin contar con los elementos de juicio necesarios, parece que Santa Anna había conseguido imponerse sobre el enemigo cuando, inopinadamente, ordenó la retirada. Se dijo incluso que Taylor, resuelto a plegarse al Saltillo, quedó sorprendido al comprobar que los mexicanos abandonaban el campo. Este Santa Anna fue un verdadero acertijo. No contento con dejarnos la espina de su presencia en el país a pesar del bloqueo enemigo, ahora, cuando parece que le faltaba sólo un último esfuerzo para vencer, se retiraba de La Angostura. Hace poco sepultaron su cuerpo en el panteón del Tepeyac, y tal vez los gusanos conozcan la respuesta.

El propio don Antonio disculpó su regreso con base en un sonado escándalo que se produjo en la capital. Ciertamente un batallón de la guardia nacional, formado por gente acomodada, a quienes llamábamos los «polkos» por su afición a bailar esa danza, se pronunciaron contra el gobierno de Gómez Farías como reacción al decreto del 11 de enero, que mandaba ocupar los bienes del Clero para satisfacer las exigencias de la guerra, pero la explicación no parece fundada, ya que la retirada de La Angostura se produjo el 23 de febrero, y el motín de los «polkos» el 27. También se adujo en defensa de don Antonio la circunstancia de que, enterado de que los americanos se disponían a desembarcar en Veracruz, tocó retirada en el norte para cerrarles el paso a la capital. Por último, se aseguró que Santa Anna se retiró de La Angostura por mediar un convenio secreto con los americanos, mismo que le permitió desembarcar libremente en Veracruz, pero francamente no me puedo imaginar a este hombre como esclavo de la palabra empeñada. Si jamás cumplió palabras ni convenios, parece ilógico que sea ésa la explicación. Tan inclinado al arrebato, tan accesible a la depresión como a la euforia, tan escasamente cerebral, me parece que Santa Anna se retiró de La Angostura simplemente porque le dio la gana.

Santa Anna se presentó en la capital el 21 de marzo, y todavía hubo ilusos que tocaran campanas y quemaran cohetes en su honor. Le bastaron unos cuantos días para imponer el orden aquí, cosa que hizo muy a su estilo por cierto: si el Clero y Gómez Farías andaban a la greña, él se alió ahora con el Clero y en contra de su vicepresidente; echó a éste del palacio, y a cambio pidió dinero a la Iglesia para ir en busca del general Scott. ¿Y su entrada triunfal del 14 de septiembre, abrazado a una pintura de la Constitución de 1824? ¡Bah! De septiembre a marzo corrió el tiempo necesario para que el hombre mudara de opiniones, ya que ideas no las tuvo. Echó a Farías de la vicepresidencia, como ya dije, y en sólo diez días formó un nuevo ejército para oponerle a las fuerzas del general Scott, que habían desembarcado en Veracruz. Y ahora sí que no me escapé ni yo. Ni mis cincuenta y seis años bien cumplidos, ni mi corta pierna izquierda bastaron para salvarme. Trabajaba entonces como escribiente en el ministerio de Hacienda, donde un mal día se presentaron varios genízaros que arriaron por parejo con los empleados. En mi vida había

intentado ataque alguno sobre seres vivos, salvo los que hallaba en mi cama, ni mucho menos había disparado un rifle, pero así y todo me llevaron a la Ciudadela, donde se me preparó en un abrir y cerrar de ojos para ejercer el arte de la guerra.

El 2 de abril salimos todos, unos doce mil hombres en total, e instalamos nuestro campo en el Encero, una de las haciendas del general en jefe. De aquellos doce mil hombres, creo que aproximadamente la mitad andarían en mis condiciones, pero ello no obstante nos llevaron a una garganta montañosa, como a treinta kilómetros de la costa, llamada Cerro Gordo, donde esperamos a los invasores. Del arte de la guerra sabíamos tanto como del Corán, y por el estilo andaría nuestra oficialidad, ya que a pesar de que los ingenieros del ejército aconsejaron el artillamiento de un cerro contiguo, quedó sin embargo desguarecido. ¿Por qué no se tomó esa precaución, apoyada por los pocos expertos con los que contábamos? ¡Cualquiera lo sabe! La verdad es que no nos ocupamos de fortificar ese cerro. En cambio cavamos trincheras y levantamos parapetos donde no hacían falta, y cuando llegaron los yanquis no podíamos ni con los rifles.

El 18 de abril, si mal no recuerdo, tuvo lugar la llamada batalla de Cerro Gordo, que por cierto de batalla no merece ni el nombre. Durante dos o tres horas los rubios nos dieron hasta por debajo de la lengua. A mí me cogió uno, corpulento; me levantó en vilo, y con todo y rifle me arrojó al río, del que salí vivo gracias a la escasa profundidad de sus aguas. La derrota de Cerro Gordo fue total. Aquí no quedó la cosa dudosa como en La Angostura. Todos huimos sin rumbo fijo, y yo tuve la fortuna de llegar finalmente a una ranchería, donde se me proporcionaron ropas de campo, comida, y sobre todo descanso. Días después, en un carromato de forrajes pude llegar a Tehuacán, y de allí, por medios parecidos, volví a la capital casi al mismo tiempo que el general presidente. Esta vez, por cierto, no hubo cohetes ni campanas. Santa Anna adquiría sus verdaderas proporciones. Era un artista del pronunciamiento, un gran señor de pelagatos, y un pobre infeliz frente a rifles extranjeros.

Nadie, sin haberlo visto, podría comprender lo que fue la ciudad de México entonces. Cada quien hacía lo suyo, como en una casa de locos. Unos vociferaban, otros iban de un lado a otro como sonámbulos, y los más se abandonaban mansamente a lo inexorable. Los templos se veían llenos de fieles, esperanzados en el milagro. Los periódicos reproducían huecas proclamas patrióticas. Palabras y más palabras. Quien hubiera podido vernos al través de un muro que silenciara nuestro ruido, habría encontrado divertido el espectáculo de impotencia colectiva, lleno de gestos heroicos. Los americanos, mientras tanto, se nos echaban encima. Al Peñón llegaron el 18 de agosto; el 19 estaban en Padierna, y el 20 en Churubusco. De Cerro Gordo a Puebla no se les disparó un tiro, y de Puebla a Padierna tampoco. Todavía no entiendo cómo Scott fue tan tonto para convenir en el armisticio del 21 de agosto, cuando pudo apoderarse de la capital en dos días más, a lo sumo.

Pero no había armisticio que pudiera resolver el problema de fondo, y vencida la tregua sin que los beligerantes llegaran a un acuerdo, los americanos avanzaron

nuevamente. En Chapultepec se les ofreció la última y también inútil resistencia. Los muchachos cadetes se portaron bravamente, y su decisión de morir contrastó con la cobardía del ejército profesional. Los cadetes formaban parte de la generación que llegaba, la que pelearía diez años más tarde la guerra de Reforma y se dejaría matar por sus ideales. Fue la suya de la escasa sangre noble que se derramó en esa guerra. Noble, e ineficaz para evitar que las avanzadas del ejército americano entraran en la ciudad de México el 14 de septiembre. Al siguiente día, aniversario de la independencia, la bandera de los Estados Unidos ondeaba suavemente en el asta de palacio. Ese día estrenamos bandera ajena, después de arrastrar la nuestra, durante veintiséis años y once días, por todos los estercoleros.

Santa Anna se había retirado mientras tanto a la Villa de Guadalupe, donde renunció a la presidencia, que por mandato legal asumió el presidente de la Corte don Manuel de la Peña y Peña. Ya quedaba sólo transigir con los invasores, y para ese fin se firmó el Tratado del 2 de febrero, un maravilloso documento en virtud del cual, en un abrir y cerrar de ojos, se nos encogió México en el mapa. De cuatro millones de kilómetros cuadrados nos quedaron dos apenas. Dos, y quince millones de dólares que nos dieron como gratificación, y que por elemental dignidad no debimos aceptar. Haber entregado el territorio por la fuerza, sin mediar el dinero que implicaba una forma de consentimiento, habría sido un gesto de nobleza que estuvo a nuestro alcance. Pero por lo visto en nuestras almas de hidalgos el dinero cuenta con atractivos insuperables. Los americanos, gente práctica, cubrían con esos millones, bajo las presunciones de compra, lo que no fue más que un despojo. Se quedaban para siempre con nuestros territorios del norte, prácticamente deshabitados. El resto del país, donde los mexicanos vivíamos en plena cena de negros, no lo habrían tomado ni regalado.

Así terminó esta guerra infausta que nos enseñó muchas cosas, entre otras que una nación no es un territorio, ni una población, ni un gobierno, ni las tres cosas juntas. Ocurre a las naciones lo mismo que a los individuos, que reclaman un espíritu sustentador, una especie de vocación para algo en este mundo. Un ser para algo en el tiempo. Para algo diverso a romperse la crisma los unos contra los otros.

Me duele confesarlo, pero en términos generales vivimos felices y contentos bajo los invasores. En el campo, sobre todo, peones y propietarios quedaron a salvo del primer saltimbanqui con mando de tropas que pasaba cerca, llevándose pertenencias y mujeres. Acabaron extorsiones y gabelas. Acabó la bayoneta en el pecho de los pobres para llevarlos a pelear batallas que no eran suyas. Algo parecido a un sistema de derecho asomaba en el horizonte miserable. Vivir en paz, y dejar vivir. Convivir. Con americanos y todo, la vida era primero. Los yanquis llegaron en un momento felicísimo para ellos, cuando los mexicanos estábamos hartos de nosotros mismos, y que luego nos trataran como a un pueblo inferior fue realmente lo de menos.

El turno de los de Ayutla

En junio de 1848 abandonaron los americanos la ciudad de México. Nos habíamos acostumbrado a verles por la calle, en cafés y jardines públicos. Bebían con exceso, y borrachos eran terribles, pero en general los soldados regulares se portaban correctamente, no así los llamados «voluntarios», en su mayoría verdaderos rufianes. Tipos de formación primitiva, sin modales ni urbanidad, contrastaban con las buenas maneras de nuestra educación española, si bien a esas alturas nuestra educación quedaba reducida a una pura fórmula exterior de la conducta. En cuanto a ellos, tener los ojos claros y los cabellos rubios no los hacía mejores, aunque también sea preciso convenir que seguramente no vino con el ejército lo mejor del país. No quiero imaginar qué habría pasado en Washington si los nuestros hubieran llegado allá como conquistadores. Estos americanos venían de un país donde se actuaba más y se hablaba menos, precisamente lo contrario de lo que ocurre aquí. Si las palabras fueran obras, los mexicanos estaríamos en la cima de la gloria. No, los americanos distaban de ser maravillas de comportamiento, pero la gente pacífica creyó pasarla con ellos mejor que con los nuestros.

Don José Joaquín Herrera resultó presidente en las llamadas elecciones de ese año, y apenas se fueron los «gringos» instaló su gobierno en la capital, rodeado de ministros liberales moderados. Herrera era un buen hombre, honesto, equilibrado, pero el país no se dejaba gobernar. Conté más de treinta pronunciamientos en el curso de su período presidencial, y sin embargo fue el único presidente mexicano que entregó el poder en paz. Aproximadamente al menos, ya que la paz verdadera no la hemos conocido nunca. El primero de enero de 1851 abrió el Congreso su período ordinario de sesiones, y resolvió entre los dos candidatos que habían recibido un mayor número de votos de las legislaturas. Siendo éstos Almonte y Arista, el Congreso optó por el último, positivamente el mal menor. ¡Cómo andaría la cosa, para tener que escoger entre Arista y Almonte! De no haber sido alguno de ellos, habríamos tenido que llamar a Santa Anna.

Claro que la alternativa se planteaba falsamente, como se ha hecho costumbre entre nosotros a la hora de escoger candidatos para los puestos públicos. Planteamos siempre con ribetes catastróficos. Por tener que escoger entre dos o tres imbéciles, respiramos tranquilos cuando se resuelve por el menos malo. Y a continuación nos aseguran que «faltan hombres», y asentimos. Pero asentimos por pereza política y moral, no porque el falso supuesto pueda convencernos. Cuando nos sometemos dócilmente al menos malo de los cretinos nos declaramos implícitamente un pueblo inferior, porque lo cierto es que hombres sí tenemos, sólo que en sus casas, entregados a soluciones teóricas, con gran cobardía cívica, víctimas de complejos aztequistas. Dar por cierto que el triunfo en política obedece a fuerzas inexorables es

aztequismo puro. Sometimiento a la decisión de los dioses que resuelven el curso de nuestra vida pública. No, no escogemos a los peores. Permitimos que los escojan por nosotros, que es peor. Es el nuestro un caso dramático de aztequismo sin aztecas. Para disculparnos, añadimos que en México no hay hombres, cuando bastaría renunciar al aztequismo para encontrarlos.

Pero dejémonos de filosofías, y volvamos al relato de los hechos posteriores a la guerra con los Estados Unidos. En cuanto a ese período, creo que lo peor que pudo ocurrirnos fue no haber aprovechado los quince millones de la indemnización para sanear la hacienda pública, y sobre todo no haber sacado ventajas de la guerra misma. Ya que los americanos rehusaron hacernos el señalado servicio de fusilar a nuestra alta oficialidad, pudimos al menos cederla con Nuevo México y la California. Y en último caso, si se resistían a tomarla, exigir que se fusilara a todos los coroneles y generales por nuestra cuenta, aunque hubiéramos tenido que pagar ese servicio con hipoteca sobre Chihuahua. Cualquier esfuerzo habría resultado insignificante con tal de salir de esa plaga. Pero no; los americanos se quedaron con el territorio y nos dejaron a los generales, o sea que conservamos la razón de nuestras desventuras. Nos dejaron los treinta y tantos nuevos pronunciamientos en contra del pobre presidente Herrera; nos dejaron a Arista, un miserable que se habría pronunciado si no le entrega Herrera la presidencia; nos dejaron a Blancarte, que se pronunció luego contra Arista en Guadalajara; nos dejaron a Uranga, que se pronunció en San Miguel Allende con las mismas fuerzas que el gobierno puso a sus órdenes para combatir a los pronunciados tapados, sumándose al Plan del Hospicio —del 20 de octubre de 1852—, que dio al traste con el gobierno del famoso héroe de Palo Alto y Resaca de la Palma, porque Arista no quiso líos y renunció el 6 de enero de 1853.

El plan del Hospicio significaba volver a Santa Anna. Pero ¿era posible volver a Santa Anna después de su comportamiento en la guerra con los Estados Unidos? ¿Después de las graves sospechas que pesaban sobre su conducta? Sí, era posible a pesar de todo. El 14 de marzo salió una comisión en su busca, y el 17, antes de conocerse su respuesta, se le declaró presidente. Esta vez trajeron a Santa Anna los conservadores, como antes hicieron eso mismo los liberales. Que un tipo como Santa Anna haya podido convertirse en indispensable para los unos y los otros, prueba nuestro aztequismo irreparable. Para militares y para civiles; para eclesiásticos y para seculares; para radicales «rojos» como Farías, y para radicales «blancos» como Alamán, Santa Anna era el hombre. Y el jalapeño accedió nuevamente, con un mohín de disgusto, como un buen padre reclamado por numerosa prole. El primero de abril desembarcó en Veracruz, y el 20 se presentó en México. Las manifestaciones de regocijo, el tañer de las campanas, los cohetes en el viento, todo corrió esta vez por cuenta de los conservadores. Aunque pocos lo creyeran de buena fe, se dijo que Santa Anna gobernaría esta vez bajo la égida de don Lucas.

Pero una pulmonía fulminante se llevó a don Lucas el 2 de junio, y el panorama entero cambió. Hasta la muerte de Alamán, el gobierno de Santa Anna tenía el

aspecto de un régimen de transición, sobre todo por hablarse sin tapujos del establecimiento de un gobierno monárquico, con un príncipe de sangre real en el trono, y Santa Anna a su lado como brazo fuerte o eminencia gris. Se decía incluso que Alamán, antes de morir, había entablado negociaciones en ese sentido, aunque posteriormente averiguamos que la gestión se hizo un año más tarde, ante varias casas reales europeas. El plan monarquista, aunque atractivo en cierta forma para Santa Anna, no podía satisfacerle por entero, de donde, con la desaparición de Alamán, el hombre terminó por resolver las cosas a su manera. El 17 de noviembre, y para variar en Guadalajara, se reclamó la prórroga de las facultades extraordinarias del presidente, mientras León, Morelia, Puebla, Guanajuato, San Luis y Toluca declaraban al paticojo «gran elector de México», «gran almirante», «mariscal de los ejércitos», y otras lindezas por el estilo. Todo culminó el 14 de diciembre en el pueblo de Santa María de Zoquizoquipan, donde los vecinos, enardecidos, le proclamaron emperador de los mexicanos.

Y eso sí que no me pareció ya azteca. Considero azteca la renuncia de las mayorías al ejercicio de su derecho de hombres libres; el sometimiento sin protesta a la decisión de fuerzas inescrutables, pero en la divinización del jerarca en turno hay algo más que sumisión. Hay un gesto activo de envilecimiento personal, una propensión a la servidumbre que se busca y se convierte en género de vida. El servilismo es ya un producto mestizo, indo-español. Que Santa Anna tuviera que frenar entonces, tan inclinado a la ostentación como era, prueba los extremos a que llegó la servil entrega. No aceptó el trono que le ofrecieron los vecinos de Zoquizoquipan, y admitió la solución intermedia que le ofreció el Consejo de Estado en la capital: se le llamaría en lo futuro «Alteza Serenísima», un tratamiento que don Antonio aceptaba, como dirá luego, «no para mi persona sino para la dignidad del que sea, en todo tiempo, presidente de la República».

Santa Anna coronaba, en 1853, su brillante carrera cuartelaria. Era ya un emperador sin trono, un ídolo del pueblo sin pueblo, salvo que se diera ese nombre a los zánganos que se disputaban sus favores. Jamás se dieron ejemplos más vivos de servilismo, como si de la gente se adueñara un delirio de superaciones. Es por lo visto un riesgo permanente en México. Basta que un grupo proclame al presidente ídolo del día, para que otro le quiera dictador, el de más allá monarca constitucional, y el último monarca absoluto. Me parece un pueblo cómplice, que reclama complicidades. Mientras la gente no se siente cómplice de alguien, no considera vivir satisfactoriamente. Es una larga cadena que parte de los de abajo —sólo cómplices—, y culmina en el de arriba, que sólo tiene complicados. Santa Anna satisfizo mejor que ningún otro esas aspiraciones, y por eso fue el indispensable durante un cuarto de siglo. Nadie podría explicar la razón de su éxito personal si se pierden de vista los antecedentes. Después de la guerra con los Estados Unidos Santa Anna merecía la horca, no la silla donde ahora se sentaba, cargado de insignias, titulado «Alteza Serenísima».

En ese año de 1853 vino a México un nuevo ministro de los Estados Unidos, famoso por su brutalidad y malas costumbres. Se llamaba James Gadsden, y era sudista, dueño de esclavos, de pésima catadura. Los Estados Unidos se proponían adquirir otra tajada de territorio, y el único accesible era el nuestro. El gobernador de Nuevo México, un señor Carr Lane, había invadido a mano armada un lugar al norte de Chihuahua llamado La Mesilla, e inmediatamente después se presentó Gadsden a comprarlo. Pretendía inicialmente mucho más —prácticamente todos los Estados del norte—, pero al fin se conformó con ese pedazo de tierra, con el pretexto de ser indispensable para tender un ferrocarril al Pacífico. El Tratado de La Mesilla se firmó en México el 3 de diciembre de 1853, aunque su existencia no se dio a conocer sino varios meses más tarde, cuando modificado en su beneficio lo aprobó el senado americano. Pero la nueva venta de territorio era la gota que colmaba el vaso. Por mucho menos que eso, en los últimos veintiocho años se habían pronunciado varios coroneles y un sinfín de generales. Era la oportunidad que no podían desperdiciar los descontentos, y el primero de marzo se pronunció en Ayutla el coronel Florencio Villarreal, secundado el 8, en Acapulco, por don Ignacio Comonfort.

Nadie supuso entonces que el modesto pronunciamiento de Ayutla pudiera acabar con su Alteza Serenísima, y sin embargo así ocurrió. Ese de Ayutla fue sólo un plan más en este país, donde los planes se reproducen como verdolagas en huerto de indio. En lo fundamental reclamaba la caída de Santa Anna, el nombramiento de un presidente interino, la convocatoria de un nuevo Congreso constituyente, y el restablecimiento del sistema federal. Nada nuevo en rigor. Un Plan que pudo calcarse de otro cualquiera de Santa Anna mismo, o de Salas, Paredes o Blancarte. El Plan de Ayutla no valía un comino, y su posterior nombradía provino del hecho de que un grupo audaz, renovador en materia de ideas, se apoderó del pronunciamiento y lo convirtió en instrumento de su programa. El de Ayutla, que nació «pronunciamiento», se volvió revolución por obra de unos cuantos ideólogos que apenas asomaron la cabeza en la década anterior, y que ahora llegaban dispuestos a imponer un viraje decisivo a la historia mexicana. Eran jóvenes a quienes el país no gustaba como era, y lo querían cambiar. Un grupo insignificante, pero lleno de audacias. Apoderarse del pronunciamiento de Ayutla será el hecho más importante ocurrido en México a partir de la Independencia.

Durante algo más de un año Santa Anna se opuso a la revolución, pero lo hizo con desgano, sin convicción. Al frente de lucida división fue al sur, hasta Iguala, y luego a Michoacán, sin probar combate en acción medianamente decisiva. De sus salidas a campaña le importaba el regreso, con arcos de triunfo y besamanos de sus incondicionales, mientras la revolución ardía en el país entero. Su Alteza Serenísima volvió por última vez a la capital el 9 de marzo, y cinco meses más tarde, el 9 de agosto, huyó del palacio como liebre perseguida. Dejó comprometidos a sus amigos, y entregó a los de Ayutla un triunfo que en rigor estaban lejos de alcanzar por medio de las armas. Es curioso, pero Santa Anna, que tantos pronunciamientos encabezó

para hacerse del poder, nunca lo defendió realmente cuando se lo disputaron. O era muy sensible a la disidencia, cosa del todo improbable, o el corazón de pirata le fallaba a la hora de defender el botín, y bajo cruces y condecoraciones quedaba la viscera de un pobre diablo. Lo cierto es que el jalapeño fue un tipo de construcción híbrida, en la que concurrían todos los materiales. Piedra, paja, arcilla. Cerebro de sargento, astucia de bergante, corazón de codorniz, sensibilidad de *prima donna*. Pedacería encantadora para un museo de antropología, donde debimos tenerle desde que el 2 de diciembre de 1823, en las arenas de Veracruz, juró la ruina de los tiranos.

Cinco días después de que Su Alteza abandonó el palacio, o sea el 13 de agosto, se pronunció la heroica guarnición de la capital en favor del Plan de Ayutla, y eso mismo hizo el honorable Ayuntamiento. La misma plebe que doce años antes formó valla al paso de la pierna de Santa Anna, y poco después la arrastró por las calles, ahora se entregó al saqueo de casas conservadoras, entre ellas la del ministro Díez de Bonilla. Después vi a esa misma plebe recibir a Maximiliano con arcos triunfales, y a Juárez con cohetes y repique de campanas. Llamar a eso pueblo y ciudadanía es la mayor mentira de nuestra historia, la que nos impide llegar a ser una nación medianamente respetable. Y mientras de esa mezcla de instintos elementales no resulte un hombre, no llegaremos. Mientras el hombre de México se pruebe en burdeles y pulquerías, no llegaremos. Tal vez algún día, dentro de muchos años, se entienda que la prueba suprema del hombre se llama responsabilidad moral. Mientras tanto, tipos como Santa Anna será lo mejor a que podamos aspirar. Aunque este Díaz que ahora nos gobierna no se parece en nada al jalapeño. Don Porfirio tiene tipo de capataz. A lo mejor trae el secreto en el bolsillo, y nos llevamos la sorpresa de alguna fórmula mágica para gobernar.

Don Juan Álvarez, jefe de los de Ayutla y ahora presidente provisional, se instaló en Cuernavaca mientras se resolvía la ocupación de la capital. La sola perspectiva de la llegada de Álvarez con sus pintos, tipos de la costa, con aspecto de leprosos e inclinaciones de salteadores de caminos, llenaba de angustia a la gente acomodada, pero llegaron por fin un día, y la realidad estuvo por encima de los temores: los pintos estaban para su presidente, y éste para sus pintos. Don Juan Álvarez, conocido como la «Pantera del Sur», estaba bien para su hacienda de la Providencia, o tal vez como cacique de alguna tribu de negros, pero ciertamente no pegaba en una ciudad como México. Ignoro quién fue el bondadoso confidente que le hizo convenir en la imposibilidad de mantener aquella situación, porque lo cierto fue que don Juan designó a un sustituto que le permitiera volver a sus aduarez. El sustituto fue don Ignacio Comonfort, quien se hizo cargo de la presidencia el 8 de diciembre. En el gabinete se hallaban los hombres que se apoderaban del pronunciamiento de Ayutla, Miguel Lerdo sobre todo. Se hallaba también Benito Juárez, famoso desde el mes de noviembre anterior por una ley que mandaba que los tribunales eclesiásticos dejaran de conocer de asuntos civiles, y que el fuero eclesiástico en los delitos comunes fuera renunciable. El presidente Comonfort era general ciertamente, pero no lo parecía.

Jamás le vi con uniforme, ni le conocí sable ni pistolas, ni tampoco cruces, bandas o condecoraciones. Por primera vez llegaba a palacio un hombre que vestía como un hombre. La revolución parecía un albor de instituciones. Una revolución que prometía algo más que lágrimas y sangre. El 18 de febrero, en San Pedro y San Pablo, se reunió el Congreso constituyente. Hombres de ideas también, brotes de una generación que llegaba. Hablaban con convicción. La convicción parecía en ellos la razón de la vida y de la muerte. Era el suyo, por primera vez en México, un lenguaje que no salía de los cuarteles.

Los ideólogos batallan

La opinión general, conservadora en su mayor parte, se conmovía con la palabra de los diputados al constituyente y con las audacias de Miguel Lerdo. Era un fuego graneado. El 25 de junio se publicó la Ley Lerdo sobre bienes de la Iglesia, en cuyos términos se prohibía a las corporaciones eclesiásticas la posesión de bienes raíces; mandaba poner en venta las propiedades no arrendadas, y autorizaba a inquilinos y arrendatarios de fincas pertenecientes a la Iglesia a quedarse con ellas por un precio equivalente a la renta que pagaban, considerada ésta como el seis por ciento del capital, el cual debía reconocerse a la Iglesia. En el constituyente, por otra parte, el lío era más gordo todavía. La palabra de Zarco, Arriaga y Ramírez ponía en el tapete los grandes temas y problemas de México: el de la religión de Estado, el de la enseñanza laica, el de la igualdad ante la ley, el de la desaparición de los fueros. No era ciertamente un Congreso democrático, ya que, de serlo, habría merecido el aplauso mayoritario y no el terror que provocaba. Por encima del asentimiento democrático, aquellos hombres se proponían mudar la fisonomía del país. Sentían desprecio por la patria que tenían, y pretendían cambiarla. Después de padecer revoluciones durante más de treinta años, los mexicanos principiamos a saber qué cosa era un revolucionario.

Recuerdo todavía, como si fuera cosa de ayer, el escándalo que armó don Ignacio Ramírez el 7 de julio, al discutirse el proyecto de Constitución, que principiaba invocando el nombre de Dios. Como un loco se volcó el Nigromante en contra de la mención del Divino nombre. «El nombre de Dios ha producido en todas partes el derecho divino —dijo—, y la historia del derecho divino está escrita por la mano de los opresores, con el sudor y la sangre de los pueblos... Apoyándose en el derecho divino, el hombre se ha dividido el cielo y la tierra, y ha dicho: yo soy dueño absoluto de este terreno; y ha dicho: yo tengo una estrella. Y si no ha monopolizado la luz de las estrellas superiores, es porque ningún agiotista ha podido remontarse hasta los astros. El derecho divino ha inventado la vindicta pública y el verdugo. Escudándose en el derecho divino, el hombre ha considerado a su hermano como un efecto mercantil, y lo ha vendido. Señores, yo, por mi parte lo declaro: yo no he venido a este lugar preparado por éxtasis ni por revelaciones. La única misión que desempeño, no como místico sino como profano, está en mi credencial. Vosotros la habéis visto. Ella no ha sido escrita como las tablas de la ley, sobre las cumbres del Sinaí, entre relámpagos y truenos. Es muy respetable el encargo de formar una Constitución para que yo la comience mintiendo».

En México, que yo recuerde, nadie había hablado así. Las palabras del Nigromante parecían disparos contra el pasado y el presente, contra la conciencia pública, contra lo único que parecía vivir todavía en el país. Era un poseso iluminado.

Me aterrorizaba su palabra, y me subyugaba también como una manifestación de naturaleza desgarrada. Eso no era un hombre. Era un parto de dioses y demonios, un ser enloquecido por el fuego de su sangre, un transfigurado por el odio, como si en él sublimara su violencia una raza entera. Ya está muerto, y cada año visito su tumba para cerciorarme de que allí se encuentra todavía, aniquilado el fuego de su palabra, mustia su perilla de macho cabrío que batía en la tribuna como bandera de exterminio. Yo le admiré porque era un tipo de esos que se paran frente a la humanidad y le gritan ¡mientes! ¡Toda tú eres mentira, superstición, suciedad, basura! ¡Maldita humanidad, yo quiero enseñarte el camino de la luz, sacudirte como a un perro enfermo, pisotearte como a un gusano, no vales para más! Y sin embargo ¡cómo te adoro, humanidad! ¡Cómo me siento ligado a tu matriz, a la ilusión de tu matriz que sueña conquistar estrellas habitadas por seres inteligentes y justos! Pero te me volviste tierra, Nigromante. Tierra, igual que los porqueros del Ajusco y los léperos piojosos de la capital. Pero así es. Hasta los volcanes se vuelven montañas inofensivas.

El problema de la libertad religiosa fue otro tizón ardiendo. Cuando se discutió el proyecto, que establecía la tolerancia de otros cultos, las tribunas se llenaron de gente que chillaba a los oradores en pro y aplaudía a los en contra. En nombre del gobierno se presentó en el Congreso don Luis de la Rosa, y habló contra la libertad religiosa consignada en el artículo 15.º, «peligrosa innovación» —dijo—, por grandes razones de Estado y «por serios motivos políticos». Era don Ignacio Comonfort, que andaba asustado frente a un Congreso convertido en convención revolucionaria. Pero los diputados no participaban de la prudencia del ejecutivo, y se salieron con la suya. La nueva Constitución, jurada el 5 de febrero de 1857, fue un desafío contra el país y contra el gobierno. La libertad religiosa, la educación laica y la desaparición de los fueros resultaban las novedades más impresionantes. La Iglesia protestó inmediatamente, y decretó la excomunión de los que juraran el nuevo código, en tanto que el gobierno, cogido en su propia trampa, principió a exigir el juramento de empleados y funcionarios públicos. Centenares de hombres quedaron sin sustento de la noche a la mañana. Centenares más aprendieron a simular, y aumentaron nominalmente las filas liberales. Sacrificio o simulación, tal fue la alternativa de esos meses. Pero el primer gran simulador fue Comonfort, quien nombrado presidente constitucional se prestó a jurarla, no obstante su convicción de que no era posible gobernar con ella. Fue el primero de diciembre cuando Comonfort rindió su protesta en el Congreso, y al mismo tiempo habló de algún proyecto para introducir en la Constitución «saludables y convenientes reformas». En ese día, apenas al iniciar su período, el presidente cedía a las exigencias de la realidad y le tomaba el pelo a la revolución. Mas no fue eso lo más malo sino su debilidad final: su entendimiento con el general Félix Zuloaga para producir un golpe de Estado que le permitiera gobernar, con el auxilio de conservadores y liberales moderados, sin Constitución de 1857.

El señor Comonfort suponía que la política del país podía ajustarse sobre un

escritorio, a base de pequeñas operaciones aritméticas, y sólo consiguió convertirse en un pronunciado más. Dos días después de haber protestado cumplir y hacer cumplir la Constitución, apoyó el pronunciamiento del general Félix Zuloaga en Tacubaya, con un plan de inspiración conservadora que no tenía pies ni cabeza, y puso presos a varios miembros del gabinete, reconocidos como radicales, junto con su compadre don Benito Juárez, presidente de la Corte. Según el Plan de Tacubaya, cesaba de regir desde esa fecha la Constitución de 1857, pero en cambio se «respetaba el sufragio del pueblo, dado libremente en favor de Su Excelencia el presidente don Ignacio Comonfort». Tres meses después, había de convocarse la reunión de un Congreso, con la misión de «redactar una Constitución en armonía con la voluntad de la nación, protegiendo los verdaderos intereses del pueblo». Cuando parecía haber desaparecido la posibilidad, llegaba nuevamente un sable a decirnos cuáles eran los verdaderos intereses del pueblo. Y era Comonfort, el presidente de la República, quien prestaba su aval para esa triste comedia regresiva.

Si don Ignacio suponía que con un gabinete de liberales moderados y conservadores, y con su actitud vacilante frente a la Constitución, podía inspirar confianza a la Iglesia y a los militares, estaba en un error. Y el nuevo cuartelazo del 10 de enero le volvió a la realidad. Su reciente amigo, el señor Zuloaga, le pegaba una puñalada por la espalda, ya que era él mismo —mediante su segundo el general Parra— el autor del pronunciamiento dirigido a «reformar» el Plan de Tacubaya. Por cierto que la «reforma» no llevaba más objeto que deshacerse de Comonfort, quien una vez que satisfizo su función circunstancial, al traicionar a sus amigos los «puros», resultaba estorbo para los nuevos dueños de la situación. Si la cosa se veía desde el lado de los conservadores, ciertamente un amigo de Lerdo y compadre de don Benito no podía inspirarles confianza. Pero la cosa resultaba más desventajosa todavía para él si se le veía desde el lado de los militares, pues el señor general Zuloaga, cabeza del nuevo cuartelazo, no estaba dispuesto a tolerar que otro, y no él, resultara presidente.

Desesperado, cogido entre la espada y la pared, Comonfort pretendió hacer algo que permitiera a su partido recuperarse del golpe que él mismo le asestara. Puso en libertad a su compadre don Benito, e intentó hacerse fuerte en palacio, pero nuevas fuerzas adictas a Zuloaga —y sobre todo la intervención de Osollo y Miramón— le hicieron comprender la inutilidad de la resistencia. No le quedaba más solución que la de escabullirse, y eso hizo, coronando de ese modo su misión en la historia. Comonedor amigable, poblano bondadoso —como todos los poblanos—, carecía Comonfort de papel en la hora de la crisis, cuando era preciso definirse y combatir. México se aproximaba a la hora de ventilar sus viejas querellas, el momento en que serán precisos los hombres de una sola pieza. Alboreaba la época de Juárez y de Miguel Lerdo, de Ocampo, de Tomás Mejía, de Miguel Miramón. Durante los tres años inmediatos, México intentará un canto a la sangre que se vierte con esperanza. Fueron esos tres años de limpieza interior, como una dura penitencia, durante los

cuales corrió la emoción de banderas enemigas por la tierra atormentada de mi patria.

Benito Juárez, puesto en libertad por Comonfort en el instante de su arrepentimiento, abandonó a duras penas la ciudad y se refugió en Guanajuato, donde el gobernador Arteaga le recibió con honores de presidente de la República. La conducta del gobernador de Guanajuato no era caprichosa sino legal, ya que don Benito, presidente de la Corte durante el gobierno de Comonfort, se convertía automáticamente en presidente de la República de acuerdo con el artículo 79 de la Constitución, al cesar en sus funciones el titular. Durante los siguientes diez años, con sólo un intervalo de dos en el que se instaló en la capital, Juárez habrá de ser un presidente peregrino. De Guanajuato marchó a Guadalajara, donde acosado por fuerzas conservadoras abandonó la plaza y se dirigió a Manzanillo. Aquí embarcó para Panamá; cruzó el istmo, y en el mes de mayo de 1858 reapareció en Veracruz, con el apoyo del gobernador Gutiérrez Zamora, otro resuelto combatiente. Veracruz era un puesto magnífico, defendido por el mar y las fiebres de la costa, de donde iba a dirigirse la guerra de Reforma.

Todo el año de 1858 fue de intenso derramamiento de sangre. Los liberales llevaron la peor parte, y las ciudades del interior cayeron en poder de sus enemigos. Para colmo, en septiembre, el gobernador Vidaurri, de Nuevo León, juzgó que la guerra no era de su incumbencia, y con sus cívicos se retiró a su feudo. Este Vidaurri, don Santiago, era un hombre con todas las características del mestizo: sinuoso, inestable, pagado de sí mismo, ambicioso sin reparar en los medios, y con un complejo de sultán que no le cabía en el cuerpo. Tenía la monomanía de ser gobernador de Nuevo León, y a ese objeto dedicó su vida entera. Para ello luchó primero en favor de Juárez, y cuando sospechó que Juárez impondría limitaciones al ejercicio de su poder absoluto, luchó en su contra. Se hizo finalmente imperialista, y habría terminado por pactar con el demonio si el demonio le garantizaba la subsistencia de su sultanato. A mí me tocó ver su fusilamiento, en la plazuela de Mixcalco, a fines de 1867. Le mandó fusilar Porfirio Díaz, poco después de caer la capital en sus manos, y no sé si fue suya la idea de que una murga tocara «Mamá Carlota» a la hora de la descarga. El pobre de don Santiago quedó como una criba, así de muerto lo dejaron. Pero no merecía más. Era un terco sin grandeza, absolutamente impermeable al ideal. A un tipo que no tiene más meta que ser gobernador de un Estado, para hablar después posesivamente de «su estado» por el resto de su vida, es preciso fusilarlo donde se le encuentre.

La defección de Vidaurri no afectó sin embargo la decisión combativa de los liberales. Perdían todas las batallas, pero no desmayaban frente a Miramón, el héroe de las victorias. En el campo conservador se llamaba «Joven Macabeo» a este muchacho admirable, de los que nacen para dignificar las convicciones que profesan. No era un hombre de ideas sino de convicciones, como la mayor parte de los mexicanos que pelearon la guerra de Reforma. Era un sensible a la grandeza, un artista de la dignidad personal, un inspirador a la hora de escribirse un canto a la

juventud. Arrojado, sereno, fiel, habría sido otro Cid en tiempo de moros. Como al Nigromante por otros conceptos, admiro a este Macabeo arrollador. Los dos me habrían gustado para fundar un gran pueblo. Juárez le fusiló en Querétaro en 1867, e hizo bien, porque Miramón habría hecho eso mismo con Juárez si le hubiera cogido. Además, la muerte a tiempo era la salida única para una vida como la suya. Para Miramón era preciso morir joven. No puedo imaginarlo viejo, desilusionado y gotoso. En Querétaro cerró su último capítulo. Perdonado aquí, él mismo habría reclamado la muerte, como don Quijote bajo la lanza del Caballero de la Blanca Luna. México recorría un buen trecho de Santa Anna a Miramón: del proyecto humano a su realidad; del adjetivo al sustantivo; del oropel a la verdad.

En México, mientras tanto, ese año de 1858 culminaba en positiva cena de negros por culpa de Zuloaga, un hombre de inferioridad insigne. Que los conservadores hayan confiado en él para dar el cuartelazo se explica porque no entendieron que el México de 1858 no era ya el de 1840. Zuloaga fue para ellos el Santa Anna de otros tiempos, cuando la base de la equivalencia había desaparecido. México había madurado en esos años, y no era cosa de idear planes para quitar presidentes, convocar congresos o reunir juntas de notables. Para que en este país se establezca la siguiente Junta de Notables, será preciso que llegue el ejército francés a instalarla. Quitar al presidente fue todo el programa de la revolución de Porfirio Díaz, en 1871, y fracasó en el intento, a pesar de su prestigio indiscutible. En 1858 los conservadores se equivocaron de época y de hombre al pensar en Zuloaga, un adocenado a nivel de los generalotes de los años treinta y cuarenta. Error de perspectiva, o desesperación que les hizo cogerse de un chorro de agua. Que Zuloaga era un inútil, aun para sus amigos, pruébalo la conspiración del 26 de diciembre, encabezada por el general Robles Pezuela. Esa noche se reunieron en el Convento de San Agustín varios oficiales que se pronunciaron en favor de un nuevo plan, que colocaba a Miramón en la presidencia de la República. Antes habían depuesto a Zuloaga, colocándose Robles en su lugar mientras llegaba el Macabeo de Guadalajara. Pero el joven caudillo se resolvió esta vez por las fórmulas «institucionales»: desaprobó lo hecho por Robles, y repuso a Zuloaga en la presidencia. Ocho días más tarde renunció don Félix, y nombró a Miramón presidente sustituto. El Macabeo acababa de cumplir los veintisiete años, pues nació en la ciudad de México el 17 de noviembre de 1831.

Así principió el año de 1859, tan decisivo en la historia de México. En 1859 el dolor hizo presa de la ilusión, y la volvió cínica y destructora. El odio fue la fuerza constante, y el desquite ondeó en los campos como bandera. Fue el año de las Leyes de Reforma, un grito liberal de paroxismo. Fue el año en que los conservadores quisieron marcar con una T de fuego la mejilla de los liberales, por el Tratado McLane-Ocampo, y los liberales quisieron hacer eso mismo con los conservadores, por el Tratado Mon-Almonte. La historia de México, hasta hoy, arrastra la herencia de 1859. Cuando llegue el primer centenario, en 1959, espero que florezcan buganvillas sobre la tierra quemada por los rencores de aquel tiempo.

Sálvese el que pueda

La guerra parecía no tener fin. Los recursos se consumían y reponían por arte de encantamiento. ¡Cómo batallan para morir hombres y convicciones! Se principia con ideales puros, y se termina por justificar todos los medios para el fin que se persigue. La falta de elementos de guerra era angustiosa en ambos campos, y en ambos se echó mano de ellos donde los hubo. Márquez se hizo de más de medio millón en Guadalajara; Degollado, al siguiente año, se apoderó de la conducta de Laguna Seca, con fondos ingleses, y Miramón forzó las cajas de la legación británica para hacerse de dinero. También negoció entonces un empréstito de quince millones con la casa de Jecker, cuyos bonos se admitirían sobre la base del 20 por ciento de su valor en todo pago fiscal. Como de los quince millones sólo una mínima parte se recibió en efectivo, y lo demás en vestuario para el ejército y demás cachivaches de muy relativo valor, la verdad fue que a cambio de unos cuantos pesos se obligó Miramón a pagar los quince millones que nominalmente obtuvo del pícaro banquero suizo, cuyo crédito figuró después entre los resortes oscuros de la intervención francesa.

Poco a poco, entre los contendientes, se generalizaba la convicción de su incapacidad para poner fin a la guerra. Por lo menos para ponerle fin con sus propios recursos. Fue la época en que Miramón celebró con España el famoso Tratado Mon-Almonte, del que ciertamente esperaba sacar ventajas. La Habana, como quiera, quedaba cerca de Veracruz. Pero Juárez no se cruzaba de brazos mientras tanto. Corrían rumores de que agentes americanos le ofrecían el oro y el moro a cambio de concesiones territoriales. Y Nueva Orleans, como La Habana, se hallaba cerca de Veracruz. En el fondo, liberales y conservadores buscaban la complicidad de alguna potencia extranjera para finiquitar la lucha. Los conservadores se inclinaban por España y Francia, y los liberales por los Estados Unidos. Hoy parece reprobable que aquellos gobiernos pretendieran resolver la controversia doméstica con el apoyo extranjero, pero en aquel tiempo resultaba inevitable.



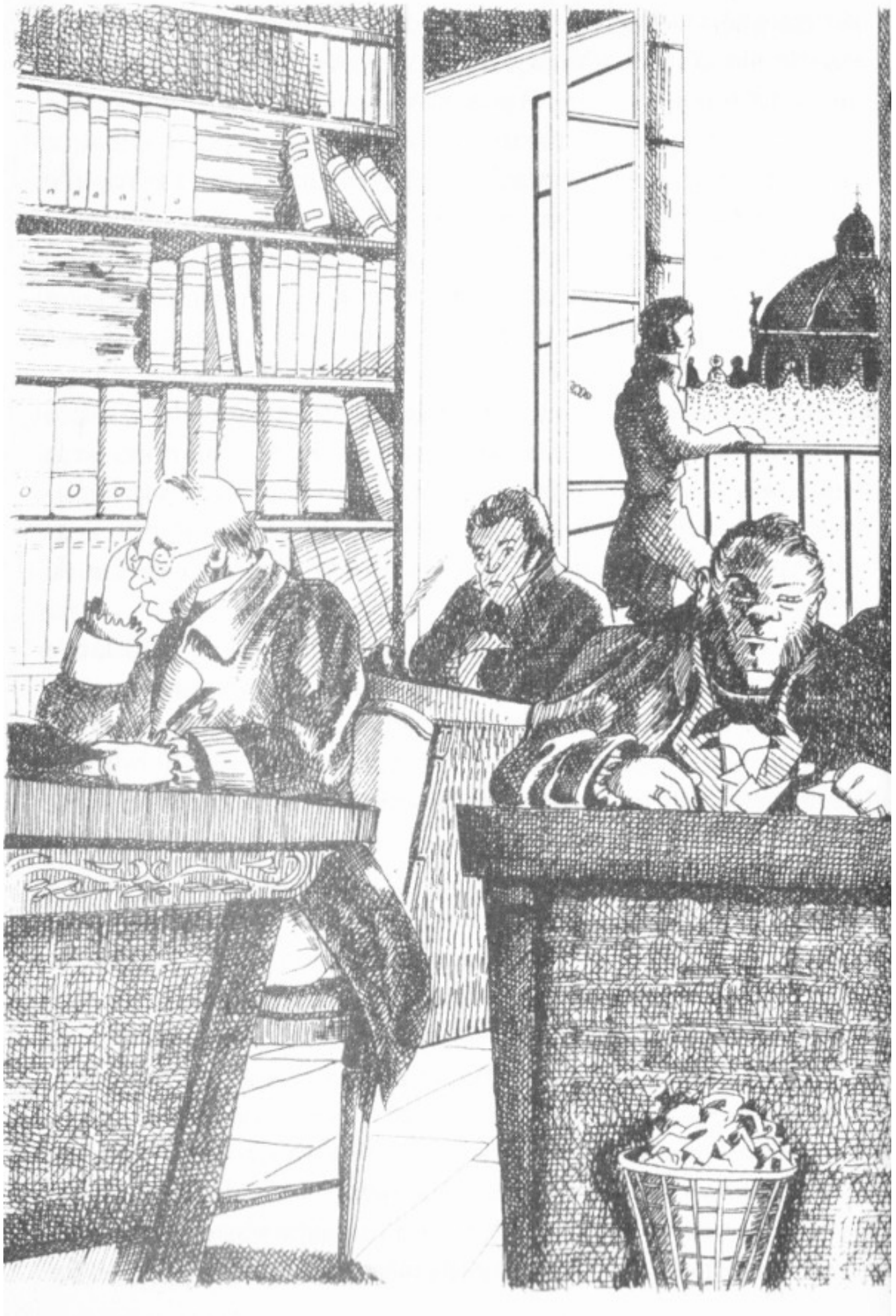
Como en 1858, los conservadores continuaron ganando batallas en 1859, pero los liberales se rehacían como por arte de milagro, y la guerra no acababa por resolverse de una vez y por todas en favor de alguno de los contendientes. En la ciudad de México, por otra parte, nadie sospechaba que estaba a punto de producirse un acontecimiento de consecuencias incalculables. Pensábamos que el problema era sólo militar, y que de su definición resultaría la imposición o el olvido de la Constitución de 1857, sin columbrar que bajo el clima bélico de cerca de tres años pudiera fortalecerse la decisión revolucionaria de los radicales. Había desaparecido Comonfort, el moderador, y con él habían pasado a segundo término los liberales tibios. Ahora quedaban extremistas en uno y otro bando. Los que acusaban a los liberales de poinsetistas, y los que pensaban, con don Melchor Ocampo, que una revolución a medias era una revolución abortada. El mes de julio de 1859 nos despertó con un sonoro campanazo: el 12, se publicó en Veracruz la Ley de Nacionalización de los Bienes del Clero; el 23, la Ley de Matrimonio Civil; el 31, la Ley de Secularización de Cementerios. Y, para terminar, el 3 de agosto se mandó retirar al representante del gobierno mexicano cerca de la Santa Sede. Los radicales de Veracruz daban el tajo definitivo sobre el pasado, e iban más allá de la Constitución de 1857, apenas una obra moderada. Las Leyes de Reforma, cinco años después del cuartelazo de Ayutla, consumaban la revolución. Sus autores abandonaban definitivamente la posibilidad de transigir: o hacían un México a su gusto, o se los llevaba el demonio a todos, y a México con ellos.

Otro ejemplo de la decisión revolucionaria de los hombres de Veracruz fue el Tratado McLane-Ocampo, suscrito el 15 de diciembre, que asignaba a los americanos derechos de tránsito a perpetuidad por territorio mexicano. Posteriormente, como los liberales ganaron la guerra, y con ella su derecho a una explicación de los acontecimientos, se tendió un piadoso silencio sobre el Tratado de Veracruz, y se vertieron en cambio todo género de calumnias sobre el que Almonte ajustó con el embajador Alejandro Mon, en París, por instrucciones de Miramón. Aunque soy lego en la materia, he leído con cuidado ambos documentos, y no me parece que puedan compararse en cuanto a consecuencias. En el Tratado Mon-Almonte, nuestro gobierno se obligaba a indemnizar a súbditos españoles por crímenes cometidos en el país contra personas de esa nacionalidad, y de los cuales el gobierno no era responsable. Claro está que por el hecho de indemnizar sin motivo justo se establecía un precedente peligroso, y en cierta forma se admitía una responsabilidad que el gobierno no tenía, pero los riesgos distaban de ser equiparables a los derechos de tránsito que el Tratado McLane establecía, a perpetuidad, sobre territorio mexicano. En el Tratado con España se ventilaban reclamaciones económicas, y si se quiere resultaba menoscabada la personalidad moral del país, algo parecido a un convenio entre una nación y una tribu del Congo, pero en el otro, en el Tratado con los Estados Unidos, se afectaba a perpetuidad el derecho de imperio sobre nuestro propio territorio. Los Estados Unidos compartirían con el gobierno mexicano de todos los

tiempos el ejercicio del poder soberano sobre el territorio, salvo que México se opusiera a compartirlo, caso en el cual los americanos ejercerían ese poder por su propia y exclusiva cuenta.

En el fondo de las cosas, ambos convenios reflejaban algo que resultaba de la guerra misma, o sea la convicción de no poder ganarla sin complicidades exteriores. Gracias al Tratado Mon-Almonte —o sea la simpatía española—, Miramón pudo comprar y artillar en La Habana un par de barcos para apoyar el ataque sobre Veracruz, que pondría fin a la contienda. Gracias al Tratado McLane-Ocampo —o sea la simpatía americana—, Juárez logró que los barcos de guerra de los Estados Unidos intervinieran en el fondeadero de Antón Lizardo, el 6 de marzo de 1860, para hacer presa de los barcos que llegaban de La Habana. Ya en el plano de las complicidades, Juárez las buscó y halló más efectivas. Tanto, que le permitieron inclinar definitivamente en su favor el curso de los acontecimientos a pesar de que el 13 de noviembre, en la Estancia de Las Vacas, Miramón consiguió derrotar a un ejército de siete mil hombres al mando de Degollado, liquidando aparentemente las posibilidades del triunfo liberal en la guerra de Reforma.

Pero ahora, consumada la intervención naval de los Estados Unidos en Antón Lizardo, camino de Nueva Orleans los barcos de Miramón, y en ellos don Tomás Marín y sus tripulaciones, el joven Macabeo quedaba chasqueado frente a Veracruz. El hombre había ganado todas las batallas menos ésta, la última y decisiva. Sin apoyo naval, desmoralizado por la intervención resuelta de los Estados Unidos en favor de Juárez, lanzó tres asaltos infructuosos y terminó por retirarse. Fue su primer descalabro en esa guerra, pero no el último. Como si hubiera nacido sólo para la victoria, bastó el primer fracaso para empañar la estrella. El hechizo se hizo pedazos al primer golpe, y Miramón no volvió a ver la suya. Se retiró de Veracruz a fines de marzo, y el 8 de junio fue derrotado en la acción de Silao. Ya sólo faltaba la liquidación definitiva, que se produjo en Calpulalpan el 31 de diciembre, donde su vencedor no fue por desgracia don Santos Degollado sino Jesús González Ortega. Circunstancia que anunciaba posteriores y graves desventuras. La derrota de Miramón en Calpulalpan era el fin de la guerra, el triunfo de una de las dos versiones de México que se disputaron el derecho de dirigir la historia. México salía de la guerra de Reforma como un caracol vacío. Apenas se oía el batir del mar.



Después de cuarenta años de pronunciamientos, terminaba la segunda guerra civil de México. Muchas veces me pregunté sobre la diferencia entre un pronunciamiento y una guerra civil. Antes de la guerra de Reforma pude pensar que fueran la misma cosa, pero ahora no; ahora tengo la convicción de que el pronunciamiento lo hacen los militares, y el pueblo la guerra civil. Nuestra primera guerra civil fue la independencia, por más que algunos idiotas hayan querido darle cariz de guerra «extranjera». Había entonces más extranjeros alistados en cualquiera de los ejércitos nacionales europeos, que españoles de origen en el ejército realista de la Nueva España. Pero una vez que se produjo el primer pronunciamiento mexicano, el de Iturbide que consumó la independencia, una multitud de ellos se nos vino encima, y el pueblo no volvió a participar voluntariamente hasta que se produjo la guerra de Reforma. Ignorante y todo, degradado por medio siglo de asonadas, sintió que entre el fuego de los rifles andaba en juego el rumbo del futuro, y que esa cosa importante no podía ventilarse sin su presencia. Y estuvo allí hasta el fin, en ambos bandos combatientes, y prestó su contingente a la cosecha abundante de muertos maravillosos.

Mucho se dijo en el año 60, y después, que Juárez ganó esa guerra con el auxilio de los Estados Unidos, ya que de no haber intervenido los barcos de ese país en defensa del gobierno liberal, sitiado en Veracruz, Miramón habría echado mano de don Benito y le habría desollado vivo. Yo no tengo una idea exacta de esos acontecimientos, que obedecieron a negociaciones secretas, fuera de mi alcance, pero pienso que en una guerra como aquélla cualquiera de los contendientes pudo pactar con el Gran Turco, si el Gran Turco le prestaba garantías de vencer. No creo que haya sido Juárez el responsable directo del crimen que se le imputa, sino Ocampo y Lerdo de Tejada, dos apasionados. El veracruzano, sobre todo, era un hombre de fuego. Y cuando un hombre de ese temple se mete a político, produce resultados como las Leyes de Reforma y el Tratado McLane.

Parecía que la guerra de Reforma sería la última, y que al terminar viviríamos en paz. No contábamos con que también las guerras del pueblo producen nuevos sargentos y generales, que luego resultan tan insufribles como los de cualquier ejército profesional, y no contábamos tampoco con la nueva guerra que se nos vino encima. Todavía hoy no está muy claro qué fue lo que la produjo, si la imprudencia de Juárez, que el 17 de julio de 1861 decretó la suspensión de pagos de la deuda extranjera, o las ambiciones de Napoleón fomentadas por Hidalgo, Almonte y Gutiérrez Estrada. Tal vez haya sido todo eso junto, como si el destino nos exigiera resolver el problema de nuestra viabilidad. «Bueno, os quedáis en la historia por fin, o largaos en definitiva» —pareció decirnos de mal talante—. Tengamos la franqueza de reconocer que ya resultábamos insoportables, y que era preciso que alguien tomara medidas violentas. Tardamos luego seis años para dar una respuesta, pero al fin resolvimos quedarnos. No era justo que nos fuéramos de la historia, como pequeños canallas irredimibles, después de haber costado tanta sangre y tantas lágrimas.

La cosa principió el 17 de julio, cuando leímos en el *Periódico Oficial*, y en *El Siglo XIX*, el decreto que suspendía los pagos de la deuda extranjera, afectando los créditos pendientes de Francia, Inglaterra y España. De este país no había por entonces Ministro en México, ya que el señor Pacheco, que tuvo ante el gobierno de Miramón esa representación durante la guerra, fue expulsado del país tan pronto como el señor Juárez regresó a la capital. El señor Wike, de Inglaterra, guardó una actitud relativamente prudente al enterarse del decreto de suspensión de pagos, pero el que se puso frenético, y armó desde luego un zipizape de los mil demonios, fue el señor De Saligny, Ministro de Francia, mala bestia de tomo y lomo a quien hemos de atribuir, en buena parte, la sangre que se vertió durante seis años. Aunque si vemos las cosas desde otro ángulo, y pensamos que en realidad esa guerra de intervención e imperio fue la terapéutica que puso en vías de sanar de nuestros males, tendremos que considerar al señor De Saligny como uno de nuestros curanderos. Pedante y engréido, fachendoso, truhán y mentecato, merece sin embargo un busto de bronce en nuestros jardines públicos. Ahora está de moda decir que nuestro salvador fue Juárez, pero en rigor ¿qué pudo hacer Juárez sin la colaboración del señor De Saligny? Así se da todo en la historia, por parejas, desde los ya lejanos días del paraíso terrenal.

Parece también que la suspensión de pagos fue sólo un pretexto del que echó mano Napoleón III para intervenir en nuestros asuntos, y que de haber faltado se habría decidido por otro cualquiera, entre los muchos que podía proporcionar un país desquiciado como éste, donde por añadidura teníamos acostumbrados a los extranjeros a recibir trato de pequeños monarcas. Vapuleábamos punto menos que como a perros a los españoles, que era una forma de pisotear nuestra propia sangre, y en cambio elevábamos altares para cada francés, inglés o norteamericano que llegaba a nuestros puertos. Tal vez era una forma inconfesada de antropofagia, cebada en carne de semejantes. Ahora mismo, con motivo de la nueva guerra, se nos aseguraba que el golpe provenía de España, cuando era Napoleón quien aprovechaba la suspensión de pagos como excusa para llevar a la práctica sus planes.

A fines de noviembre o principios de diciembre de 1861 supimos que en Londres se había firmado una convención entre Francia, España e Inglaterra, para intervenir en nuestros asuntos. Los periódicos se empeñaron en hacernos creer que el problema era con España, y cargaban el acento sobre lo que llamaban sus «sueños de reconquista», con el deliberado propósito de avivar las bajas pasiones de la plebe. Pero la verdad era otra. En México no se ignoraba que cerca de Napoleón se movían algunos mexicanos, enemigos de Juárez, entre los cuales se distinguían don José María Gutiérrez de Estrada, don Juan N. Almonte y don José Manuel Hidalgo. Hoy sabemos que esos mexicanos, a quienes no se reconocía la menor beligerancia, fueron factores determinantes. Tanto, que sin su intervención es dudoso que Napoleón hubiera intentado la aventura. La historia se encuentra llena de pequeñas ocurrencias con enormes efectos. Me aseguran que la amistad de Hidalgo con la emperatriz Eugenia fue la pieza maestra de la gran intriga, y no lo dudo. En casi todas las cosas

importantes que suceden en la historia anda de por medio una mujer. Hoy parece cosa de locos que tres mexicanos insignificantes hayan embarcado a tres grandes potencias en la aventura mexicana, pero así fue. Tres oscuros mexicanos, al más importante de los cuales se conocía en México apenas. Juárez pudo escribir en su cuaderno de notas —si es que lo llevó— que no hay enemigo pequeño.

Los españoles se presentaron en Veracruz en el mes de diciembre de 1861, y poco después llegaron los contingentes ingleses y franceses. Pero no tardaron en surgir desavenencias, y casi llegaron a las manos poco después, en Córdoba, donde gracias a don Juan Prim concluyó la peligrosa alianza ajustada en Londres. No conozco detalles, pero de lo que leí y pude oír concluyo que Prim no se dejó enredar por Saligny, y terminó mandándolo a freír espárragos. Veo aquí la mano de Dios, que no nos desamparaba a pesar de los pesares, porque si Prim se hubiera dejado engatusar, no él sino España habría cargado con la vergüenza, porque así razonamos por acá. Hoy se dice que no fue Francia sino Napoleón quien nos produjo aquellas amargas, pero, de haber sido España, no las atribuiríamos ni a Calderón Collantes ni a doña Isabel II. En un caso no fue Francia sino Napoleón. En el otro no hubiera sido Isabel sino España. Con una vara medimos a la «cuna de la civilización» —que nos trajo a Dupin y sus incendiarios—, y con otra a la cuna de nuestra sangre.

Cuando los españoles se retiraron, Juárez y sus amigos tuvieron que arrojar al cesto todos los discursos y proclamas preparados para encender el «patriotismo» de los mexicanos, y el siguiente 15 de septiembre, el de 1862, nos quedamos sin los pintorescos «muertas» a los gachupines que hacían las delicias de esa fiesta. Pero como la costumbre de romper vidrios y arrojar cohetes en el 15 de septiembre constituía ya una depurada técnica del patriotismo, fueron esta vez los franceses quienes pagaron el pato. ¿Llegará algún día en que no sea riesgoso para nadie la celebración de nuestra independencia? Ojalá. En cuanto a España y los españoles, descubro algunos indicios de que nuestra torpe conducta está para cambiar, pero no me fío. Ahora principia a hablarse con simpatía del padre Las Casas, y hasta se proyecta levantarle una estatua, pero me temo que al «padre de los indios» se le honre no tanto por lo que amó a los indios cuanto por lo que odió a los españoles. Por eso no me fío. Creo que pasarán otros trescientos años para romper las cadenas del 15 de septiembre.

Albores de redención

El acontecimiento más importante de ese año, 1862, fue sin duda la batalla de Puebla. Después de romper las «cadenas de trescientos años» no pegábamos una. Los texanos, los franceses, los norteamericanos, todos habían jugado a la guerra con nosotros. Y mira que de pronto los soldados de Napoleón, que venían justamente a eso, a jugar a la guerra, se llevaron el frentazo. Cuando supimos en México que Lorencez se retiraba por el camino de Orizaba, y dejaba el campo lleno de pantalones rojos, la gente razonable no salía de su asombro. Ciertamente la plebe echaba campanas al vuelo y vitoreaba a Zaragoza por las calles, pero ese entusiasmo no era de fiar, ya que durante cincuenta años, con motivo de todas nuestras victorias cuartelarias, habían hecho eso mismo. Al principio nos resistíamos a creerlo, pero poco a poco tuvimos que admitir que lo de Puebla no se parecía a lo que ocurrió con Santa Anna en La Angostura. Los franceses se habían retirado, y los nuestros conservaban sus posiciones. Lástima que no los hubieran perseguido hasta arrojarlos al mar, coronando así la obra que parecía cosa de locos. Escribo al comenzar 1877, y no recuerdo gloria más legítima que la conquistada el 5 de mayo de 1862. Cada aniversario se vierten mil hipérbolos sobre la famosa hazaña, pero no se dice lo más importante: que allí principiábamos a ser un pueblo. Un pueblo se nutre de glorias, y cuando faltan, el pueblo las inventa. La verdad fue que la historia de México tomó otro rumbo a partir de aquel cinco de mayo; que tuvo otro carácter a pesar de las recaídas posteriores.

Pero claro, Francia no podía retroceder, e incluso el éxito de nuestras armas sirvió para que tomara la guerra en serio, decidida a aplastarnos. Llegó Forey, el famoso héroe de Italia, con treinta mil hombres, y un año después se hizo dueño de Puebla. Confiábamos en la repetición del milagro, pero los milagros se producen una sola vez. Zaragoza había muerto, además, y don Jesús González Ortega carecía de sus ímpetus. Se cometió además el error de encerrarse en Puebla, a la defensiva, permitiendo que los franceses consumaran el sitio de la plaza. Resistieron heroicamente, es cierto, pero acabaron por enarbolar bandera blanca. Perdimos todo el ejército, todo el armamento, todas las municiones, después de lo cual resultó fácil a los invasores entrar en la capital pocos días más tarde. Juárez y el gobierno salieron por la puerta de Guadalupe el 31 de mayo, rumbo a San Luis. Éste era un gesto de altura, y no el de González Ortega en Puebla. Decir aquí murió en vez de aquí corrió es propio de gallos de pelea, no de seres inteligentes.

La entrada de los franceses en México fue positivamente repugnante. Los mismos léperos que un año antes habían quemado cohetes y tocado campanas por la victoria del 5 de mayo hacían eso ahora, con motivo de la llegada de Forey. Mucha gente también, de la llamada decente, engalanó sus balcones y sacó a la calle sus mejores

ropas, como si se tratara de dar la bienvenida a un salvador. Lo mejor de la ciudad se quedó en casa, y cerró las ventanas. A muchos como a mí no nos gustaba Juárez, pero menos todavía Forey. Con los franceses entraron también algunos mexicanos, cuyo vestuario y armamento establecía triste contraste con el de los invasores. Era la gente que había militado a las órdenes de Márquez y Zuloaga, ahora cogidos al madero salvador de la intervención. Llegaba también Almonte, el Lorenzo de Zavala del momento, aunque por supuesto sin el talento del renegado yucateco. Zavala fue el segundo de Burnett en el gobierno de Texas, y Almonte se proponía ser el segundo de Forey y de Maximiliano. Entre ambos nos recordaban que sólo servíamos para subgerentes.

Por cierto que este nuevo presidente, me refiero a don Porfirio, tendrá que andarse con cuidado si logra consolidar la paz. México es un país de grandes recursos naturales, inexplorados en su mayor parte, y sólo nuestras luchas domésticas han impedido que el capitalismo extranjero nos considere campo propicio para sus inversiones. Estoy seguro de que diez o veinte años de paz serán suficientes para que afluya el dinero americano, inglés y francés, en busca de la ganancia cuantiosa. Y me temo que el poder económico lleve a cabo lo que dejaron pendiente tipos como Zavala y Almonte, o sea reducirnos efectivamente a segundones. Éste es el mayor riesgo que avizoro si don Porfirio consolida su gobierno: que una economía de paz haga de nosotros un pueblo de subgerentes.

Una vez instalado en la ciudad de México, la primera providencia de Forey fue designar una Junta Suprema de Gobierno, integrada por treinta y cinco individuos de lo más distinguido de la capital. La junta se reunió el 18 de junio, instituyó poder ejecutivo provisional en las personas de Almonte, Salas y el arzobispo Labastida, y el 2 de julio nombró a los doscientos quince individuos que, sumados a los treinta y cinco de la Junta, constituyeron la famosa Asamblea de Notables. Una semana más tarde, el 10, conocimos el fruto de sus deliberaciones. México abandonaba la forma republicana de gobierno, y se convertía en monarquía moderada, hereditaria, con un príncipe católico en el trono. Para ocuparlo se ofrecería la corona a Su Alteza el príncipe Fernando Maximiliano de Austria, para sí y sus descendientes. Era la primera noticia que teníamos de Su Alteza. A eso conducía nuestra evolución política: a enterarnos un buen día, por el periódico, del nombre de la persona que había de gobernarnos. Fue aquél un tiempo de luto democrático que ha quedado atrás venturosamente. Que llamar a Maximiliano se resolviera entre unos cuantos «notables», constituyó el baldón inicial del imperio Mexicano.

Nadie vino de las provincias o departamentos, por añadidura, para integrar la Junta de Notables. Era gente de la ciudad de México, con intereses en las provincias cuando más, los que resolvieron el cambio de frente en las instituciones públicas. Doscientas cincuenta personas, de una ciudad que llegaría apenas a los doscientos mil habitantes, tomaban por su cuenta el destino del país entero. ¿Y Chihuahua y Sonora? ¿Y Yucatán y Nuevo León? La ciudad de México los representaba fielmente, como a

todos los demás. Unos cuantos hombres, en la capital, imponían el rumbo político. Tengo para mí que no puede haber democracia, ni siquiera decencia política, en el país donde una sola ciudad lo representa todo, para bien o para mal. ¿No sería posible destruirla? Tal vez de sus escombros resultaría la regeneración política del país. No creo que México, como país, sea posible bajo el agobio de la ciudad de México. Es una cabeza sin proporción con el cuerpo casi exangüe, que sin embargo ha de proporcionarle elementos nutrientes. Pero lo verdaderamente grave no es que sea México una ciudad desproporcionada sino que vivan en ella los «notables» que nos dieron ese imperio, y que impondrán mañana lo mismo una República de mentira que un Sultanato de verdad, sólo porque se consideran con la facultad de hacerlo.

Muy poco después de haberse instalado el gobierno provisional principiaron las desavenencias entre los recién llegados y quienes los trajeron. Forey había producido un Manifiesto el 11 de junio, que abundaba en ideas de las que se llamaban entonces «progresistas», y que cayeron como bomba entre nuestros conservadores. Que no había posibilidad de entendimiento entre éstos y los franceses era tan claro que no me explico todavía cómo se pretendió que prosperara aquella amalgama imposible del agua y el aceite. Yo tenía varios amigos conservadores honestos, de buena cepa, y a partir del Manifiesto de Forey principié a verles desolados. No confiaban ya en los franceses, sobre todo a partir de las dificultades que se produjeron entre monseñor Ormaechea y el general Neigre con motivo del pleito sobre los bienes del clero, pero esperaban todavía que, con la llegada de Maximiliano, las cosas tomarían por el buen camino. Recuerdo haber aducido, en contra, el argumento nada despreciable de llegar Maximiliano por cuenta de los franceses, y no estar en condiciones de objetar los intereses representados por ellos. Pero mis argumentos fracasaban porque mis amigos negaban la premisa de la que yo partía. Maximiliano, argüían, no llegaba por cuenta de los franceses sino llamado por el pueblo mexicano.

Por fin llegó la noticia de que el 10 de abril, en el castillo de Miramar, el archiduque había aceptado la corona mexicana, y unos cuantos días después se anunció su presencia en Veracruz, en unión de su esposa y de numeroso séquito, a bordo de la fragata *Novara*. El 28 de mayo desembarcaron, y no está por demás mencionar aquí las dos versiones que circularon sobre la recepción que se les tributó en el puerto. Una, la liberal, afirma que fue fría y desconsoladora, hasta el extremo de que la emperatriz no pudo contener las lágrimas, en tanto que la otra, la imperialista, asegura que se les recibió con entusiasmo rayano en la locura, en medio de aclamaciones, con derroche de versos y de flores.

Por mi parte creo que la versión liberal es la aproximada, hayan existido o no las lágrimas imperiales, pero no atribuyo al patriotismo de los jarochos que las cosas ocurrieran de ese modo, sino a la pésima organización de la fiesta. Baste decir que don Juan N. Almonte —hijo natural de Morelos, pues el buen cura de Carácuaro se dio tiempo para todo— llegó a Veracruz cuando la *Novara* se hallaba ya en el puerto. Y si eso ocurrió con Almonte, el más importante de los indígenas del imperio, cabe

imaginar cómo andarían los segundones. Los periódicos publicaron aquí un relato muy completo del viaje de Sus Majestades, pero yo prefiero atenerme al que nos legó don Anselmo de la Portilla en un libro que lleva ese título precisamente: *Viaje del Emperador Maximiliano y de la Emperatriz Carlota desde su palacio de Miramar hasta la capital del Imperio Mexicano*, publicado en Orizaba en el año de 1864.

Según don Anselmo, el muelle veracruzano se hallaba cubierto de versos dedicados a don Maximiliano y a doña Carlota. Escojo, entre los muchos que él reproduce, alguna muestra de los que se destinaron a ella:

*Antes que por el cetro y la corona
que en tus sienes fulgura,
fuiste, señora, en apartada zona
Reina por la bondad y la hermosura.
Blanco de aprecio universal, bien hayas
al pisar con tu esposo nuestras playas.*

En otro, la lira desafinaba más todavía:

*Dechado de bondad, flor de belleza,
que otra patria dejaste, y otro cielo
por dar al pueblo que a adorarte empieza
gloria en su dicha, en su dolor consuelo.
Si la voz general llega a tu alteza
duplicara tu cariñoso anhelo,
que la nación que ensangrentaba el odio,
te proclama desde hoy su ángel custodio.*

Muchos otros, por el estilo, autorizaban la mala opinión de Sus Majestades sobre las facultades líricas de sus nuevos súbditos. Llanos hasta la familiaridad, por otra parte, pues Carlota, que se sepa, no les había autorizado a tutearla. Seguramente los monarcas se sintieron tentados a mandar encerrar a los poetas en las mazmorras de San Juan de Ulúa, pero afortunadamente se contuvieron, porque de hacerlo no habría quedado cárcel con espacio disponible en el resto del camino. Maximiliano leyó en el muelle un Manifiesto que preparó durante el viaje, lleno de optimismo y lugares comunes, y de allí se dirigieron al tren especial que los llevó a Paso del Macho, término del camino de fierro, donde los emperadores abordaron la lujosa diligencia en la que seguirían a Córdoba.

Y aquí fue Troya. El coche se rompió en el curso de la primera jornada, entre la lluvia y el lodo del camino, y Sus Majestades se vieron en la necesidad de acomodarse en otro vehículo para llegar a la hacienda del Potrero, donde con la única excepción de don José María Morelos, muerto varios años antes, la familia de Almonte les esperaba. De aquí continuaron la marcha a la luz de grandes velas de

sebo, «que más servían para deslumbrar a los viajeros que para alumbrarlos», según el relato del señor De la Portilla, pero en Paraje Nuevo la lluvia se desencadenó con tal furia que las velas se apagaron, y la comitiva tuvo que detenerse. Sólo Dios sabe hasta cuándo habrían quedado allí de no llegar un grupo de indígenas, provistos de hachones, quienes les escoltaron hasta Córdoba, donde a pesar de la hora inadecuada —las dos de la madrugada—, la gente les vitoreó con un calor que debió venir de perlas a los ateridos cuerpos de Sus Majestades.

En la mañana del 31 de mayo salieron de Córdoba, y al mediodía hicieron su entrada solemne en Orizaba, donde oyeron misa y visitaron escuelas y hospitales. Poco después se presentó el cura del Naranjal, en compañía de dos topiles y el alcalde, quien les espetó —el alcalde, no el cura—, un discurso en azteca que fue aplaudidísimo por los presentes, a quienes vino aquello como anillo al dedo para probar sus conocimientos en lenguas extranjeras. Salieron de Orizaba finalmente, y el 5 de junio llegaron a Puebla. En las calles, en las plazas, en los edificios públicos, en todas partes se leían poesías conmovedoras. Don Anselmo las reproduce, y al azar tomo una como ejemplo:

*El ángel le cedió sus alas de oro;
las gracias su recato y su hermosura;
la virtud de los cielos el decoro,
su fragancia la flor esbelta y pura.
Y dice Europa a México: «Un tesoro
me robas en tan bella criatura».
Y Puebla, con su gloria envanecida,
a Carlota le, da la bienvenida.*

No se ocultaría a los emperadores, ciertamente, que con el respaldo de tantos y tan distinguidos poetas la solidez de su trono se hallaba garantizada. Satisfechos, pues, visitaron como era su costumbre los establecimientos educativos y de beneficencia, y se prepararon para recibir allí el cumpleaños de la emperatriz, que más les habría valido recibir en despoblado, porque aquello fue atroz. Las mejores familias de Puebla se dieron cita el día 7 en la residencia imperial, y sin miramientos se lanzaron sobre Carlota Amalia para estrujarla cariñosamente. La pobre infeliz, hija de reyes, nieta de reyes, no hallaba cómo escapar a tan insólitas muestras de afecto. A ella no la había abrazado nadie, salvo Max y su familia. Nadie. Y ahora se le echaba encima aquella partida de pieles rojas ululantes. Por lo visto la consideraban una de sus iguales, mas de ser así ¿para qué se tomaron el trabajo de llamarla? Gastarse en una emperatriz, para tratarla luego como a esposa de uno de tantos presidentes, debió parecer a Carlota el más injustificado de los despilfarros.

Ahora comprendía los alcances de unos versos que leyó esa tarde:

¿Conque eres tú la madre de tu pueblo?

*¡Salve por la virtud santa que abrigas;
Salve por el imán de tu belleza.
Cuantas criaturas ves, son tus amigas!*

Carlota supuso que reinaría sobre súbditos, y ahora resultaba que los súbditos la tuteaban y la llamaban amiga, como si ella hubiera dejado Miramar en busca de amistades y no de un imperio de verdad. Pero en fin, ya tendría tiempo para acostumbrarse a las nuevas modalidades imperiales. Por lo demás, junto a las desazones hallaba compensaciones evidentes, como la delirante recepción que se le tributó en Cholula, tan adicta a sus personas que cambió su nombre por el de «Cholula del Emperador». Para llegar, pasaron bajo quinientos arcos triunfales, y millares de flores cayeron sobre su coche descubierto. Era un anticipo de lo que habría de ocurrir en la capital del imperio, y aquí sí que no me cuente don Anselmo, porque eso lo vi con mis propios ojos. Yo fui testigo de la entrada en México de todos los virreyes, a partir de don José de Iturrigaray. Presencí la coronación de Iturbide; las múltiples llegadas triunfales de Santa Anna, y de todos los demás pequeños santannas de aquel tiempo. Estuve en la entrada de Juárez, después de Calpulalpan, y en la más ruidosa que se le tributó el 17 de julio de 1867, y por eso mismo puedo asegurar que nada pudo compararse al paso de Maximiliano y Carlota por las calles de México, el 12 de junio de 1864. La música, los gallardetes, los versos, llenaban la mañana:

*Como el iris que brilla en la tormenta,
en México Carlota se presenta.*

O bien:

*El arco iris de paz y de consuelo
fue el gran Maximiliano, y las estrellas,
los ojos de mi augusta Soberana.*

En uno de los arcos levantados en la calle de San Francisco se leía:

Las flores mexicanas os proclaman la reina de las flores.

Un bello cumplido para Carlota, aunque demasiado barroco para que lo comprendiera quien hacía sus primeras armas en la lengua castellana. Todo era alegría en aquella mañana de junio. Alguna nubecilla si acaso, ya que de Puebla llegaba la noticia de que Sus Majestades no dormían juntos. La extraña nueva se extendió rápidamente por la ciudad, y desde luego, como es normal entre nosotros, se formaron dos partidos irreconciliables: uno, el de los entusiastas por la belleza física de Carlota, inclinados a suponer que Maximiliano tenía que ser un idiota de tomo y lomo, y otro, el de los

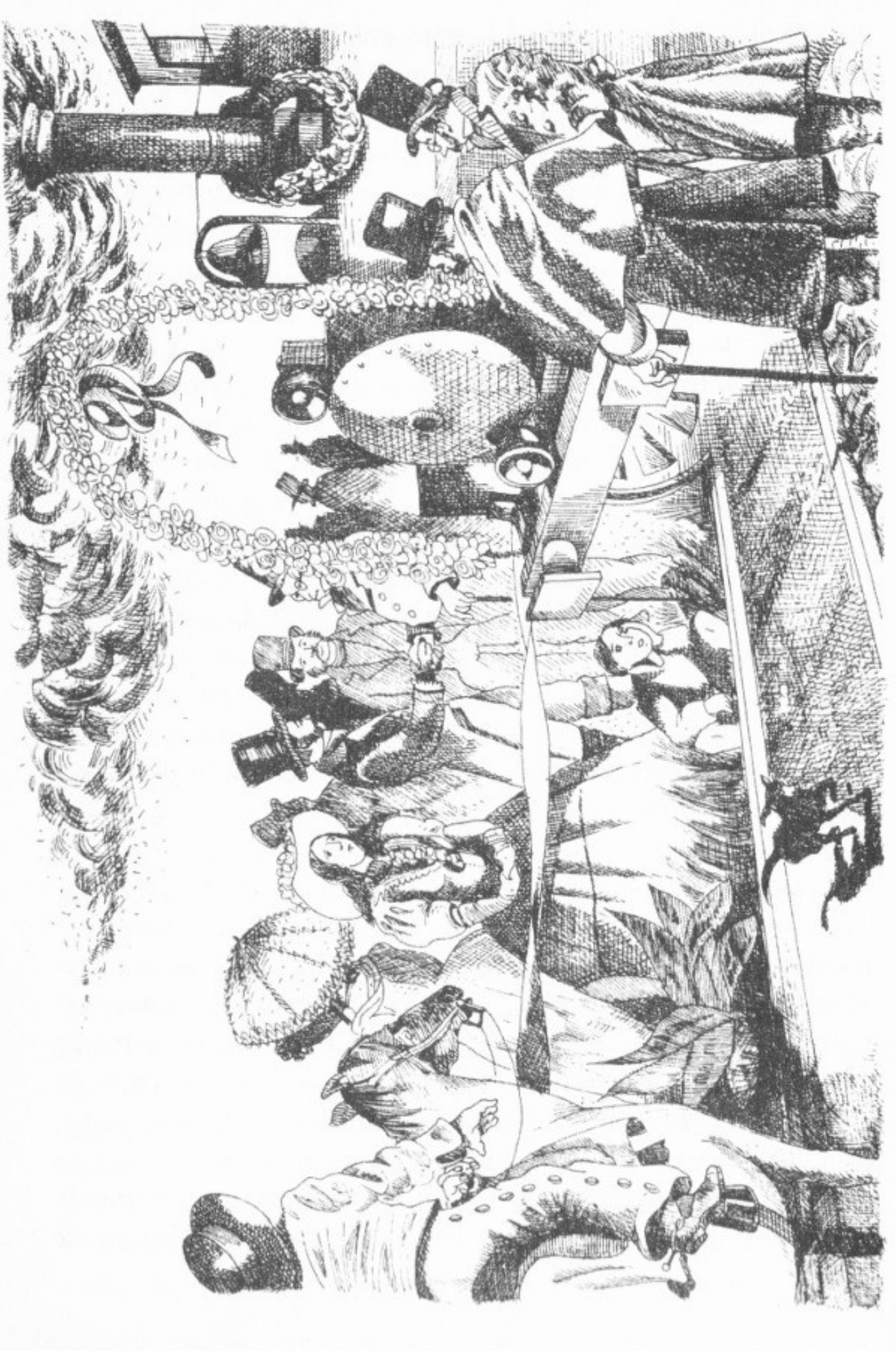
más sensatos, temerosos de que aquella circunstancia pudiera dejar al Imperio sin descendencia. Sospechaban estos últimos, con toda razón, que Maximiliano y Carlota morirían algún día, y que no sería cosa de volver a Europa en busca de nuevos monarcas. Que Maximiliano y Carlota no durmieran juntos ponía las cosas de color de hormiga, salvo que en las cortes europeas se pusieran en práctica técnicas desconocidas entre nosotros, donde la procreación se ajustaba —y se ajusta todavía— a cánones de un bárbaro primitivismo.

Y sin embargo, el entusiasmo del 12 de junio de 1864 se enfrió muy pronto, el de los conservadores sobre todo. Tuvieron el primer motivo de desazón al integrarse el Ministerio, en el que figuraban hombres de ideas republicanas como Ramírez y Peza, mientras Almonte quedaba en un puesto cortesano sin significación política. Los conservadores llamaron a Maximiliano para que gobernara con ellos, y ahora les resultaba un político ecléctico, inclinado a peligrosas transacciones. Pero el disgusto más serio de los primeros meses se lo llevaron con la oración patriótica que el emperador pronunció en el pueblo de Dolores el 15 de septiembre, al conmemorar el 54.º aniversario de la insurrección que encabezara Hidalgo. A las once de la noche, desde una ventana de la casa que habitó el anciano párroco, dijo el emperador al gentío reunido en la plaza: «Mexicanos: Más de medio siglo tempestuoso ha transcurrido desde que en esta humilde casa, del pecho de un humilde anciano, resonó la gran palabra de independencia, que retumbó como un trueno del uno al otro océano por toda la extensión del Anáhuac, y ante el cual quedaron aniquilados la esclavitud y el despotismo de centenares de años... La bandera tricolor, ese magnífico símbolo de nuestras victorias, se había dejado invadir por un solo color, el de la sangre. Entonces llegó al país, del apartado Oriente, y también bajo el símbolo de una gloriosa bandera tricolor, el magnánimo auxilio: una águila mostró a la otra el camino de la moderación y de la Ley».

Para terminar añadió algunos dislates por el estilo, y sin embargo leí que la gente aplaudió furiosamente. Yo no sé por qué la gente tiene que aplaudir todo cuanto se le dice el 15 de septiembre, dígalo un emperador de voz gutural, a la alemana, o un presidente cuartelario. Por lo demás, lo de la unión de las dos banderas tricolores y las dos águilas tenía más gracia que una pastorela. Resuelto a que México tuviera dos padres de su independencia —Hidalgo y Napoleón III—, Maximiliano procedió a enlazar ambos nombres en su primera alocución patriótica, sin el menor temor al ridículo. Bastaba eso para suponer lo que podría hacer después este amigable componedor. Habríamos terminado por cantar el «Mexicanos al grito de guerra» con música de La Marsellesa.

Don Benito Juárez se hallaba en Paso del Norte mientras tanto, un villorrio miserable —tal me suena, no lo conozco—, allá donde el río Grande tuerce su curso hacia el norte, se interna en los Estados Unidos, y deja de ser línea divisoria entre México y el vecino país. Al menos por ahora, ya que con la cercanía de los rubios no hay futuro previsible. Me temo que no cejen en su viejo empeño de quedarse con los

estados fronterizos, y que, aunque México llegue a ser un país próspero, no lo sea para las razas que actualmente lo habitan, como profetizó sombríamente don Lucas Alamán en la última página de su famosa *Historia de México*.



Ahora que también la madre naturaleza nos ve con malos ojos, pues en ese año del 64 supimos que una gran avenida del río Grande desvió su cauce y penetró en territorio mexicano, más acá de la línea fijada por el último Tratado de Límites. Me parece honroso para la memoria de don Benito Juárez su bella protesta contra actos de la naturaleza favorables a los Estados Unidos, ya que, aunque de momento la naturaleza y el gobierno de Washington le hayan hecho poco caso, era preciso dejar constancia de nuestra inconformidad con la conducta del río. No vaya a ser la del indio. A lo mejor llega a la presidencia de la República un nuevo Santa Anna, y el problema de la faja de tierra que nos birló el río se convierte en pretexto para un nuevo Tratado, lesivo como de costumbre para nuestra integridad territorial.

Nos guste o no, la historia corría en dirección favorable a la causa que representaba Juárez...

(Faltan aquí varios pliegos de las Memorias, diez o doce seguramente, que cubren el relato de Pavón sobre el Imperio y su caída. El relato se reanuda con acontecimientos ocurridos en el año de 1872.)

... muerte de Juárez, don Sebastián lograba, por obra del azar, lo que no había conseguido en el ejercicio de sus derechos democráticos. Un golpe de fortuna le hacía presidente. Mucho más inteligente que Juárez, y por supuesto más culto, lograba finalmente el objeto de sus afanes. Todo le resultaba favorable por ahora, particularmente el sometimiento de Díaz, fracasado en su revolución de La Noria, y seguramente liquidado en definitiva, militar y políticamente. Juárez tuvo que luchar buena parte de su vida con enemigos de categoría, dentro y fuera de su comunión política. Primero con Miguel Lerdo, el más inteligente de todos ellos, y seguramente triunfador en las elecciones de 1861 si el tifo no se lo hubiera llevado a donde seguramente se encuentra. Luego González Ortega, vencedor de Miramón en Calpulalpan, y luego héroe de Puebla en el 63. Tuvo que luchar finalmente con el mismo don Sebastián en las elecciones de 1871, y con el famoso Porfirio, joven y nada tonto, lleno de popularidad, envanecido por sus éxitos en la última guerra. Para conservarse en el poder tuvo que luchar a brazo partido, en las urnas y en el campo de batalla. Ahora don Sebastián estaba solo. Muerto su hermano Miguel, liquidados militar y políticamente González Ortega y don Porfirio, ¿qué más podía desear? Nunca un presidente llegó al poder en mejores condiciones que don Sebastián, y sin embargo ¿qué hizo don Sebastián?

Don Sebastián Lerdo de Tejada no hizo nada, absolutamente nada. Éste fue otro mexicano nacido para subgerente; que lo hizo estupendamente bien como segundón de Juárez, hasta el grado de llegar a asegurarse que nuestro veracruzano era el cerebro del presidente. Pero en este período de 1872 a 1876 se aclararon muchas cosas, y una sobre todo: que don Sebastián, maravillosamente dotado como consejero, valía menos que un comino como primera figura. Su gobierno fue un juarismo sin Juárez,

una administración sin cabeza, mediocre, ridículamente «progresista», tan insignificante que permitió el resurgimiento de Porfirio Díaz —liquidado aparentemente para siempre y a quien sin embargo bastaron cuatro años para apoderarse de los mandos y poner en la calle al segundón.

Lerdo de Tejada fue sólo un heredero de Juárez. Heredó ministros, heredó persecuciones religiosas en nombre del progreso, heredó sistemas políticos corrompidos, y heredó hasta el ferrocarril de Veracruz, que inauguró el primero de enero de 1873. Era el primer ferrocarril que teníamos en México, y su operación despertó ilusiones y fomentó esperanzas no igualadas por ninguna otra obra pública, que yo recuerde. Todos esperaban que su funcionamiento haría la riqueza y la felicidad de los mexicanos. Tanto se había dicho que la incomunicación era la causa de nuestros males, que ingenuamente se pensó que la existencia de un ferrocarril colmaría la laguna que nos separaba de la felicidad. Pero muy pronto advertimos que operar un ferrocarril resultaba caro en un país pobre; que las mercancías no se abarataban; y que, como los mexicanos no viajábamos, tampoco nos interesaba poder ir rápidamente a Veracruz. Que la locomotora arrojara humo y silbara estrepitosamente acabó por dejarnos indiferentes.

Ese mismo año de 1873 se celebraron elecciones para presidente de la Suprema Corte, y las ganó don José María Iglesias, otro de los hombres de Paso del Norte, también ambicioso de la presidencia de la República, y también mexicano subgerente como don Sebastián. Estamos aviados con el sistema constitucional que hace del presidente de la Corte el sucesor nato del presidente de la República. La Constitución ha conseguido con ese sistema hacer de cada presidente de la Corte un conspirador, cuando no un caudillo revolucionario. Desde ese puesto, González Ortega conspiró contra Juárez; Lerdo contra Juárez, e Iglesias contra Lerdo. Igualmente peligroso es el puesto de vicepresidente. Para mí, que el vicepresidente Johnson tuvo algo que ver con la bala que mató al presidente. Me cuentan que en los Estados Unidos es frecuente oír que el presidente Johnson no podía salir de cacería porque el asesino no le regresaba el arma homicida. Nada se pudo probar, ni se podrá, ya que si la primera virtud del asesinato es la de colocar al autor intelectual en la presidencia, la investigación tomará el curso deseado, y finalmente algún sujeto a sueldo pagará los platos rotos. Mr. Johnson tiene muy mala catadura, y no me extrañaría que alguna culpa le quepa en la bala que cegó la preciosa vida de Mr. Lincoln.

Aquí también se dijo que don Sebastián había desempeñado un papel importante en la muerte de Juárez. Se aseguró que Juárez había muerto envenenado, y que la pócima se había preparado por instrucciones del presidente de la Corte. Pero fueron cuentos, independientemente del interés que en esa muerte llevara don Sebastián. Los médicos de palacio certificaron un ataque al gran simpático, sin la intervención de agentes externos tan obvios como el disparo gracias al cual el vicepresidente Johnson se convirtió en presidente de los Estados Unidos de América. Don Benito, en cambio, murió de muerte natural. Me parece terrible que haya muerto de ese modo tan vulgar,

pero la historia es la historia, y es preciso consignar los hechos como ocurrieron y no como, con un criterio artístico, habríamos deseado que se produjeran.

También en la época del señor Lerdo se restableció el sistema bicameral, modificándose para ese fin la Constitución, que no reconocía más representación de pueblo que la constituida en Cámara de diputados. Restablecer el senado no fue tampoco idea de don Sebastián, que aquí como en casi todo seguía las inspiraciones de Juárez. Recuérdese que fue ése uno de los fines perseguidos por la famosa Convocatoria del año 67, que tanto revuelo armó y que estuvo a punto de hacer fracasar la reelección del señor de Guelatao. Ciertamente los propósitos que Juárez perseguía con la reforma eran los mismos que se proponía el nuevo presidente: la sumisión más completa de los Estados, y el control de las decisiones «peligrosas» que pudieran incubarse en la Cámara de diputados. México, por lo visto, está condenado a no tener presidentes sino monarcas republicanos. Como van las cosas, nada me extrañaría que, en lo futuro, diputados y senadores se conviertan en servidores fieles del presidente de la República, formando onerosa corte al monarca republicano en turno, sepultando la ilusión combativa de nuestros liberales de hace diez años, que soñaron establecer en este país un régimen representativo y popular.

Las elecciones para el 8.º Congreso, en el año de 1875, controladas absoluta y eficazmente por el gobierno, no dejaron lugar a dudas en cuanto al propósito reeleccionista del señor Lerdo, cuyo período terminaría en el mes de noviembre de 1876. Don Sebastián continuaba hasta en esto la tradición del señor Juárez, y pretendía seguir en el puesto hasta que alguna falla del gran simpático le quitara de en medio. Pero entre sus sueños y la realidad se hallaba don Porfirio. ¿Que cómo fue posible que Porfirio, apenas tres años después de rendir su espada a Luis Terrazas en Chihuahua, se sintiera capacitado para conquistar la presidencia? Milagros de la ambición. Que el hombre consigue casi todo lo que se propone, a condición de emplear los medios adecuados y de saber esperar, me parece indudable. Porfirio reunía ambas cualidades, que en política tienen además ventajas insuperables. Lerdo había hecho eso mismo, pero no llevaba al cinto el sable victorioso de la guerra de intervención e imperio. Supimos que en diciembre de 1875 don Porfirio había vendido sus propiedades, y que se había marchado a los Estados Unidos. ¡Malo!

El 10 de enero de 1876 se encendió la hoguera que terminaría con el régimen de Lerdo. La chispa prendió en la sierra de Oaxaca, en Tuxtepec, donde el jefe político proclamó un Plan que desconocía al presidente, y reconocía como jefe de la revolución a don Porfirio. Unos días después se apoderaban los revoltosos de la ciudad de Oaxaca, mientras Lerdo exhibía su incapacidad a la hora de tomar medidas represivas. En los primeros días de febrero se pronunciaban por el plan de Tuxtepec Juan N. Méndez y Hermenegildo Carrillo en Puebla, y Donato Guerra en Lagos. A principios de marzo apareció don Porfirio en los pueblos de la frontera norte, y proclamó en Palo Blanco un plan revolucionario que en realidad era el mismo de Tuxtepec, reformado sólo en cuanto no reconocía en Díaz al jefe de la revolución,

sino que señalaba al presidente de la Corte como presidente interino de la República, siempre y cuando aceptara el plan revolucionario. De aquí marchó don Porfirio sobre Monterrey, pero el 20 de mayo, cerca del pueblo de Icamole, le hizo polvo el general Fuero. No sé qué le pasaba a don Porfirio, que no pegaba una. Por lo visto su estrella se apagó en el acto de caer en sus manos la ciudad de México, en 1867. A partir de entonces contaba sus hechos militares como derrotas vergonzosas. Lerdo aprendió también de Juárez, por lo visto, cómo zurrarle. Don Porfirio lloró su desgracia, y por esas lágrimas se le conoció como «el llorón de Icamole». Pero no quiso correr la suerte de sus heroicos muertos, y se fue a enjugar sus lágrimas a Texas. Por lo visto teníamos señor Lerdo para rato.

La nueva farsa electoral tuvo lugar en los meses de junio y julio de 1876, y en ella, por supuesto, resultó electo Lerdo de Tejada para cubrir el período de 1876 a 1880. Sólo que en la escena política apareció, inesperadamente, un nuevo contrincante: don José María Iglesias, interesado en cambiar su investidura de presidente de la Corte por la más lucida y remuneradora de presidente de la República. Iglesias preparó un manifiesto contra la reelección de Lerdo; trató de ganar para su causa a varios jefes del ejército, y la noche del primero de octubre abandonó la ciudad y se refugió en Toluca, hasta que juzgándose allí poco seguro marchó a Guanajuato, donde contaba con la adhesión del general Antillón, enemigo de Lerdo. Así las cosas, el Congreso no declaraba Presidente a don Sebastián, e Iglesias hacía un papel tristísimo, «pronunciado» contra un acto no consumado todavía, o sea el de la reelección del presidente. Allí estaba, en México, en Toluca, en Guanajuato, su protesta contra la reelección, a la que llamaba «Golpe de Estado», y el «Golpe» no acababa de producirse. Finalmente, el 26 de octubre el Congreso declaró reelecto a don Sebastián; al Manifiesto de Iglesias se le puso la fecha del siguiente día, y la revolución iglesista pudo consumarse. Consumarse en el papel, por supuesto, ya que don José María no contaba con fuerzas para deponer a un jefe político, menos a un presidente de la República.

No, el riesgo de Lerdo de Tejada no estaba por el lado de su antiguo compañero de peregrinación a Paso del Norte. Porfirio Díaz había vuelto al país, y se hallaba en Veracruz gracias a los buenos oficios de don Teodoro Dehesa. El 15 de noviembre se hallaba don Porfirio cerca de la hacienda de Tecocac con cinco mil hombres, mientras Alatorre se aproximaba con tres mil, cuya mejor disciplina y armamento compensaban con mucho su inferioridad numérica. El 16 por la mañana principió la batalla, y por lo pronto los hombres de Díaz cedieron al empuje de las fuerzas del gobierno. Se perfilaba un nuevo Icamole, y por supuesto nuevas lágrimas de don Porfirio, cuando por el flanco izquierdo de las fuerzas lerdistas se vio una nube de polvo. Alatorre creyó que se aproximaban los mil hombres que había dejado destacados en Puebla, para que cerraran el paso a las fuerzas de don Manuel González, pero para su desgracia eran éstas las que llegaban. La cosa se resolvió en pocos minutos. Desbandadas las fuerzas del gobierno, Díaz vencía finalmente. No

habría lágrimas en Tecuac, sino alegría. El «llorón de Icamole» se coronaba presidente allí mismo, junto a las huestes despavoridas de Alatorre. Don Sebastián Lerdo de Tejada no contó con la posibilidad de que Dios Nuestro Señor pudiera resultarle porfirista.

En la capital, pocos días más tarde, Lerdo se resolvía finalmente por lo inevitable: entregó el poder, pero no llamó precisamente a don José María Iglesias para desahogar el trámite «constitucionalmente». Prefirió depositarlo en don Protasio Tagle, conocido porfirista, y él, en compañía de Escobedo y Romero Rubio, tomó el camino de Acapulco el día 21 por la mañana. Se fue a vivir a los Estados Unidos, creo que a Nueva York, mientras su encarnizado enemigo entraba triunfalmente en la ciudad de México. Todavía le quedaba por desollar el hueso de Iglesias, pero ¿qué podía significar el pobre jurisconsulto frente a su sable vencedor? A principios de diciembre dejó en el poder a Méndez; salió en busca de Iglesias con doce mil hombres, y poco después dio cuenta del «presidente legal» en un lugar conocido como los Adobes. Un puntapié nada más. Iglesias carecía absolutamente de importancia, y marchó a los Estados Unidos, donde ignoro si se reunirá con Lerdo para llorar sus desventuras.



Para estas fechas —marzo de 1877—, se ha consumado ya esa farsa que se llama de las elecciones, y Porfirio Díaz será ciertamente el nuevo presidente. Díaz no se parece ni a Juárez ni a Lerdo. No es tan político como aquél, ni tan preparado e inteligente como éste. No le veo tipo de subgerente, lo que me hace sospechar que se va a quedar en palacio algunos años, y que ejercerá efectivamente el poder. ¿Para bien? ¿Para mal? Sólo el futuro podrá revelarlo, un futuro que no está al alcance de viejos como yo, fuerte a pesar de mis setenta y seis años, pero consciente también de que el día menos pensado me puede pasar lo mismo que a don Benito. También él se veía sano y fuerte, y en un abrir y cerrar de ojos se lo llevó la trampa. A él le atribuyeron una muerte misteriosa, y la mía parecerá natural a todo el mundo, ya que morir de muerte natural forma parte del patrimonio de los insignificantes.

He visto tanto, tanto, que me molesta ya el esfuerzo de abrir los ojos. Y sin embargo no quisiera morir. Soy un testimonio vivo del pasado, y mi experiencia no me sirve sin embargo para asomarme al futuro. El hombre sueña, y el sueño es almacigo de sorpresas. Para acabar con la sorpresa tendríamos que acabar con el almacigo, despojando al hombre de su divina capacidad de bestia redentora. Ahora, con mi experiencia, quisiera ser eso, un redentor, pero me falla el organismo. La experiencia nos llega cuando nos resulta inútil. Con la facha de Moisés que tengo podría presentarme un día, en alguna tupida nopalera, para leer a los mexicanos una nueva versión de la ley, pero me tomarían por loco, y seguramente me recluirían en alguna casa para enajenados. Y sin embargo, a pesar de todo lo que he visto, confío...

(Aquí termina el manuscrito de Blas Pavón, al que faltan algunas páginas. Pudo haberlas destruido el dueño anterior del manuscrito, tal vez escéptico o desconfiado.)



JOSÉ FUENTES MARES nació en Chihuahua, Chihuahua, en 1919. Realizó estudios de derecho y de filosofía en la Universidad Nacional Autónoma de México. De aquí se desprenden sus primeros títulos, como una antología de Gabino Barreda (*Estudios*, 1941), *Ley, sociedad y política. Ensayo para una valoración de la doctrina de san Agustín en perspectiva jurídico-política de actualidad* (1943), *Kant y la evolución de la conciencia socio-política moderna* (1946) y *México en la hispanidad, ensayo polémico sobre mi pueblo* (1949). También escribió historia y entre sus obras se cuentan: *Poinsett, historia de una gran intriga* (1951), ... y *México se refugió en el desierto: Luis Terrazas, historia y destino* (1954), *Santa Anna, aurora y ocaso de un comediante* (1956), *Juárez y los Estados Unidos* (1960), *Juárez y la Intervención* (1962), *Juárez y el Imperio* (1963) y *Juárez y la República* (1965). Su pasión por la literatura lo llevó a probarse como narrador con *Cadenas de soledad, novela selecta para desesperados* (1958), de donde dio el salto al género de la novela histórica con *Las memorias de Blas Pavón* (1966) —la cual tuvo su secuela en *La Revolución Mexicana. Memorias de un espectador* (1971)— e incluso el teatro con *La emperatriz*, *La joven Antígona se va a la guerra*, *Su Alteza Serenísima* y *La amada patidifusa* (1969). Ensayó la biografía en *Don Eloy S. Vallina* (1968), *Don Sebastián Lerdo de Tejada y el amor* (1972), *Miramón, el hombre* (1974), *La emperatriz Eugenia y su aventura mexicana* (1976), *Cortés, el hombre* (1981). Otros títulos en su obra: *Historia de un conflicto, México-España. El tesoro del 'Vita'* (1975), edición corregida y aumentada: *Historia de dos orgullos* (1984), *Monterrey, una ciudad creadora y sus capitanes* (1976), *Génesis del expansionismo norteamericano* (1980),

Biografía de una nación: de Cortés a López Portillo (1982).

En sus últimos años volvió sobre la novela con *El crimen de la Villa Alegría* (1983), *Las mil y una noches mexicanas* (1984) y *Servidumbre* (1986). Murió en 1986 y ese mismo año se publicó un volumen de memorias, *Intravagario* (1986).